

ARCHER

LA
VEGA

LA
VEGA

LA
VEGA

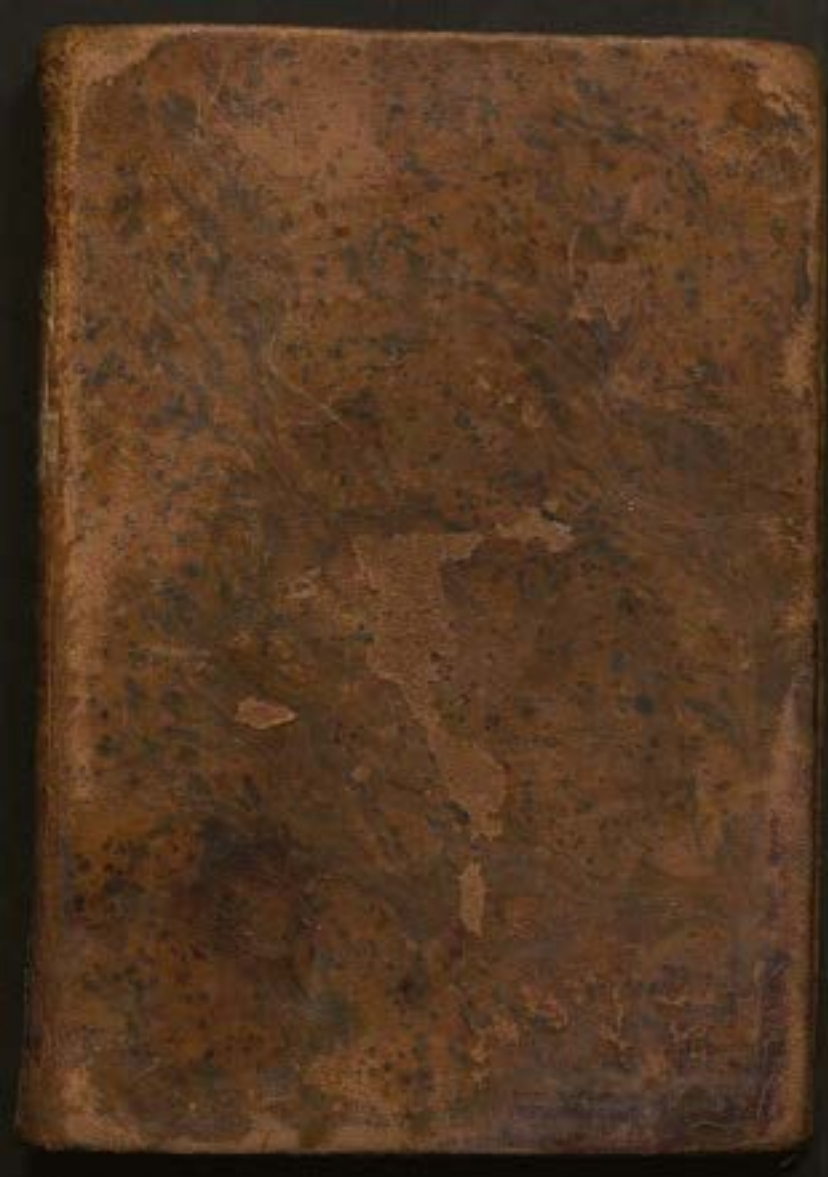
LA
VEGA

LA
VEGA

LA
VEGA

LA
VEGA

LA
VEGA







~~8~~ 1

3-IX-38

Dec^r 4^m



GARCILASO.



GARCILASSO







OBRAS
DE GARCILASO

DE LA VEGA,
ILUSTRADAS
CON NOTAS.



BARCELONA:

POR LA COMPAÑIA DE JORDI, ROCA, Y GASPAR.

M. DCCC. IV.

CHURCH

DE CATHOLICIS

DE CATHOLICIS

DE CATHOLICIS

DE CATHOLICIS



DE CATHOLICIS

DE CATHOLICIS

DE CATHOLICIS

ADVERTENCIA

SOBRE ESTA IMPRESION.

EN la qual se ha seguido la que con tanto esmero publicó *ilustrada con Notas* en la imprenta Real de la Gazeta el año de 1765 un Caballero bien conocido en el mundo político y literario, que es igualmente autor del erudito Prologo que se lee despues de esta Advertencia. De esto se deseaba informar al lector; y comunicarle al mismo tiempo dos especies pertenecientes á Garcilaso, tomadas de dos poetas como él: el uno Portugues, y no poco satisfecho de sí mismo; y el otro Estremefio, insigne en letras y armas. El primero es Manuel de Faria y Sousa, que hablando de que los grandes Poetas imponen á los pastores de sus Eglogas

VI

gas nombres que tengan alusion á los de las personas verdaderas á quienes representan, y que así algunos vienen á ser anagramas, aunque no puros, dice: que *Garcilaso se llamó Salicio: que es casi anagrama de Cilaso, y que esto no supieron decir sus escudriñadores &c.* (Prologo de la quarta parte de la *Fuente de Aganipe* num. 35.) El otro pastor que alterna cantando con Salicio, es Nemoroso. De este dice Hernando de Herrera, pag. 409. que sino se engaña es Don Antonio de Fonseca, marido de Doña Isabel Freyre, y no Boscan, como piensan algunos con alusion á *nemus*, en Castellano *bosque*, supuesto vemos, añade, que en la *Egloga II. Nemoroso alaba á Boscan*. Sin embargo Don Luis Zapata (y este es el poeta Estremeño) en su *Miscelanea* MS. original fol. 351. b. cap. de los *Dichos agudos*, no sé si corrigiendo bien á Herrera, dice:

VII

ce: „Estando la Corte en Toledo, D. Antonio de Fonseca, caballero principal de Toro, casó con Doña Isabel Freyre, una dama de la Emperatriz, á cuya muerte hizo Garcilaso una parte de la I. Egloga, que lloró Boscan, habiendo sido su servidor antes que se casase; él en nombre de Nemoroso, de *nemus*; y ella en nombre de Elisa, de *Elisabet*, ó *Isabel*, que todo es uno:

„Responde el Tajo, y lleva presuroso
„Al mar de Lusitania el nombre mio &c.
„(Egl. III.)

„porque era Portuguesa; aunque algunos comentadores de Garcilaso niegan que no fue Boscan este Nemoroso, diciendo que fue el mismo D. Antonio de Fonseca, porque casó con ella: en lo qual yerran,
„por-

VIII

„ porque D. Antonio de Fonseca en su vi-
 „ da hizo copla, ni fue de la compañía de
 „ Garcilaso como Boscan, ni tuvo ramo de
 „ donde saliese y se deduxese, como de
 „ Boscan *nemus*, Nemoroso. Y volviendo al
 „ dicho, murió Doña Isabel luego luego como
 „ con ella D. Antonio se casó, y por eso
 „ D. Hurtado, Marques de Cañete, discre-
 „ tisimo caballero, que fue despues Virrey
 „ del Perú, dixo: ó dichoso hombre, que
 „ se casó con su amiga, y se le murió su
 „ muger! “

PROLOGO

DEL EDITOR.

LA propiedad y elegancia de nuestra Lengua ha padecido tanto en las infelices manos de ruines Escritores, y ha llegado por culpa de ellos á tal decadencia, que es preciso cause lástima á todo buen Español. Muchos grandes hombres han observado que la excelencia de las lenguas, su permanencia y extension, crece y mengua al paso que la pujanza de los Imperios, y que la habla de los Pueblos se perfecciona y derrama al abrigo de sus victorias. Esta observacion es muy verdadera; y la série de los progresos de la Lengua Castellana hasta nuestros dias demuestra mas su certeza.

De-

X

Desembarazóse España en el siglo XV. de las guerras interiores que la fatigaron tanto tiempo; y á proporcion que fue afirmándose su Imperio, nacieron la suavidad de costumbres, y la cultura de la lengua. En el Reynado de Don Juan el II. se dexó ver el crepúsculo de esta moral revolucion. Entraron á gobernar Fernando V. y Isabel, y con su admirable talento, no solo ensancharon los límites de esta Monarquía con tantas conquistas interiores y ultramarinas, sino que con aquella gracia, solo dada á los ingenios que por privilegio coloca la naturaleza sobre el Trono, formaron un número de hombres eminentes en todas clases: crearon los espíritus: les comunicaron un modo de pensar mas elevado: suavizaron sus modales: y de esta semilla vino la copiosa cosecha de Héroes que vió despues la edad de Carlos V. Sostúvose hasta

XI

ta principios del Reynado de Felipe III.; pero á guisa de aquellos terrenos que recién abiertos dan colmados frutos, y si les falta el empezado cultivo producen en fuerza de la bondad de su suelo, disminuyéndose cada año los tesoros que al fin niegan totalmente: así se vió que la fecundidad de los ánimos Españoles fue produciendo en fuerza de las labores primeras, y disminuyéndose en razon de lo que se apartaba de su origen, hasta que á últimos del siglo XVII. quedó enteramente estéril. Los mismos pasos fue siguiendo nuestra Lengua: nació, creció, y envejeció por los mismos grados; notándose tambien que los progresos hácia la perfeccion fueron rápidos, y la decadencia lenta y perezosa como la del Imperio. ¿Qué tropel de Escritores no produjo España al tiempo mismo que Carlos V. traía asustada toda la Europa con sus armas? Baxo Felipe II.

XII

II. hubo muchos más; pero estos eran fruto de las labores de su padre y visabuelos.

No es mi ánimo hacer aquí el catálogo de nuestros Escritores de aquel tiempo, ni necesitan mas elogios que los de sus Obras; y basta saber que á la época del Concilio de Trento no habia en toda Europa Nacion mas instruida que la nuestra. Quanto nuestras armas eran conocidas y respetadas, tanto progreso iba haciendo el lenguaje Español. Era el mas apreciado en las Cortes de Alemania, Italia y Flandes. Los franceses le aprendían con la misma aplicacion que nosotros nos dedicamos hoy al suyo; y era vergonzoso á los hombres de letras el ignorarle. Iba por fin nuestro Idioma á hacerse casi universal por los mismos términos que lo consiguió el Frances en el siguiente siglo, y que quizá antes del fin de este logrará el Ingles; pero faltóle la for-

XIII

fortuna de las Armas, y sin su apoyo fue retirándose otra vez á los límites de su primera cuna.

Las demas naciones se han dedicado á las Ciencias despues acá con un empeño y una aplicacion tan seguida y constante, que parece han llegado con sus descubrimientos á tocar los límites á donde puede llegar el entendimiento humano. Nosotros solos hemos retrocedido. En nuestras Universidades se ven hoy los mismos Estatutos, y las mismas lecciones que se oían dos siglos hace; pero hay la diferencia de que los que las cursan ahora estudian menos, y que sus Catedráticos en muchas partes no enseñan nada.

Las causas de esta decadencia son muchas; pero ni este es su lugar, ni yo instrumento á propósito para referirlas. Baste decir, que en lo que los Españoles han tra-

XIV

trabajado con ahinco hasta nuestros tiempos, exceden con inmensa ventaja á todas las Naciones: y sino que me citen qual de ellas ha dado á luz tantos y tan pesados volúmenes sobre Aristóteles como nosotros; tantos Escritores eminentes en Teología Escolástica; tantos y tan sutiles Casuistas de Moral; y tantos profundos Comentadores del Código y Pandectas?

Casi todos estos hombrones han tenido la precaucion de no vulgarizar las ciencias tratándolas en la lengua que se hablaba en su Patria. Lo contrario hubiera sido en su sentir una profanacion: y con esto han logrado que donde peor se habla Castellano es donde se enseñan las Ciencias, y allí tal vez es donde se sabe menos Latin. Nebrixa, Francisco Sanchez, Antonio Agustin, Luis Vives, Arias Montano, Mariana, y otros infinitos podrán decidir la quæstion,

XV

tion, comparados con los que posteriormente han enseñado y escrito.

De este abandono que ha padecido nuestra habla Castellana se siguió que tratándose las Ciencias en Latin, aunque bárbaro, la han privado de la copia y propiedad que hubieran podido darla las voces científicas que ninguna Lengua puede tener originariamente: y por esto los Autores que en nuestros días han tratado de Física, ó de Matemáticas se han visto en la necesidad de formarse vocablos á su modo, recurriendo al Griego, al Latin, ó á otros arbitrios.

Despreciada pues por nuestros Catedráticos su Lengua nativa, se la cortaron las alas para su perfeccion. Raro Español ha gastado seis meses para aprenderla por reglas y principios al modo que aprendían la suya los Griegos y Romanos; siendo infini-

XVI

nitos los que han gastado otros tantos años en aprender un mal Latin, que en tiempo de Simon Abril y de nuestros buenos Preceptores se adquiría en quatro meses.

Los Poëtas del siglo antecedente mantuvieron en cierto modo la reputacion de nuestro Idioma durante algun tiempo, con particularidad los Cómicos; pero como á la propiedad con que le usaron, y al ingenio juntaban una crasa ignorancia, luego que las otras Naciones supieron mas, los abandonaron del todo. Entre los mismos Poëtas hubo muchos que con lo que llamaban *Cultura*, y con sus insípidos equívocos contribuyeron no poco á corromper la frase Castellana. Como en el fondo nada sabían, se afanaban por parecer lo que no eran: y así hasta en las voces, y en el modo de usarlas afectaron su mezquina erudicion. Los primeros padres de la Lengua, aunque
la

XVII

la formaron y pulieron con las gracias de la Latina, como habian hecho poco antes los Italianos, no se sujetaron tanto á esta, que en todo mostrasen las señales de su servidumbre. Sus sucesores al contrario, por ostentar su saber ponían en todo la marca de la Latinidad. Los primeros, por exemplo, decían *afeto*, *escuro*, *contino*, *reparar*, *espirtu*, *coluna*, *perfeto*, *ecelente*; y los segundos *afecto*, *obscuro*, *columna*, *excelente*, &c. sin mas fin, á mi entender, que el de manifestar sabían el origen de estas voces, sacrificando la suavidad á su presuncion. El mismo fin tuvieron en despreciar otros vocablos muy propios, como el *empero*, *entorno*, *afna*, *sendos*, *magüer*, *asaz*, *largueza*, *consuno*, *por ende*, y otros, que sobre ser mil veces mas significativos y elegantes que los que substituyeron, daban cierta magestad y pulidez á la conversacion.

XVIII

Estas y otras muchas causas que omito ha tenido la decadencia de la Lengua Castellana hasta el principio de este siglo. El Reynado de Felipe V. hubiera restablecido las cosas á su primer lustre, si el daño no hubiera echado tan altas raíces, y si otra nueva casta de corrompedores no se hubiera opuesto á las ideas de aquel Monarca. Hablo de los Traductores: esta plaga se nos hizo principalmente necesaria para el comercio de la literatura Francesa. Hasta la venida de Felipe V. eran muy pocos los Españoles que supiesen el Frances. Muchos de nuestros sabios le miraban con desprecio: otros como inútil; y algunos con odio. Rellenos de su Aristóteles, y pomposos con las borlas de Salamanca y Alcalá, no creían que en el mundo hubiese mas que saber, ni que una Nacion enemiga pudiese tener buena instruccion. De-

sen-

XIX

sengañólos el trato: vieron gran copia de Libros Franceses: y con una rapidez increíble se aplicaron á traducirlos al Castellano; pero como los mas no calaban bien la fuerza de uno ni otro Idioma, hicieron un batiburrillo miserable de los dos. Lo menos ha sido la introduccion de infinitas voces Francesas con que han inundado nuestra habla sin necesidad: han desfigurado ademas su carácter, formando una construccion Francesa con voces Españolas y mestizas. Confieso, sin embargo, que no han faltado en nuestros días algunos Escritores y Traductores libres de esta falta que han manejado su lengua con felicidad y pureza; pero su exemplo no ha podido prevalecer contra el número mayor.

Todas estas consideraciones me han hecho discurrir sobre los medios de atajar los progresos del mal; y á este fin me ha pare-

cido lo más oportuno renovar los escritos de los Patriarcas y Fundadores de la Lengua castellana. Su lectura sola puede acordar los exemplos dignos de seguirse, y restituir la pureza y elegancia de nuestra plática. Varios sabios han predicado la necesidad de fixarla, en el modo que puede hacerse con una lengua viva: y á mi parecer tienen razon. El asunto está en la época que se debe elegir. Los que escogen la de la corrupcion no siguen buen camino: y al contrario, debemos trabajar y afanar con la persuasion y el exemplo para que se tomen por modelo los Autores que escribieron en el siglo del buen gusto.

Garcilaso de la Vega ha sido siempre reputado por uno de nuestros Escritores mas elegantes. El y Boscan fueron los que mas contribuyeron á pulir la Lengua, y los que en la versificación introduxeron el número

XXI

mero y medida de los Italianos, substituyendo los endecasílabos á las antiguas coplas Españolas de 16. 14. y 12. sílabas que usaron Berceo, el Arcipreste de Hita, Juan de Mena, y otros Poetas de aquellos tiempos. Garcilaso no conoció los asonantes y en la novedad que quiso hacer en la Egloga segunda de colocar el consonante en medio del verso al modo de los Arabes, fue poco feliz y menos imitado.

Juzgo que el público amante de nuestra lengua no despreciará el regalo de una edición de Garcilaso la mas corregida que hasta ahora se ha hecho. Todas las impresiones antecedentes están llenas de errores, muchos versos faltos, y infinitas palabras equivocadas que tuercen y trabucan el sentido. Todas estas faltas se han enmendado cotejando el texto de las distintas impresiones de Medina del Campo, Estella, Salamanca, Sevi-

Sevilla, Madrid y Lisboa, y de un MS. de cosa de 150. años de antigüedad.

El incomparable Francisco Sanchez Brocense, Hernando de Herrera, y Don Tomás Tamayo de Vargas hicieron notas á las Obras de Garcilaso. Al primero debe mucho nuestro Autor, pues sobre haber corregido quanto pudo sus versos, anotó los pasages de los Poetas que imitó. El segundo compuso un difuso comentario, en que conforme al gusto de los Comentadores de su tiempo dixo quanto sabía: y el tercero, no obstante el exemplo de los dos anteriores, hizo de sus notas el mejor deschado de los despropósitos.

Para no caer en los mismos inconvenientes, me he propuesto estampar unas anotaciones que aclaren las obscuridades del texto, y hagan ver la habilidad y juicio con que Garcilaso supo imitar, y muchas
ve-

XXIII

veces mejorar, los pasages mas bellos de los Poëtas antiguos.

Quando el Brocense dió á conocer estas imitaciones de nuestro Autor, hubo gentes tan insensatas que lo reprehendieron; porque segun ellos obscurecia la gloria del Poëta declarando sus hurtos. Creo que ahora no faltará quien discurra como entonces; pero yo sin embargo juzgo que en estas imitaciones colocó Garcilaso su mayor mérito. Son muchas las razones en que me fundo; mas por ser breve me contentaré con acordar lo que dice el gran critico Boileau, y mucho antes había notado el Brocense: *Que el Poëta que no haya imitado á los antiguos, no será imitado de nadie.*

Esta regla convendria que tuviesen siempre presente los que se ponen á hacer versos. Por no haberla observado nos hallamos ahora con tantas coplas Castellanas,

XXIV

y tan poquísimas dignas de leerse. Garcilaso se hizo Poëta estudiando la docta antigüedad: las notas lo prueban, y este es el modelo que presento á mis paisanos.

Omito referir aquí los hechos Militares y Civiles de nuestro Autor. Quien quisiere saber su vida la encontrará en lo que de él han escrito Fernando de Herrera, Luis Briceño, Don Nicolas Antonio, y otros. Para la poca luz que esto puede dar á sus escritos basta saber que Garcilaso nació en Toledo año 1503. de Garcilaso de la Vega, Comendador mayor de Leon, y Embaxador de los Reyes Católicos en Roma, y de Doña Sancha de Guzman, Señora de Bâtres. Luego que por su edad pudo tomar las armas siguió al Emperador Carlos V. acompañandole en las jornadas de Viena y Tunez, y ultimamente en la de Marsella: donde al retirarse de Italia man-

XXV

mandando once compañías de Infantería, le ordenó el Emperador escalar una torre defendida por unos Arcabuceros paisanos. Subía Garcilaso delante con intrepidez quando recibió una pedrada en la cabeza, de que murió de allí á pocos dias en Nizza año 1536. á los 33. de su edad.

Si este mi trabajo fuere agradable al Lector, en breve le daré reimpresas las *Eróticas* de Don Estevan Manuel de Villégas: y á continuacion las Obras escogidas de muchos Poëtas Castellanos antiguos, que aunque no son tan comunes como las de otros que en estos últimos tiempos han conseguido aplauso, serán seguramente mejor recibidas de la posteridad.

1

EGLOGA I.
AL VISORREY
DE NAPOLES.

SALICIO. NEMOROSO.

EL dulce lamentar de dos Pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tu, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo;
Agora estés atento, solo y dado
Al inclito gobierno del estado
ALBANO; agora vuelto á la otra parte,
Res-

Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el fiero Marte:
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza el monte fatigando
En ardiente ginete, que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando,
Espera que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás exercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mia,
Mas de qualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria:

El arbol de vitoria,
 Que ciñe estrechamente
 Tu gloriosa frente,
 Dé lugar á la yedra que se planta
 Debaxo de tu sombra, y se levanta
 Poco á poco arrimada á tus loores:
 Y en quanto esto se canta,
 Escucha tu el cantar de mis pastores. (2)

Saliendo de las ondas encendido
 Rayaba de los montes el altura
 El sol, quando salicio recostado
 Al pie de una alta haya en la verdura
 Por donde una agua clara con sonido
 Atravesaba el fresco y verde prado:
 El, con canto acordado
 Al rumor que sonaba
 Del agua que pasaba,
 Se quexaba tan dulce y blandamente
 Como si no estuviera de allí ausente
 La que de su dolor culpa tenia:
 Y así como presente,
 Razonando con ella le decia,

O mas dura que marmol á mis quexas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Mas helada que ~~la~~ nieve, Galatea:
Estoy muriendo, y aun la vida temo,
Témola con razon, pues tu me dexas;
Que no hay, sin ti, el vivir para que sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado,
De ti desamparado;
Y de mi mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdénas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo lágrimas corriendo.

El sol (2) tiende los rayos de su lumbré
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Qual por el aire claro va volando,
Qual por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Qual con el sol presente

Va de nuevo al oficio,
 Y al usado ejercicio
 De su natura ó menester le inclina,
 Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
 Quando la sombra el mundo va cubriendo,
 O la luz se avicina.

Salid sin duelo lágrimas corriendo,
 Y tu, desta mi vida ya olvidada,
 Sin mostrar un pequeño sentimiento
 De que por ti salicio triste muera,
 Dexas llevar, desconocida, al viento
 El amor y la fe, que ser guardada
 Eternamente solo á mí debiera?
 O Dios! porque siquiera
 (Pues ves desde tu altura
 Esta falsa perjura
 Causar la muerte de un estrecho amigo)
 No recibe del cielo algun castigo?
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,
 Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo lágrimas corriendo.
 Por ti el silencio de la selva umbrosa,
 Por

Por ti la esquividad y apartamiento
 Del solitario monte me agradaba:
 Por ti la verde hierba, el fresco viento,
 El blanco lirio y colorada rosa,
 Y dulce primavera deseaba.

Ay! quanto me engañaba,
 Ay! quan diferente era,
 Y quan de otra manera
 Lo que en tu falso pecho se escondia!
 Bien claro con su voz me lo decia
 La siniestra corneja (3) repitiendo
 La desventura mia.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Quantas veces durmiendo en la floresta
 (Reputándolo yo por desvario)
 Vi mi mal entre sueños, desdichado!
 Soñaba que en el tiempo del estio
 Llevaba, por pasar allí la siesta,
 A beber en el Tajo mi ganado:
 Y despues de llegado,
 Sin saber de qual arte,
 Por desusada parte

Y por nuevo camino el agua se iba;
 Ardiendo yo con la calor estiva,
 El curso enajenado iba siguiendo
 Del agua fugitiva.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Tu dulce habla en cuya oreja suena?

Tus claros ojos á quien los volviste?

Por quien tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe do la pusiste?

Qual es el cuello que como en cadena

De tus hermosos brazos anudaste?

No hay corazon que baste,

Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada yedra

De mi arrancada, en otro muro asida,

Y mi parra en otro olmo entretexida,

Que no se esté con llanto deshaciendo

Hasta acabar la vida.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Qué no se esperará de aqui adelante (4)

Por difícil que sea y por incierto?

O qué discordia no será juntada?

Y juntamente qué terná por cierto,
 O qué de hoy mas no temerá el amante,
 Siendo á todo materia por tí dada?
 Quando tu enajenada
 De mí, cuitado, fuiste,
 Notable causa diste
 Y exemplo á todos quantos cubre el cielo,
 Que el mas seguro tema con recelo,
 Perder lo que estuviere poseyendo,
 Salid fuera sin duelo,
 Salid sin duelo lágrimas corriendo.
 Materia diste al mundo de esperanza
 De alcanzar lo imposible y no pensado,
 Y de hacer juntar lo diferente,
 Dando á quien diste el corazon malvado,
 Quitándolo de mí con tal mudanza,
 Que siempre sonará de gente en gente,
 La cordera paciente
 Con el lobo hambriento
 Hará su ayuntamiento,
 Y con las simples aves sin ruido
 Harán las bravas sierpes ya su nido;

Que

Que mayor diferencia comprendo

De ti al que has escogido.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Siempre (5) de nueva leche en el verano,

Y en el Invierno abundo: en mi majada

La manteca y el queso está sobrado:

De mi cantar pues yo te vi agradada

Tanto, que no pudiera el Mantuano

Títiro ser de ti mas alabado.

No soy pues, (6) bien mirado

Tan disforme ni feo;

Que aunque agora me veo

En esta agua que corre clara y pura;

Y cierto no trocará mi figura

Con ese que de mi se está riendo:

Trocará mi ventura.

Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Cómo te vine en tanto menosprecio?

Cómo te fui tan presto aborrecible?

Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condicion terrible,

Siempre fuera tenido de ti en precio,

Y no viera este triste apartamiento.
 ¿No sabes (7) que sin cuento
 Buscan en el estio
 Mis ovejas el frio
 De la sierra de Cuenca, y el gobierno
 Del abrigado Estremo en el invierno?
 Mas qué vale el tener, si derritiendo
 Me estoy en llanto eterno!
 Salid sin duelo lágrimas corriendo,

Con mi llorar las piedras enternecen
 Su natural dureza y la quebrantan:
 Los arboles parece que se inclinan:
 Las aves que me escuchan, quando cantan
 Con diferente voz se condolecen,
 Y mi morir cantando me adivinan.
 Las fieras que reclinan
 Su cuerpo fatigado,
 Dexan el sosegado
 Sueño por escuchar mi llanto triste.
 Tu sola contra mi te endureciste,
 Los ojos aun siquiera no volviendo
 A lo que tu hiciste.

Salid

Salid sin duelo lágrimas corriendo,
 Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
 No dexes el lugar que tanto amaste;
 Que bien podrás venir de mi segura,
 Yo dexaré el lugar do me dexaste:
 Ven, si por solo esto te detienes.
 Ves aquí un prado lleno de verdura,
 Ves aquí una espesura,
 Ves aquí una agua clara,
 En otro tiempo cara,
 A quien de ti con lágrimas me quexo.
 Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
 Al que todo mi bien quitarme puede;
 Que pues el bien le dexo,
 No es mucho que lugar también le quede.
 Aquí dió fin á su cantar salicio,
 Y suspirando en el postrero acento,
 Soltó de llanto una profunda vena.
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 De aquel dolor en algo ser propicio,
 Con la pasada voz retumba y suena.
 La blanda Filomena,

Casi

Casi como dolida,
 Y á compasion movida,
 Dulcemente responde al son lloroso.
 Lo que cantó tras esto NEMOROSO (8)
 Decidlo vos Pierides; que tanto
 No puedo yo, ni oso,
 Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
 Arboles que os estais mirando en ellas;
 Verde prado de fresca sombra lleno;
 Aves que aqui sembrais vuestras querellas;
 Yedra que por los arboles caminas;
 Torciendo el paso por su verde seno:
 Yo me vi tan ajeno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba,
 Donde con dulce sueño reposaba,
 O con el pensamiento discurría

Por

Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado:
O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á ELISA vi á mi lado.
O miserable hado!

O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas conveniente fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.

Dó están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
Dó está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?

Los

Los cabellos que vian
 Con gran desprecio al oro
 Como á menor tesoro,
 Adonde están? Adonde el blanco pecho?
 Dó la coluna que el dorado techo
 Con presuncion graciosa sostenia?
 Aquesto todo agora ya se encierra,
 Por desventura mia,
 En la fria, desierta y dura tierra.
 ¿Quién me dixera, ELISA, vida mia,
 Quando en aqueste valle al fresco viento
 Andábamos cogiendo tiernas flores,
 Que habia de ver con largo apartamiento
 Venir el triste y solitario dia
 Que diese amargo fin á mis amores?
 El cielo en mis dolores
 Cargó la mano tanto,
 Que á sempiterno llanto
 Y á triste soledad me ha condenado:
 Y lo que siento mas es verme atado
 A la pesada vida y enojosa,
 Solo, desamparado,

Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.
 Despues que nos dexaste nunca paze
 En hartura (9) el ganado yá, ni acude
 El campo al labrador con mano llena.
 No hay bien que en mal no se convierta y mude,
 La mala hierba al trigo ahoga, y nace
 En lugar suyo la infelice avena,
 La tierra que de buena
 Gana nos producía
 Flores con que solía
 Quitar en solo vellas mil enojos,
 Produce agora en cambio estos abrojos,
 Ya de rigor de espinas intratable:
 Y yo hago con mis ojos
 Crecer llorando el fruto miserable.
 Como al partir del sol la sombra crece,
 Y en cayendo su rayo se levanta
 La negra escuridad que el mundo cubre:
 De do viene el temor que nos espanta,
 Y la medrosa forma en que se ofrece
 Aquello que la noche nos encubre,
 Hasta que el sol descubre

Su luz pura y hermosa:
 Tal es la tenebrosa
 Noche de tu partir, en que he quedado
 De sombra y de temor atormentado,
 Hasta que muerte el tiempo determine,
 Que á ver el deseado
 Sol de tu clara vista me encamine,
 Qual suele el Ruiseñor con triste canto
 Quejarse, (10) entre las hojas escondido,
 Del duro labrador, que cautamente
 Le despojó su caro y dulce nido
 De los tiernos hijuelos, entre tanto
 Que del amado ramo estaba ausente;
 Y aquel dolor que siente,
 Con diferencia tanta
 Por la dulce garganta
 Despide, y á su canto el ayre suena,
 Y la callada noche no refrena
 Su lamentable oficio y sus querellas,
 Trayendo de su pena
 Al Cielo por testigo y las Estrellas.
 Desta manera suelto yo la rienda

A mi dolor, y así me queixo en vano,
 De la dureza de la muerte ayrada.
 Ella en mi corazon metió la mano,
 Y de allí me llevó mi dulce prenda,
 Que aquel era su nido y su morada.
 Ay muerte arrebatada!
 Por ti me estoy quejando
 Al Cielo, y ~~mejando~~ *mejando*
 Con importuno llanto al mundo todo,
 Tan desigual dolor no sufre modo.
 No me podrán quitar el dolorido
 Sentir, si ya del todo
 Primero no me quitan el sentido.
 Una parte guardé de tus cabellos,
 ELISA, envueltos en un blanco paño,
 Que nunca de mi seno se me apartan:
 Descójolos, y de un dolor tamaño
 Enternecerme siento, que sobre ellos
 Nunca mis ojos de llorar se hartan.
 Sin que de allí se partan,
 Con suspiros calientes,
 Mas que la llama ardientes,

Los enxugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno:
 Juntándolos con un cordon los ato:
 Tras esto el importuno
 Dolor me dexa descansar un rato.
 Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa escura
 Que siempre aflige esta ánima mezquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina, (11)
 Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 A los ayrados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda;
 Me parece que oygo que á la cruda,
 Inexórable Diosa demandabas
 En aquel paso ayuda:
 Y tú, rústica Diosa, dónde estabas?
 Ibate tanto en perseguir las fieras?
 Ibate tanto en un pastor dormido? (12)
 ¿Cosa pudo bastar (13) á tal crueza,

Que

Que comovida á compasion, oído
 A los votos y lágrimas no dieras,
 Por no ver hecha tierra tal belleza?

¿O no ver la tristeza

En que tu NEMOROSO

Queda, que su reposo

Era seguir su oficio, persiguiendo

Las fieras por los montes, y ofreciendo

A tus sagradas aras los despojos?

Y tú, ingrata, riendo

Dexas morir mi bien ante mis ojos?

Divina ELISA, pues agora el Cielo

Con inmortales pies pisas y mides,

Y su mudanza ves, estando queda,

¿Por qué de mi te olvidas, y no pides

Que se apresure el tiempo en que este velo

Rompa del cuerpo, y verme libre pueda?

¿Y en la tercera rueda

Contigo mano á mano

Busquemos otro llano,

Busquemos otros montes y otros rios,

Otros valles floridos y sombríos,

Do descansar, y siempre pueda verte
 Ante los ojos míos,
 Sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
 Los pastores, ni fueran acabadas
 Las canciones que solo el monte oía,
 Si mirando 'las nubes coloradas,
 Al trasmontar del sol bordadas de oro,
 No vieran que era ya pasado el día.
 La sombra se veía
 Venir corriendo apriesa
 Ya por la falda espesa
 Del altísimo monte, y recordando
 Ambos como de sueño, y acabando
 El fugitivo sol de luz escaso,
 Su ganado llevando
 Se fueron recogiendo paso á paso.

E G L O G A II.

ALBANIO. SALICIO. CAMILA. NENOROSO.

ALBANIO.

EN medio del invierno está templada
 El agua dulce desta clara fuente (1)
 Y en el verano mas que nieve helada.
 O claras ondas! como veo presente,
 En viendoos, la memoria de aquel dia,
 De que el alma temblar y arder se siente.
 En vuestra claridad vi mi alegría
 Escurecerse toda y enturbiarse;
 Quando os cobré, perdí mi compañía.
 ¿A quien pudiera igual tormento darse,
 Que con lo que descansa otro afligido
 Venga mi corazon á atormentarse?
 El dulce murmurar de este ruido,
 El mover de los arboles al viento,
 El suave olor del prado florecido,
 Podrian tornar de enfermo y descontento
 Qual-

Qualquier pastor del mundo, alegre y sano,
 Yo solo en tanto bien morir me siento.
 O hermosura sobre el ser humano!
 O claros ojos! ó cabellos de oro!
 O cuello de marfil! ó blanca mano!
 ¿Como puede ora ser que en triste lloro
 Se convirtiese tan alegre vida,
 Y en tal pobreza todo mi tesoro?
 Quiero mudar lugar, y á la partida
 Quizá me dexará parte del daño
 Que tiene el alma casi consumida.
 ¡Quan vano imaginar, quan claro engaño
 Es darme yo á entender que con partirme
 De mí se ha de partir un mal tamaño!
 ¡Ay miembros fatigados, y quan firme
 Es el dolor que os cansa y enflaquece!
 O si pudiese un rato aquí dormirme!
 Al que velando el bien nunca se ofrece,
 Quizá que el sueño le dará durmiendo
 Algun placer, que presto desaparece.
 En tus manos, ó sueño, me encomiendo.

¡Quan bienaventurado (2)

Aquel puede llamarse

Que con la dulce soledad se abraza,

Y vive descuidado,

Y lejos de empacharse

En lo que al alma impide y embaraza!

No vé la llena plaza,

Ni la sobervia puerta,

De los grandes Señores,

Ni los aduladores,

A quien la hambre del favor despierta:

No le será forzoso

Rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando

De un alto pino ó roble,

O de alguna robusta y verde encina,

El ganado contando

De su manada pobre,

Que por la verde selva se avecina,

Plata cendrada y fina,

Oro luciente y puro,

Baxo y vil le parece,
 Y tanto lo aborrece
 Que aun no piensa que dello está seguro:
 Y como está en su seso,
 Rehuye la cerviz del grave peso.
 Combida á dulce sueño
 Aquel manso ruido
 Del agua que la clara fuente envía:
 Y las aves sin dueño
 Con canto no aprendido
 Hinchén el ayre de dulce harmonía:
 Hácceles compañía
 A la sombra volando
 Y entre varios olores,
 Gustando tiernas flores,
 La solícita abeja susurrando:
 Los árboles y el viento
 Al sueño ayudan con su movimiento.
 Quién duerme aquí? Do está que no le veo?
 O! helo allí. Dichoso tú que aflojas
 La cuerda al pensamiento ó al deseo.
 O natura, quan pocas obras cojas

En el mundo son hechas por tu mano! Y
 Creciendo el bien, menguando las congojas,
 El sueño diste al corazón humano
 Para que al despertar mas se alegrase
 Del estado gozoso, alegre y sano:
 Que como si de nuevo le hallase,
 Hace aquel intervalo que ha pasado,
 Que el nuevo gusto, nunca el bien se pase.
 Y al que de pensamiento fatigado
 El sueño había con licor piadoso,
 Curando el corazón despedazado,
 Aquel breve descanso, aquel reposo.
 Basta para cobrar de nuevo aliento,
 Con que se pase el curso trabajoso.
 Llegarme quiero cerca con buen tiento,
 Y ver si de mí fuere conocido,
 Si es del número triste ó del contento.
 ALBANO es este que está aquí dormido,
 O yo conozco mal. ALBANO es cierto,
 Duerme, garzon cansado y afligido.
 ¡Por quan mejor librado tengo un muerto,
 Que acaba el curso de la vida humana,



Y es conducido á mas seguro puerto,
 Que el que viviendo acá, de vida ufana,
 Y de estado gozoso, noble y alto,
 Es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto,
 Que de amorosos bienes fue abundante,
 Y agora es pobre miserable y falto,
 No sé la historia bien; mas quien delante
 Se halló al duelo, me contó algun poco
 Del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO.

Es esto sueño? ó ciertamente toco
 La blanca mano? Sueño, estás burlando?
 Yo estíhate creyendo como loco.
 O cuitado de mí! Tu vas volando (3)
 Con prestas alas por la eburnea puerta:
 Yo quédome tendido aquí llorando.
 ¿No basta el grave mal en que despierta
 El alma vive, ó (por mejor decillo)
 Está muriendo de una vida incierta?

SALICIO.

ALBANIO, dexa el llanto, que en oïllo
Me affixo.

ALBANIO.

Quien presente está á mi duelo?

SALICIO.

Aquí está quien te ayudará á sentillo.

ALBANIO.

Aquí estás tu, SALICIO? Gran consuelo
Me fuera en qualquier mal tu compañía:
Mas tengo en esto por contrario al cielo.

SALICIO.

Parte de tu trabajo ya me habia
Contado GALAFRON, que fue presente
En aqueste lugar el mismo dia;
Mas no supo decir del accidente
La causa principal: bien que pensaba
Que era mal que decir no se consiente:
Y á la sazón en la ciudad yo estaba,
Como tu sabes bien, aparejando
Aquel largo camino que esperaba:
Y esto que digo me contaron quando

Torne

Torné á volver; mas yo te ruego agora
 (si esto no es enojoso que demando)
 Que particularmente el punto y hora
 La causa, el dafio cuentes y el proceso:
 Que el mal comunicado se mejora.

ALBANO.

Con un amigo tal verdad es eso,
 Quando el mal sufre cura, mi SALICIO:
 Mas este ha penetrado hasta al hueso.
 Verdad es que la vida y exercicio
 Comun y el amistad que á ti me ayunta,
 Mandan que complacerte sea mi oficio.
 Mas que haré? que el alma ya barrunta,
 Que quiero renovar en la memoria
 La herida mortal de aguda punta.
 Y póneme delante aquella gloria
 Pasada y la presente desventura
 Para espantarme de la horrible historia,
 Por otra parte pienso que es cordura
 Renovar tanto el mal que me atormenta,
 Que á morir venga de tristeza pura.
 Y por esto, SALICIO, entera cuenta

Te daré de mi mal como pudiere,
 Aunque el alma rehuya y no consienta. (4)

Quise bien, y querré mientras rigiere
 Aquestos miembros el espíritu mio, (5)
 Aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvario,
 Ni le traté como otros con engaños,
 Ni fue por eleccion de mi alvedrio.

Desde mis tiernos y primeros años
 A aquella parte me inclinó mi estrella,
 Y á aquel fiero destino de mis daños.

Tu conociste bien una Doncella,
 De mi sangre y abuelos descendida,
 Mas que la misma hermosura bella;

En su verde niñez, siendo ofrecida
 Por montes y por selvas á Diana,
 Exercitaba alli su edad florida.

Yo que desde la noche á la mañana,
 Y del un sol al otro sin cansarme
 Seguía la caza con estudio y gana, (6)

Por deudo y exercicio á conformarme
 Vine con ella en tal domestichezza,
 Que

Que della un punto no sabia apartarme.
 Iba de un hora en otra la estrechez
 Haciéndose mayor, acompañada
 De un amor sano y lleno de pureza.
 Qué montaña dexó de ser pisada
 De nuestros pies? qué bosque ó selva umbrosa
 No fue de nuestra caza fatigada?
 Siempre con mano larga y abundosa
 Con parte de la caza visitando
 El sacro altar de nuestra santa Diosa.
 La colmilluda testa ora llevando
 Del paerco javalí cerdoso y fiero,
 Del peligro pasado razonando:
 Ora clavando del ciervo ligero
 En algun sacro pino los ganchosos
 Cuernos, con puro corazon sincero,
 Tornábamos contentos y gozosos,
 Y al disponer de lo que nos quedaba
 Jamas me acuerdo de quedar quejosos.
 Qualquiera caza á entrambos agradaba;
 Pero la de las simples avecillas
 Menos trabajo y mas placer nos daba.

En mostrando la Aurora sus mejillas
 De rosa, y sus cabellos de oro fino
 Humedeciendo ya las florecillas,
 Nosotros yendo fuera de camino,
 Buscábamos un valle el mas secreto,
 Y de conversacion menos vecino:
 Aquí con una red de muy perfeto
 Verde teñida aquel valle atajábamos
 Muy sin rumor, con paso muy quiéto,
 De dos árboles altos la colgábamos,
 Y habiendonos un poco lejos ido,
 Hacia la red armada nos tornábamos;
 Y por lo mas espeso y escondido
 Los árboles y matas sacudiendo
 Turbábamos el valle con ruido.
 Zorzaes, tordos, mirlas, que temiendo
 Delante de nosotros, espantados
 Del peligro menor, iban huyendo,
 Daban en el mayor desatinados,
 Quedando en la sutil red engañosa
 Confusamente todos enredados.
 Y entonces era vellos una cosa

Extraña y agradable, dando gritos,
 Y con voz lamentándose quejosa.
 Algunos dellos (que eran infinitos)
 Su libertad buscaban revolando;
 Otros estaban miseros y aflitos.
 Al fin las cuerdas de la red tirando,
 Lleváhamosla juntos casi llena,
 La caza acuestas y la red colgando.
 Quando el humido otoño ya refrena
 Del seco estío el gran calor ardiente,
 Y va faltando sombra á Filomena,
 Con otra caza desta diferente,
 Aunque tambien de vida ociosa y blanda,
 Pasáhamos el tiempo alegremente.
 Entónces siempre, como sabes, anda
 De estorninos volando á cada parte
 Acá y allá la espesa y negra banda.
 Y cierto aquesto es cosa de contarte,
 Como con los que andaban por el viento
 Usáhamos tambien de astucia y arte.
 Uno vivo primero de aquel cuento
 Tomáhamos; y en esto sin fatiga

Era

Era cumplido luego nuestro intento.
 Al pie del qual un hilo untado en liga
 Atado, le soltábamos al punto
 Que vía volar aquella banda amiga.
 Apenas era suelto, quando junto
 Estaba con los otros y mezclado,
 Secutando el efecto de su asunto,
 A quantos era el hilo enmarañado
 Por alas ó por pies ó por cabeza,
 Todos venían al suelo mal su grado.
 Andaban forcejando una gran pieza
 A su pesar y á mucho placer nuestro;
 Que así de un mal, ajeno bien se empieza.
 Acuérdaseme agora que el siniestro
 Canto de la corneja y el aguero
 Para escaparse no le fue maestro.
 Quando una dellas (como es muy ligero)
 A nuestras manos viva nos venia,
 Era prision de mas de un prisionero.
 La qual á un llano grande yo trahia,
 A do muchas cornejas andar juntas
 O por el suelo ó por el ayre via:
 Cha.

Clavándola en la tierra por las puntas
 Extremas de las alas, sin rompellas,
 Seguiase lo que apenas tu barruntas.
 Parecía mirando á las estrellas,
 Clavada boca arriba en aquel suelo,
 Que estaba contemplando el curso dellas.
 De allí nos alejábamos, y el cielo
 Rompía á gritos ella, y convocaba
 De las cornejas el superno vuelo.
 En un solo momento se ayuntaba
 Una gran muchedumbre presurosa
 A socorrer la que en el suelo estaba.
 Cercábanla, y alguna mas piadosa
 Del mal ajeno de la compañera,
 Que del suyo avisada ó temerosa,
 Llegábase muy cerca, y la primera
 Que esto hacia, pagaba su inocencia
 Con prision ó con muerte lastimera:
 Con tal fuerza la presa y tal violencia
 Se engarrafaba de la que venia,
 Que no se despidiera sin licencia.
 Ya puedes ver que gran placer sería

Ver,

Ver, de una por soltarse y desasirse,
 De otra por socorrerse la porfia.
 Al fin la fiera lucha á despartirse
 Venia por nuestra mano, y la cuitada
 Del bien hecho empezaba á arrepentirse.
 ¿Qué me dirás, si con su mano alzada
 Haciendo la noturna centinela,
 La grulla de nosotros fue engañada?
 No aprovechaba al ánsar la cautela,
 Ni ser siempre sagaz descubridora
 De noturnos engaños con su vela. (7)
 Ni al blanco cisne que en las aguas mora
 Por no morir como faeton en fuego,
 Del qual el triste caso canta y llora.
 ¿Y tú perdiz cuitada, piensas luego (8)
 Que en huyendo del techo estás segura?
 En el campo turbamos tu sosiego.
 A ningun ave ó animal natura
 Dotó de tanta astucia, que no fuese
 Vencido al fin de nuestra astucia pura.
 Si por menudo de contarte hubiese
 De aquesta vida cada partecilla,

Te-

Temo que antes del fin anoheciese,
 Basta saber que aquesta tan sencilla
 Y tan pura amistad, quiso mi hado
 En diferente especie convertilla:
 En un amor tan fuerte y tan sobrado,
 Y en un desasosiego no creible,
 Tal que no me conozco de trocado.
 El placer de miralla, con terrible
 Y fiero desear sentí mezclarse,
 Que siempre me llevaba á lo imposible.
 La pena de su ausencia vi mudarse,
 No en pena, no en congoja, en cruda muerte,
 Y en fuego eterno el alma atormentarse,
 Aqueste estado en fin mi dura suerte
 Me truxo poco á poco, y no pensara
 Que contra mi pudiera ser mas fuerte,
 Si con mi grave daño no probara,
 Que en comparacion de esta, aquella vida
 Qualquiera por descanso la juzgara.
 Ser debe aquesta historia aborrecida
 De tus orejas, ya que así atormenta
 Mi lengua y mi memoria entristecida.

Decir

Decir ya mas no es bien que se consienta:
 Junto todo mi bien perdí en un hora;
 Y esta es la suma en fin de aquella cuenta.

SALICÍO.

ALBANO, si tu mal comunicaras

Con otro, que pensaras que tu pena
 Juzgaba como ajena, ó que este fuego
 Nunca probó, ni el juego peligroso
 De que tu estas quexoso; yo confieso
 Que fuera bueno aqueso que ahora haces,
 Mas si tu me deshaces con tus quexas,
 ¿Porqué agora me dexas como á extraño,
 Sin dar de aqueste daño fin al cuento?
 Piensas que tu tormento como nuevo
 Escucho? y que no pruebo por mi suerte
 Aquesta viva muerte en las entrañas?
 Sino con todas mañas ó experiencia
 Esta grave dolencia se desecha,
 Al menos aprovecha, yo te digo,
 Para que de un amigo que adolezca,
 Otro se condolezca, que ha llegado
 De bien acuchillado á ser maestro.

Así

Asi que pues te muestro abiertamente
 Que no estoy inocente de estos males,
 (Que aun traygo las señales de las llagas)
 No es bien que tu te hagas tan esquivo,
 Que mientras estás vivo, ser podria
 Que por alguna via te avisase,
 O contigo llorase; que no es malo
 Tener al pie del palo quien se duela
 Del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANO.

Tu quieres que forceje y que contraste
 Con quien al fin no baste á derrocalles;
 Amor quiere que calle: yo no puedo
 Mover el paso un dedo sin gran mengua.
 El tiene de mi lengua el movimiento:
 Asi que no me siento ser bastante.

SALICIO.

¿Qué te pone delante que te impida
 El descubrir tu vida al que librarte
 Del mal alguna parte cierto espera?

ALBANO.

Amor quiere que muera sin reparo;

Y conociendo claro que bastaba
 Lo que yo descansaba en este llanto
 Contigo á que entretanto me aliviase,
 Y aquel tiempo probase á sostenerme;
 Por mas presto perderme, como injusto,
 Me ha ya quitado el gusto que tenia
 De echar la pena mia por la boca.
 Asi que ya no toca nada dello
 A ti querer sabello, ni contallo
 A quien solo pasallo le conviene,
 Y muerte solo por alivio tiene.

SALICIO.

¿Quien es contra su ser tan inhumano,
 Que al enemigo entrega su despojo,
 Y pone su poder en otra mano?
 Como? y no tienes ora algun enojo
 De ver que amor tu misma lengua ataje,
 O la desate por su solo antojo?

ALBANIO.

SALICIO amigo, cese este language:
 Cierra tu boca, y mas aqui no la abras:
 Yo siento mi dolor, y tu mi ultraje.

¿Para qué son magníficas palabras?
 Quien te hizo filósofo eloquente,
 Siendo pastor de ovejas y de cabras?
 ¡O caitado de mi, quan fácilmente
 Con espedita lengua y rigurosa
 El sano da consejos al doliente! (9)

SALICIO.

No te aconsejo yo, ni digo cosa
 Para que debas tu por ella darme
 Respuesta tan aceda y tan odiosa.
 Ruégote que tu mal quieras contarme,
 Porque dél pueda tanto entristecerme,
 Quanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANO.

Pues yá de ti no puedo defenderme,
 Yo tornaré á mi cuento, quando hayas
 Prometido una gracia concederme:
 Y es, que en oyendo el fin, luego te vayas
 Y me dexes llorar mi desventura
 Entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO.

Aunque pedir tu eso no es cordura,

Yo

Yo seré dulce mas que sano amigo,
Y daré bien lugar á tu tristeza.

ALBANO.

Ora, SALICIO, escucha lo que digo:
Y vos, ó Ninfas de este bosque umbroso,
A do quiera que esteis, estad conmigo.
Ya te conté el estado tan dichoso

A do me puso amor, si en él yo firme
Pudiera sostenerme con reposo.

Mas como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo, me encendia;
Llegué ya casi al punto de morirme.

Mil veces ella preguntó que habia,
Y me rogó que el mal le descubriese,
Que mi rostro y color le descubria.

Mas no acabó con quanto me dixese,
Que de mi á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar desta floresta,
Que es este donde estamos asentados,

A la sombra de un árbol aflojamos
 Las cuerdas á los arcos trabajados,
 En aquel prado allí nos reclinamos,
 Y del zéfiro fresco recogiendo
 El agradable espíritu respiramos.
 Las flores á los ojos ofreciendo
 Diversidad estraña de pintura
 Diversamente así estaban oliendo.
 Y en medio aquesta fuente clara y pura,
 Que como de cristal resplandecía,
 Mostrando abiertamente su hondura,
 El arena que de oro parecía,
 De blancas pedrezuelas variada,
 Por dó manaba el agua, se bullía.
 En derredor ni sola una pisada
 De fiera ó de pastor ó de ganado
 A la sazón estaba señalada.
 Despues que con el agua resfriado
 Hubimos el calor, y juntamente
 La sed de todo punto mitigado:
 Ella que con cuidado diligente
 A conocer mi mal tenía el intento,

Y á escudriñar el ánimo doliente,
 Con nuevo ruego y firme juramento
 Me conjuró y rogó que le contase
 La causa de mi grave pensamiento:
 Y si era amor, que no me recelase
 De hacelle mi caso manifiesto,
 Y demostralle aquella que yo amase:
 Que me juraba que también en esto
 El verdadero amor que me tenía
 Con pura voluntad estaba presto.
 Yo, que tanto callar ya no podía,
 Y claro descubrir menos osaba
 Lo que en el alma triste se sentía,
 Le díxe que en aquella fuente clara
 Vería de aquella que yo tanto amaba.
 Abiertamente la hermosa cara,
 Ella, que ver aquesta deseaba,
 Con menos diligencia discurriendo
 De aquella con que el paso apresuraba,
 A la pura fontana fué corriendo,
 Y en viendo el agua toda fue alterada,
 En ella su figura sola viendo.

Y no de otra manera arrebatada,
 Del agua rehuyó, que si estuviera
 De la rabiosa enfermedad tocada,
 Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
 No sé que allá entre dientes murmurando,
 Me dexó aquí, y aquí quiere que muera.
 Quedé yo triste y solo allí culpando
 Mi temerario osar, mi desvario,
 La pérdida del bien considerando.
 Creció de tal manera el dolor mío,
 Y de mi loco error el desconsuelo,
 Que hice de mis lágrimas un río.
 Fixos los ojos en el alto cielo
 Estuve boca arriba una gran pieza
 Tendido, sin moverme en este suelo.
 Y como de un dolor otro se empieza,
 El largo llanto, el desvanecimiento,
 El vano imaginar de la cabeza,
 De mí gran culpa aquel remordimiento,
 Verme del todo al fin sin esperanza
 Me trastornaron casi el sentimiento.
 Como deste lugar hice mudanza,

No sé, ni quien de aquí me condujese
 Al triste albergue y á mi pobre estancia.
 Sé que tornando en mí, como estuviere
 Sin comer y dormir bien quatro dias,
 Y sin que el cuerpo de un lugar moviese:
 Las ya desamparadas vacas mías (10)
 Por otro tanto tiempo no gustaron
 Las verdes hierbas ni las aguas frías.
 Los pequeños hijuelos, que hallaron
 Las tetas secas yá de las hambrientas
 Madres, bramando al cielo se quejaron.
 Las selvas á su voz tambien atentas,
 Bramando pareció que respondian
 Condolidas del daño y descontentas.
 Aquestas cosas nada me movian;
 Antes con mi llorar hacia espantados
 Todos quantos á verme allí venian.
 Vinieron los pastores de ganados: (11)
 Vinieron de los sotos los vaqueros,
 Para ser de mi mal de mi informados.
 Y todos con los gestos lastimeros
 Me preguntaban, quales habian sido

Los

Los accidentes de mi mal primeros,
 A los quales, en tierra yo tendido,
 Ninguna otra respuesta dar sabia,
 Rompiendo con sollozos mi gemido,
 Sino de rato en rato les decia:
 Vosotros los de Tajo en su ribera (12)
 Cantaréis la mi muerte cada dia,
 Este descanso llevaré aunque muera,
 Que cada dia cantaréis mi muerte,
 Vosotros los de Tajo en su ribera.
 La quinta noche en fin mi cruda suerte,
 Queriéndome llevar do se rompiese
 Aquesta tela de la vida fuerte,
 Hizo que de mi choza me saliese
 Por el silencio de la noche oscura
 A buscar un lugar donde muriese,
 Y caminando por do mi ventura,
 Y mis enfermos pies me condujeron,
 Llegué á un barranco de muy gran altura,
 Luego mis ojos le reconocieron,
 Que pende sobre el agua, y su cimiento
 Las ondas poco á poco le comieron.

Al pie de un olmo hice alli mi asiento:
 Y acordéme que ya con ella estuve
 Pasando alli la siesta al fresco viento,
 Y con esta memoria me detuve,
 Como si aquesta fuera medicina
 De mi furor y quanto mal sostuve.
 Denunciaba el Aurora ya vecina
 La venida del sol resplandeciente,
 A quien la tierra, á quien la mar se inclina.
 Entonces, como quando el cisne siente
 El ansia postrimera que le aquexa,
 Y tiente el cuerpo misero y doliente,
 Con triste y lamentable son se quexa,
 Y se despide con funesto canto
 Del espirtu vital que del se aleja:
 Asi aquexado yo de dolor tanto,
 Que el alma abandonaba ya la humana
 Carne, solté la rienda al triste llanto.
 ¡O fiera, dixé, mas que tigre hircana,
 Y mas sorda á mis queexas que el ruido
 Embravecido de la mar insana!
 Héme entregado, héme aqui rendido:

He

He aquí vences, toma los despojos
 De un cuerpo miserable y afligido.
 Yo ponedré fin del todo á tus enojos:
 Ya no te ofenderá mi rostro triste,
 Mi temerosa voz y húmidos ojos.
 Quizá tu que en mi vista no moviste
 El paso á consolarme en tal estado,
 Ni tu dureza cruda enterneciste,
 Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
 Verás á arrepentirte y lastimarte;
 Mas tu socorro tarde habrá llegado.
 ¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
 De aquel tan luengo amor? y de sus ciegos
 Nudos en sola una hora desligarte?
 ¿No se te acuerda de los dulces juegos
 Ya de nuestra niñez, que fueron leña
 Destos dañosos y encendidos fuegos,
 Quando la encina desta espesa breña
 De sus bellotas dulces despojaba,
 Que íbamos á comer sobre esta peña?
 ¿Quien las castañas tiernas derrocaba
 Del árbol al subir dificultoso?

Quién

Quién en tu limpia falda las llevaba?
 ¿Quándo en valle florido, espeso, umbroso
 Metí jamas el pie que del no fuese
 Cargado á ti de flores y oloroso?
 Jurábasme si ausente yo estuviese,
 Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
 Ni el prado hierba para ti tuviese.
 ¿A quién me queixo, que no escucha cosa
 De quantas digo quien debria escucharme?
 Eco sola me muestra ser piadosa,
 Respondiéndome prueba conhoertarme,
 Como quien probó mal tan importuno;
 Mas no quiere mostrarse y consolarme.
 O Dioses, si allá juntos de consuno
 De los amantes el cuidado os toca;
 O tú solo, si toca solo á uno:
 Recibid las palabras que la boca
 Echa con la doliente ánima fuera,
 Antes que el cuerpo torne en tierra poca.
 O Náyades, de aquesta mi ribera
 Corrientes moradoras! ó Náyás,
 Guarda del verde bosque verdadera!

Alce

Alce una de vosotras blancas Déas
 Del agua su cabeza rubia un poco;
 Así Ninfa jamas en tal te veas.
 Podré decir que con mis quejas toco
 Las divinas orejas, no pudiendo
 Las humanas tocar, cuerdo ni loco.
 O hermosas Oreídas, que teniendo
 El gobierno de selvas y montañas,
 A caza andais por ellas discurriendo!
 Dexad de perseguir las alimañas:
 Venid á ver un hombre perseguido,
 A quien no valen fuerzas yá ni mañas.
 O Driades! de amor hermoso nido,
 Dulces y graciosísimas doncellas
 Que á la tarde salís de lo escondido,
 Con los cabellos rubios, que las bellas
 Espaldas dexan de oro cobijadas,
 Parad mientes un rato á mis querellas.
 Y si con mi ventura conjuradas
 No estais, haced que sean las ocasiones
 De mi muerte aqui siempre celebradas.
 O lobos, (13) ó Osos, que por los rincones

De estas fieras cavernas escondidos
 Estais oyendo agora mis razones,
 Quedaos á Dios, que ya vuestros oídos
 De mi zampofia fueron halagados,
 Y alguna vez de amor enternecidos,
 A Dios montañas, á Dios verdes prados,
 A Dios corrientes rios espumosos,
 Vivid sin mi con siglos prolongados,
 Y mientras en el curso presurosos
 Iréis al mar á darle su tributo,
 Corriendo por los valles pedregosos:
 Haced que aquí se muestre triste luto
 Por quien viviendo alegre os alegraba
 Con agradable son y viso enxuto:
 Por quien aqui sus vacas abrevaba,
 Por quien ramos de lauro entretejiendo
 Aquí sus fuertes toros coronaba.
 Estas palabras tales en diciendo,
 En pie me alcé por dar yá fin al duro
 Dolor, que en vida estaba padeciendo,
 Y por el paso que me ves, te juro
 Que ya me iba á arrojar de do te cuento,
 Con

Con paso largo y corazon seguro:
Quando una fuerza subita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.
De espaldas, como atónito, en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido;
Que así se halla siempre aquel que yerra.
Con mas sano discurso en mi sentido
Comencé de culpar el presupuesto
Y temerario error que habia seguido
En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,
No siendo por los hados aun dispuesto.
De allí me fui con corazon mas largo
Para esperar la muerte, quando venga
A relevarme deste largo cargo.
Bien has ya visto quanto me convenga,
Que pues buscalla á mi no se consiente,
Ella en buscarme á mi no se detenga.
Contado te hé la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo enteró:
Cúmpleme tu promesa prestamente.

Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, vete ahora;
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste quando llora.

SALICIO.

Tratára de una parte
Que agora solo sienta,
Sino pensaras que era dar consuelo.
Quisiera preguntarte,
Como tu pensamiento
Se derribó tan presto en ese suelo;
O se cubrió de velo,
Para que no mirase
Que quien tan luengamente
Amó, no se consiente
Que tan presto del todo te olvidase.
¿Que sabes si ella agora
Juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANO.

Cese yá el artificio
De la maestra mano;
No me hagas pasar tan grave pena.

Ha-

Haríame tú salticio
 Ir de nunca pie humano
 Estampó su pisada en el arena
 Ella está tan agena
 De estar de esa manera,
 Como tu de pensallo,
 Aunque quieres mostrallo
 Con razón aparente ó verdadera.
 Exercita aquí el arte
 A solas, que yo voyme en otra parte.

SALICIO.

No es tiempo de curalle,
 Hasta que menos tema
 La cura del maestro y su crueza.
 Solo quiero dexalle;
 Que aun está el apostema
 Intratable á mi ver por su dureza.
 Quebránte la braveza
 Del pecho empedernido
 Con largo y tierno llanto;
 Iréme yo entretanto
 A requerir de un ruiñeñor el nido,

Que

Que está en un alta encina,
Y estará presto en manos de Gravina.

CANILA.

Si desta tierra no he perdido el tino,
Por aquí el corzo vino, que ha traído
Después que fué herido atrás el viento.
Que recio movimiento en la corrida
Lleva de tal herida lastimado?

En el siniestro lado soterrada
La flecha enhiervolada iba mostrando,
Las plumas blanqueando solas fuera,
Y házeme que muera con buscalte.
No pasó deste valle: aquí está cierto,
Y por ventura muerto! Quien me diese
Alguno que siguiese el rastro agora,
Mientras la herviente hora de la siesta
En aquesta floresta yo descanso!

¡Ay viento fresco, manso y amoroso,
Almo, dulce, sabroso! esfuerza, esfuerza
Tu soplo, y esta fuerza tan caliente
Del alto sol ardiente ora quebranta;
Que ya la tierna planta del pie mio

Anda á buscar el frío desta hierba.
 A los hombres reserva tú, Diana,
 En esta siesta insana tu ejercicio:
 Por agora tu oficio desamparo,
 Que me ha costado caro en este día.
 ¡Ay dulce fuente mía, y de quan alto
 Con solo un sobresalto me arrojaste!
 Sabes qué me quitaste, fuente clara?
 Los ojos de la cara, que no quiero
 Menos un compañéro, que yo amaba;
 Mas no como él pensaba. Dios ya quiera
 Que ántes CAMILA muera que padezca
 Culpa por do merezca ser echada
 De la selva sagrada de Diana.
 ¡O quan de mala gana mi memoria
 Rengueva aquesta historia! Mas la culpa
 Ajena me disculpa; que si fuera
 Yo la causa primera desta ausencia,
 Yo diera la sentencia en mi contrario.
 El fue muy voluntario y sin respeto.
 Mas para que me meto en esta cuenta?
 Quiero vivir contenta, y olvidallo,

Y aquí donde me hallo recrearme.
 Aquí quiero acostarme y en cayendo
 La siesta iré siguiendo mi corcillo:
 Que yo me maravillo ya y me espanto
 Como con tal herida huyó tanto.

ALBANO.

Si mi turbada vista no me miente,
 Paréceme que vi entre rama y rama
 Una Ninfa llegar á aquella fuente.
 Quiero llegar allá: quizá si ella ama,
 Me dirá alguna cosa con que engañe
 Con algun falso alivio aquesta llama.
 Y no se me da nada que desbañe (14)
 Mi alma, si es contrario á lo que creo;
 Que á quien no espera bien no hay mal que dañe.
 O santos Dioses! qué es esto que veo?
 ¿Es error de fantasma convertida
 En forma de mi amor y mi desío?
 CAMILA es esta que está aquí dormida:
 No puede de otra ser su hermosura:
 La razon está clara y conocida.
 Una obra sola quiso la Natura

Hacer como esta, y rompió luego apriesa
La estampa do fue hecha tal figura.

¿Quién podrá luego de su forma espresa

El traslado sacar, si la maestra
Misma no basta y ella lo confiesa?

Ma ya que es cierto el bien que á mi se muestra,

¿Cómo podré llegar á despertalla,
Teniendo yo la luz que á ella me adiestra? (15)

¿Si solamente de poder tocalla

Perdiese el miedo yo? Mas si despierta?

Si despierta, tenella y no soltalla.

Esta osadía temo que no es cierta:

Mas qué me puede hacer? Quiero llegarme:

En fin ella está agora como muerta.

Cabe ella por lo menos asentarme

Bien puedo; mas no ya como solía.

O mano poderosa de matarme!

Viste quanto tu fuerza en mi podía,

Porqué para sanarme no la pruebas?

Que su poder á todo bastaria.

CANILL.

Socórreme, Diana.

AL-

ALBANO.

No te muevas,
Que no te he de soltar: escucha un poco.

CAMILA.

Quien me diera, ALBANO, tales nuevas?
Ninfas del verde bosque, á vos invoco,
A vos pido socorro en esta fuerza.
Que es esto, ALBANO, dime si estás loco?

ALBANO.

Locura debe ser la que me fuerza
A querer mas que el alma y que la vida
A la que á aborrecerme así se fuerza.

CAMILA.

Yo debo ser de tí la aborrecida,
Pues me quieres tratar de tal manera,
Siendo tuya la culpa conocida.

ALBANO.

Yo culpa contra tí? Si la primera
No está por cometer, CAMILA mía,
En tu desgracia y disfavor yo muera.

CAMILA.

¿Tu no violaste nuestra compañía,

Que-

Queriéndola torcer por el camino
Que de la vida honesta se desvia?

ALBANIO.

Cómo de sola una hora el desatino
Ha de perder mil años de servicio,
Si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA.

Aqueste es de los hombres el oficio,
Tentar el mal, y si es malo el suceso,
Pedir con humildad perdon del vicio.

ALBANIO.

Qué tenté yo, CAMILA?

CAMILA.

Bueno es eso:

Esta fuente lo diga, que ha quedado
Por un testigo de tu mal proceso. (16)

ALBANIO.

Si puede ser mi yerro castigado
Con muerte, con deshonra ó con tormento,
Vesme aquí, estoy á todo aparejado.

CAMILA.

Sueltame ya la mano, que el aliento

Me

Me falta de congoja.

ALBANIO.

He muy gran miedo

Que te me irás, que corres mas que viento.

CAMILA.

No estoy como solia, que no puedo

Moverme ya de mal exercitada.

Suelta, que casi me has quebrado un dedo.

ALBANIO.

¿Estarás si te suelto sosegada,

Mientras con razon clara yo te muestro

Que fuiste sin razon de mi enojada?

CAMILA.

Eres tú de razones gran maestro.

Suelta, que si estaré.

ALBANIO.

Primero jura

Por la primera fé del amor nuestro.

CAMILA.

Yo juro por la ley sincera y pura

De la amistad pasada de sentarme,

Y de escuchar tus quejas muy segura.

¡Qual

¿Qual me tienes la mano de apretarme
Con esa dura mano descreído! (17)

ALBANIO.

Qual me tienes el alma de dexarme!

CAMILA.

Mi prendedero de oro si es perdido?
O cuitada de mí! mi prendedero
Desde aquel valle aqui se me ha caído.

ALBANIO.

Mira no se cayese allá primero,
Antes de aqueste, al val de la hortiga.

CAMILA.

Do quiera que cayó buscallo quiero.

ALBANIO.

Yo iré á buscallo, excusa esa fatiga;
Que no puedo sufrir que aquesta arena
Abraze el blanco pie de mi enemiga.

CAMILA.

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
Derecho vé primero á aquellas hayas;
Que alli estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO.

Ya voy: mas entretanto no te vayas.

CAMILA.

Seguro vé que antes verás mi muerte,
Que tu me cobres ni á tus manos hayas.

ALBANIO.

Ah Ninfa desleal! y desdicha suerte

Se guarda el juramento que me diste?

O condicion de vida dura y fuerte!

¡O falso amor, de nuevo me hiciste

Revivir con un poco de esperanza!

O modo de matar penoso y triste!

O muerte llena de mortal tardanza!

Podré por ti llamar injusto el cielo,

Injusta su medida, y su balanza.

Recibe tú terreno y duro suelo

Este rebelde cuerpo, que detiene

Del alma el espedido y presto vuelo.

Yo me daré la muerte, y aun si viene

Alguno á resistirme... A resistirme?

El verá que á su vida no conviene.

No puedo yo morir? no puedoirme

Por

Por aquí, por allí, por do quisiere,
Desnudo espirtu, ó carne y hueso firme?

CAMILA.

Escucha, que algun mal hacerse quiere,
O cierto tiene trastornado el seso.

ALDANIO.

Aquí tuviése yo quien mal me quiere
Descargado me siento de un gran peso:
Páreceme que vuelo, despreciando
Monte, choza, ganado, leche y queso.
No son aquestos pies? con ellos ando:
Ya caygo en ello, el cuerpo se me ha ido;
Solo el espirtu es este que ahora mando.
¿Hale hurtado alguno ó escondido
Mientras mirando estaba yo otra cosa?
O si quedó por caso allí dormido?
Una figura de color de rosa
Estaba allí durmiendo: ¿si es aquella
Mi cuerpo? no, que aquella es muy hermosa.

NEMOROSO.

Gentil cabeza, no daria por ella
Yo para mi traer solo un cornado.

AL-

ALBANO.

A quien iré del hurto á dár querella?

SALICIO.

Estrafio exemplo es ver en que ha parado

Este gentil mancebo, NEMOROSO,

Y á nosotros que le hemos mas tratado.

Manso, cuerdo, agradable, virtuoso,

Sufrido, conversable, buen amigo,

Y con un grato ingenio gran reposo.

ALBANO

Yo podré poco ó hallaré testigo

De quien hurtó mi cuerpo: aunque esté ausente,

Yo le perseguiré como enemigo.

Sabrásme decir del mi clara fuente?

Dímelo, si lo sabes: así Febo

Nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en lo hondo está un mancebo

De laurel coronado, y en la mano

Un palo propio como yo de acebo.

Ola, quién está allá? Responde hermano.

Válame Dios! ó tu eres sordo ó mudo,

O enemigo mortal del trato humano.

Es-

Espirtu soy de carne ya desnudo,
 Que busco el cuerpo mio, que me ha hurtado
 Algun ladron malvado, injusto y crudo.
 Callar que callarás. Hasme escuchado?
 O santo Dios! mi cuerpo mismo veo,
 O yo tengo el sentido trastornado.
 O cuerpo! hete hallado y no lo creo:
 Tanto sin ti me hallo descontento.
 Por fin á tu destierro, y mi deséo.

NEMOROSO.

Sospecho que el continuo pensamiento
 Que tuvo de morir antes de agora,
 Le representa aqueste apartamiento.

SALICIO.

Como del que velando siempre llora,
 Quedan durmiendo las especies llenas
 Del dolor que en el alma triste mora.

ALBANO.

Sino estás en cadenas, sal ya fuera
 A darme verdadera forma de hombre,
 Que agora solo el nombre me ha quedado.
 Y si allá estás forzado en ese suelo,

Di-

Dimelo: que si al cielo que me oyere
 Con quejas no moviere y llanto tierno,
 Convocaré el infierno y reyno oscuro, (18)
 Y romperé su muro de diamante;
 Como hizo el amante blandamente (19)
 Por la consorte ausente, que cantando
 Estuvo halagando las culebras
 De las hermanas negras mal peinadas. (20)

NEMOROSO.

¡De quan desvariadas opiniones
 Saca buenas razones el cuitado!

SALICIO.

El curso acostumbrado del ingenio,
 Aunque le falte el genio que lo muera,
 Con la fuga que lleva, corre un poco:
 Y aunque está agora loco, no por eso
 Ha de dar al travieso su sentido,
 En todo habiendo sido qual tu sabes.

NEMOROSO.

No mas, no me le alabes, que por cierto
 De vello como muerto estoy llorando.

AL-

Estaba contemplando, que tormento
Es este apartamento. A lo que pienso (21)
No nos aparta inmenso mar ayrado,
No torres de fosado rodeadas,
No montañas cerradas y sin via,
No ajena compañía dulce y cara:
Un poco de agua clara nos detiene;
Por ella no conviene lo que entramos (22)
Con ansia deseamos; porque al punto
Que á tí me acerco y junto, no te apartas;
Antes nunca te hartas de mirarme,
Y de significarme en tu menéo
Que tienes gran deseo de juntarte
Con esta media parte. Daca hermano,
Echame acá esa mano, y como buenos
Amigos á lo menos nos juntemos,
Y aquí nos abracemos. Ha, burlaste?
Así te me escapaste? Yo te digo
Que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, Don travieso, remojado,
Y tu estás enojado? Quan apriesa

Mue.

Mueves (qué cosa es esa?) tu figura!
 Aun esa desventura me quedaba?
 Ya yo me consolaba en ver serena
 Tu imagen, y tan buena y amorosa.
 No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO.

A lo menos que cure tu cabeza.

SALICIO.

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO.

O Dios! ¿por qué no pruebo á echarme dentro
 Hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO.

Qué es esto ALBANIO? Tente.

ALBANIO.

O manifesto

Ladron! Mas qué es aquesto? y es muy bueno
 Vestiros de lo ajeno? y ante el dueño,
 Como si fuese un leño sin sentido,
 Venir muy revestido de mi carne?
 Yo haré que descarne esa alma osada
 Aquesta mano ayrada.

SALICIO.

Estate quedo,
Llega tu que no puedo detenelle.

NEMOROSO.

Pues qué quieres hacelle?

SALICIO.

Yo dexalle,
Si desenclavijalle yo acabase
La mano, y escapase mi garganta.

NEMOROSO.

No tiene fuerza tanta: solo puedes
Hacer tu lo que debes á quica eres.

SALICIO.

Que tiempo de placeres y de burlas!
Con la vida te burlas, NEMOROSO?
Ven yá no estés donoso.

NEMOROSO.

Luego vengo,
En quanto me detengo yo aquí un poco.
Veré como de un loco te desatas.

SALICIO.

Ay! paso que me matas.

ALBANO.

Aunque mueras...

NEMOROSO.

Ya aquello va de veras. Suelta loco.

ALBANO.

Déxame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO.

Suelta ya.

ALBANO.

Que te hago?

NEMOROSO.

A mí? no nada.

ALBANO.

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas
En aquestas contiendas.

SALICIO.

Ha furioso!

Afierra, NEMOROSO, y tenle fuerte.

Yo te daré la muerte, Don perdido,

Téamele tú tendido mientras lo ato:

Probemos así un rato á castigallo,

Quizá con espantallo habrá algun miedo.

ALBANIO.

Señores, si estoy quedo dexareisme?

SALICIO.

No.

ALBANIO.

Pues qué, matareisme?

SALICIO.

Sí.

ALBANIO.

Sin falta?

Mira quanto mas alta aquella sierra

Está que la otra tierra.

NEMOROSO.

Bueno es esto:

El olvidará presto la braveza.

SALICIO.

Calla que así se aveza á tener seso.

ALBANIO.

Cómo? azotado y preso?

SALICIO.

Calla, escucha.

ALBANIO. ¿Dónde estás?

Negra fue aquella lucha que contigo
Hice, que tal castigo dan tus manos.

No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO. ¿Dónde estás?

ALBANIO, compañero, calla ahora,

Y duerme aquí algun hora, y no te muevas.

ALBANIO. ¿Dónde estás?

Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO. ¿Dónde estás?

Loco,

ALBANIO. ¿Dónde estás?

Paso, que duermo un poco,

SALICIO. ¿Dónde estás?

Duerimes cierto?

ALBANIO. ¿Dónde estás?

No me ves como un muerto? pues qué hago?

SALICIO. ¿Dónde estás?

Este te dará el pago, si despiertas,

En esas carnes muertas, te prometo,

NEMOROSO. ¿Dónde estás?

Algo está mas quieto y reposado

Que hasta aquí. Qué dices tú, SALICIO,
 Parécete que puede ser curado?

SALICIO.

En procurar qualquiera beneficio
 A la vida y salud de un tal amigo,
 Hacemos el debido y justo oficio.

NEMOROSO.

Escucha, pues, un poco lo que digo,
 Contaréte una estraña y nueva cosa,
 De que yo fui la parte y el testigo.
 En la ribera verde y deleytosa (23)
 Del sacro Tórnes, dulce y claro rio,
 Hay una vega grande y espaciosa,
 Verde en el medio del invierno frio,
 En el otoño verde y primavera,
 Verde en la fuerza del ardiente estio,
 Levántase al fin della una ladera
 Con proporcion graciosa en el altura,
 Que sojuzga la vega y la ribera:
 Allí está sobrepuesta la espesura
 De las hermosas torres, levantadas
 Al cielo con estraña hermosura.

No

No tanto por la fábrica estimadas,
 Aunque estraña labor allí se vea,
 Quanto por sus señores ensalzadas.
 Allí se halla lo que se desea,
 Virtud, linage, haber, y todo quanto
 Bien de natura ó de fortuna sea.
 Un hombre mora allí de ingenio tanto,
 Que toda la ribera donde el vino
 Nunca se harta de escuchar su canto.
 Nacido fué en el campo Placentino,
 Que con estrago y destrucción Romana (24)
 En el antiguo tiempo fue sanguino:
 Y en este con la propia la inhumana
 Furia infernal, por otro nombre guerra,
 Lo tiñe, lo ruina, y lo profana.
 El, viendo aquesto, abandonó su tierra,
 Por ser mas del reposo compañero,
 Que de la patria que el furor atierra.
 Llevóle á aquella parte el buen agüero
 De aquella tierra de Alba tan nombrada,
 Que este es el nombre della, y del Severo. (25)
 A aqueste Febo no le escondió nada;
 An-

Antes de piedras, hierba y animales
 Diz que le fue noticia entera dada,
 Este quando le place, á los caudales (26)
 Rios el curso presuroso enfrena
 Con fuerza de palabras y señales.
 La negra tempestad en muy serena
 Y clara luz convierte, y aquel dia,
 Si quiere revolverle, el mundo atruena.
 La Luna de alli arriba baxaria, (27)
 Si al son de las palabras no impidiese
 El son del carro que la mueve y guia.
 Temo que si decirte presumiese
 De su saber su fuerza con loores,
 Que en lugar de alaballe le ofendiese,
 Mas no te callaré que los amores
 Con un tan eficaz remedio cura,
 Qual sé conviene á tristes amadores.
 En un punto remueve la tristura,
 Convierte en odio aquel amor insano,
 Y restituye el alma á su natura.
 No te sabré decir, salicio hermano,
 La órden de mi cura y la manera;

Mas

Mas sé que me partí del libre y sano;
 Acuérdaseme bien que en la ribera
 De Tórmes le hallé solo cantando,
 Tan dulce que una piedra enterneciera.
 Como cerca me vido, adivinando
 La causa y la razón de mi venida,
 Suspenso un rato estuvo allí callando:
 Y luego con voz clara y espedida,
 Soltó la rienda al verso numeroso
 En alabanzas de la libre vida.
 Yo estaba embebecido y vergonzoso,
 Atento al son, y viéndome del todo
 Fuera de libertad y de reposo,
 No sé decir, sino que en fin de modo
 Aplicó á mi dolor la medicina,
 Que el mal desarraygó de todo en todo.
 Quedé yo entonces como quien camina
 De noche por caminos enriscados,
 Sin ver donde la senda ó paso inclina,
 Que venida la luz, y contemplados,
 Del peligro pasado nace un miedo
 Que dexa los cabellos erizados.

Así estaba mirando atento y quedo
 Aquel peligro yo que atras dexaba,
 Que nunca sin temor pensullo puedo.
 Tras esto luego se me presentaba,
 Sin antojos delante, la vileza
 De lo que antes ardiendo descaba.
 Así curó mi mal con tal destreza
 El sabio viejo, como te he contado,
 Que volvió el alma á su naturaleza,
 Y soltó el corazon aherrojado.

SALICIO.

O gran saber, ó viejo fructuoso!
 Que el perdido reposo al alma vuelve,
 Y lo que la revuelve y lleva á tierra
 Del corazon destierra incontinente.
 Con esto solamente que contaste,
 Así lo reputaste acá conmigo,
 Que sin otro testigo, á desealle
 Ver presente y hablalle me levantas.

NEMOROSO.

Desto poco te espantas tú, SALICIO?
 De mas te daré indicio manifesto.

Sino

Sino te soy molesto y enojoso.

SALICIO.

Qué es esto, NEMOROSO? y qué cosa
 Puede ser tan sabrosa en otra parte
 A mí como escucharte? no la siento,
 Quanto mas este cuento de Severo:
 Dimelo por entero por tu vida,
 Pues no hay quien nos impida ni embarace.
 Nuestro ganado paze: el viento espira:
 Filomena sospira en dulce canto,
 Y en amoroso llanto se amancilla,
 Gime la tortolilla sobre el olmo:
 Presentanos á colmo el prado flores,
 Y esmalta en mil colores su verdura:
 La fuente clara y pura murmurando
 Nos está convidando á dulce trato.

NEMOROSO.

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
 Extrañas y espantosas poco á poco.
 Ninfas, á vos invoco: verdes Faunos,
 Sátiros, y Silvanos, soltad todos
 Mi lengua en dulces modos y sutiles;
 Que

Que ni los pastoriles ni el avena,
 Ni la zampofia suena como quiero.
 Este nuestro Severo pado tanto
 Con el suave canto y dulce lira,
 Que revueltos en ira y torbellino
 Enmedio del camino se pararon
 Los vientos, y escucharon muy atentos
 La voz y los acentos, muy bastantes
 A que los repunantes y contrarios
 Se hiciesen voluntarios y conformes,
 A aqueste el viejo Tórnes como á hijo
 Lo metió al escondrijo de su fuente,
 De do va su corriente comenzada.
 Mostróle una labrada y cristalina
 Urna, donde él reclina el diestro lado;
 Y en ella vió entallado y esculpido
 Lo que antes de haber sido, el sacro viejo
 Por divino consejo puso en arte,
 Labrando á cada parte las estrañas
 Virtudes y hazafias de los hombres
 Que con sus claros nombres ilustraron
 Quanto señorearon de aquel rio.

Estaba con un brio desdenoso,
 Con pecho corajoso, aquel valiente,
 Que contra un Rey potente y de gran seso, (28)
 Quel viejo padre preso le tenia,
 Cruda guerra movia, despertando
 Su ilustre y claro bando al ejercicio
 De aquel piadoso oficio. A aqueste junto
 La gran labor al punto señalaba
 Al hijo, que mostraba acá en la tierra (29)
 Ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
 Mostrábase mancebo en las señales
 Del rostro, que eran tales, que esperanza
 Y cierta confianza claro daban
 A quantos le miraban, que él sería
 En quien se informaría un sér divino
 Al campo Sarracino en tiernos años. (30)
 Daba con graves daños á sentillo,
 Que como fue caudillo del christiano,
 Exercitó la mano, y el maduro
 Seso, y aquel seguro y firme pecho.
 En otra parte, hecho ya mas hombre, (31)
 Con mas ilustre nombre los arneses

De

De los fieros Franceses abollaba.
 Junto tras esto estaba figurado
 Con el arnes manchado de otra sangre,
 Sosteniendo la hambre en el asedio,
 Siendo el solo remedio del combate,
 Que con fiero rebate y con ruido
 Por el muro batido le ofrecian.
 Tantos al fin morian por su espada,
 A tantos la jornada puso espanto,
 Que no hay labor que tanto notifique,
 Quanto el fiero Fadrique de Toledo
 Puso terror y miedo al enemigo.
 Tras aqueste que digo se veía
 El hijo Don Garcia, que en el mundo (32)
 Sin par y sin segundo solo fuera,
 Si hijo no tuviera. ¿Quién mirára
 De su hermosa cara el rayo ardiente,
 Quién su resplandeciente y clara vista,
 Que no diera por vista su grandeza?
 Estaban de crueza fieras armadas
 Las tres iniquas Hadas, cruda guerra
 Haciendo allí á la tierra con quitalle
Es-

Este, que en alcanzalle fue dichosa.
 O patria lagrimosa! y como vuelves (33)
 Los ojos á los Gelves suspirando!
 El está exercitando el duro oficio,
 Y con tal artificio la pintura
 Mostraba su figura, que dixeras,
 Si pintado le vieras, que hablaba.
 El arena quemaba, el sol ardia,
 La gente se caía medio muerta;
 El solo con despierta vigilancia
 Dañaba la tardanza floxa, inerte,
 Y alababa la muerte gloriosa,
 Luego la polvorosa muchedumbre
 Gritando á su costumbre le cercaba:
 Mas el que se llegaba al fiero mozo,
 Llevaba con destrozo y con tormento
 Del loco atrevimiento el justo pago.
 Unos en bruto lago de su sangre,
 Cortado ya el estambre de la vida,
 La cabeza partida revolcaban:
 Otros claro mostraban espirando
 De fuera palpitando las entrañas,

Por

Por las fieras y estrañas cuchilladas
 De aquella mano dadas. Mas el hado
 Acerbo, triste, ayrado, fue venido:
 Y al fin él, confundido de alboroto,
 Atravesado y roto de mil hierros,
 Pidiendo de sus yerros vénia al cielo,
 Puso en el duro suelo la hermosa
 Cara, como la rosa matutina,
 Quando ya el sol declina á medio dia,
 Que pierde su alegría, y marchitando
 Va la color mudando, ó en el campo
 Qual queda el lirio, que el arado
 Crudamente cortado al pasar dexa,
 Del qual aun no se aleja presuroso
 Aquel color hermoso, ó se destierza;
 Mas ya la madre tierra descuidada
 No le administra nada de su aliento,
 Que era el sustentamiento y vigor suyo:
 Tal está el rostro tuyo en el arena,
 Fresca rosa, azucena blanca, y pura.
 Tras esta una pintura estraña tira
 Los ojos de quien mira, y los detiene.

Tan-

Tanto, que no conviene mirar cosa
 Extraña ni hermosa, sino aquella.
 De vestidura bella allí vestidas
 Las Gracias esculpidas se veían:
 Solamente trahían un delgado
 Velo, que el delicado cuerpo viste,
 Mas tal que no resiste á nuestra vista.
 Su diligencia en vista demostraban:
 Todas tres ayudaban en un hora
 A una muy gran señora que paría.
 Un infante se vía ya nacido,
 Tal, qual jamás salido de otro parto
 Del primer siglo al quarto vió la luna.
 En la pequeña cuna se leía
 Un nombre que decia, DON FERNANDO.
 Baxaban del hablando de dos cumbres
 Aquellas nueve lumbres de la vida:
 Con ligera corrida iba con ellas,
 Qual luna con estrellas, el mancebo
 Intonso y rubio Febo; y en llegando,
 Por órden abrazando todas fueron
 El niño, que tuvieron luéngamente.
Vido

Vido como presente de otra parte
 Mercurio estaba, y Marte canto y fiero
 Viendo el gran Caballero, que encogido
 En el recién nacido cuerpo estaba.
 Entonces lugar daba mesurado
 A Venus que á su lado estaba puesta.
 Ella con mano presta y abundante
 Nectar sobre el infante desparcia;
 Mas Febo la desvia de aquel tierno
 Niño, y daba el gobierno á sus hermanas.
 Del cargo están ufanas todas nueve.
 El tiempo el paso mueve, el niño crece,
 Y en tierna edad florece y se levanta
 Como felice planta en buen terreno.
 Ya sin preceto ajeno daba tales
 De su ingenio señales, que espantaban
 A los que le criaban. Luego estaba
 Como una le entregaba á un gran maestro,
 Que con ingenio diestro y vida honesta
 Hiciese manifiesta al mundo y clara
 Aquella ánima rara que allí via.
 Al niño recibia con respeto

Un viejo, en cuyo aspeto se via junto
 Severidad á un punto con dulzura.
 Quedó desta figura como helado
 Severo y espantado viendo al viejo,
 Que como si en espejo se mirára,
 En cuerpo, edad, y cara eran conformes.
 En esto el rostro á Tórnes revolviendo,
 Vio que estaba riendo de su espanto.
 De qué te espantas tanto? dixo el rio:
 ¿No basta el saber mio á que primero
 Que naciese severo, yo supiese
 Que había de ser quien diese la doctrina
 Al ánima divina deste mozo?
 El lleno de alborozo y de alegría,
 Sus ojos mantenía de pintura. (34)

Miraba otra figura de un mancebo,
 El qual venia con Febo mano á mano
 Al modo cortesano. En su manera,
 Juzgáralo qualquiera, viendo el gesto
 Lleno de un sabio, honesto y dulce afeto,
 Por un hombre perfecto la alta parte
 De la difícil arte cortesana,

Maestra de la humana y dulce vida.
 Luego fue conocida de SEVERO
 La imagen por entero fácilmente
 Deste que allí presente era pintado.
 Vio que era el que había dado á D. FERNANDO,
 Su ánimo formando en lengua usanza,
 El trato, la crianza y gentileza,
 La dulzura y llaneza acomodada,
 La virtud apartada, generosa,
 Y en fin qualquiera cosa que se via
 En la cortesanía, de que lleno
 FERNANDO tuvo el seño y bastecido.
 Despues de conocido, leyó el nombre
 SEVERO de aqueste hombre, que se llama
 noscan, de cuya llama clara y pura
 Sale el fuego que apura sus escritos,
 Que en siglos infinitos ternán vida.
 De algo mas crecida edad miraba
 Al niño que escuchaba sus consejos,
 Luego los apárejos ya de Marte,
 Estotro puesto á parte, le trahía.
 Así les convenia á todos ellos,

Que

Que no pudiera dellos dar noticia
 A otro la malicia en muchos años.
 Obraba los engaños de la lucha:
 La maña y fuerza mucha y exercicio,
 Con el robusto oficio está mezclando.
 Allí con rostro blando y amoroso
 Venus aquel hermoso mozo mira,
 Y luego le retira por un rato
 De aquel áspero trato y son de hierro.
 Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
 Armar continuo el pecho de dureza,
 No dando á la terneza alguna puerta.
 Entrada en una huerta, con él siendo,
 Una ninfa durmiendo le mostraba.
 El mozo la miraba, y juntamente
 De súbito accidente acometido,
 Estaba embebecido, y á la diosa,
 Que á la Ninfa hermosa se allegase
 Mostraba que rogase: y parecia
 Que la diosa temía de llegarse.
 El no podía hartarse de miralla,
 Eternamente amalla prometiendo.

Luego venia corriendo Marte ayrado,
 Mostrandose alterado en la persona,
 Y daba una corona á DON FERNANDO,
 Y estabale mostrando un caballero,
 Que con semblante fiero amenazaba
 Al mozo, que quitaba el nombre á todos.
 Con atentados modos se movia
 Contra el que le atendia (35) en una puente (36)
 Mostraba claramente la pintura
 Que acaso noche oscura entonces era.
 De la batalla fiera era testigo
 Marte, que al enemigo condenaba
 Y al mozo coronaba en el fin della,
 El qual como la estrella relumbrante,
 Que el sol envia delante, resplandece.
 De allí su nombre crece, se derrama
 Su valerosa fama á todas partes.
 Luego con nuevas artes se convierte
 A hurtar á la muerte y á su abismo
 Gran parte de sí mismo, y quedar vivo
 Quando el vulgo cautivo le llorare,
 Y muerto le llamare con deseo.

Estaba el himeneo allí pintado
 El diestro pie calzado en lazos de oro. (37)
 De virgenes un coro está cantando,
 Partidas alternando y respondiendo;
 Y en un lecho poniendo una doncella,
 Que quien atento aquella bien mirase,
 Y bien la cotejase en su sentido
 Con la que el mozo vido allá en la huerta,
 Verá que la despierta y la dormida
 Por una es conocida de presente.
 Mostraba juntamente ser señora
 Digna y merecedora de tal hombre.
 El almohada el nombre contenia,
 El qual DOÑA MARIA ENRIQUEZ era.
 Apenas tienen fuera á DON FERNANDO
 Ardiendo y descansando estar ya echado:
 Al fin era dexado con su esposa,
 Dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.
 En un pie estaba puesta la fortuna,
 Nunca estable ni una, que llamaba
 A FERNANDO que estaba en vida ociosa
 Que por dificultosa y ardua via

Qui-

Quisiera ser su guía y ser primera;
 Mas él por compañera toma aquella,
 Siguiendo á la que es bella descubierta,
 Y juzgada cubierta por disforme:
 El nombre era conforme á aquesta fama:
 Virtud esta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella guiara igual en curso,
 Sino este, que el discurso de su lumbre
 Forzaba la costumbre de sus años,
 No recibiendo engaños sus deseos?
 Los montes Pirineos (que se estima
 De abaxo que la cima está en el cielo,
 Y desde arriba el suelo en el infierno)
 Enmedio del invierno atravesaba.
 La nieve blanqueaba, y las corrientes
 Por debaxo de puentes cristalinas,
 Y por heladas minas van calladas.
 El ayre las cargadas ramas mueve,
 Que el peso de la nieve las desgaja.
 Por aquí se trabaja el duque osado,
 Del tiempo contrastado y de la via,
 Con clara compañía de ir delante.

El trabajo constante y tan loable
 Por la Francia mudable enfín le lleva.
 La fama en él renueva la presteza:
 La qual con ligereza iba volando.
 Y con el gran FERNANDO se paraba,
 Y le significaba en modo y gesto
 Que el caminar muy presto convenia.

De todos escogía el Duque uno,
 Y entrambos de consuno cabalgaban,
 Los caballos mudaban fatigados;
 Mas á la fin llegados á los muros
 Del gran Paris seguros, la dolencia
 Con su debil presencia y amarilla
 Baxaba de la silla al Duque sano,
 Y con pesada mano le tocaba.
 Ni luego comenzaba á demudarse,
 Y amarillo pararse y á dolerse.

Luego pudiera verse de travieso
 Venir por un espeso bosque ameno
 De buenas hierbas lleno y medicina,
 Esculapio, y camina no parando
 Hasta donde FERNANDO está en el lecho.

En-

Entró con pie derecho, y parecia
 Que le restituia en tanta fuerza,
 Que á proseguir se esfuerza su viage
 Que le llevó al pasage del gran Rheno.
 Tomábale en su seno el caudaloso
 Y claro rio, gozoso de tal gloria,
 Trayendo á la memoria quando vino
 El vencedor Latino al mesmo paso. (38)
 No se mostraba escaso de sus ondas;
 Antes con aguas hondas que engendraba,
 Los baxos igualaba, y al liviano
 Barco daba de mano: el qual volando,
 Atras iba dexando muros, torres.
 Con tanta priesa corres, navecilla,
 Que llegas do amancilla una doncella, (39)
 Y once mil mas con ella, y mancha el suelo
 De sangre, que en el cielo está esmaltada:
 Ursula desposada virgen para
 Mostraba su figura, en una pieza
 Pintada su cabeza. Allí se via
 Que los ojos volvia ya espirando,
 Y estábala mirando aquel tirano

Que

Que con acerba mano llevó á hecho
 De tierno en tierno pecho su compañía.
 Por la fiera Alemaña de aquí parte
 El Duque á aquella parte enderezado
 Donde el christiano estado estaba en dubio.
 En fin al gran Danubio se encomienda:
 Por él suelta la rienda á su navio,
 Que con poco desvio de la tierra
 Entre una y otra sierra el agua hiende.
 El remo, que descende en fuerza suma,
 Mueve la blanca espuma como argento.
 El veloz movimiento parecia
 Que pintado se via ante los ojos.
 Con amorosos ojos adelante
 Carlo, Cesar triunfante, le abrazaba
 Quando desembarcaba en Ratisbona.
 Allí por la corona del Imperio
 Estaba el Magisterio de la tierra
 Convocado á la guerra que esperaban.
 Todos ellos estaban enclavando
 Los ojos en FERNANDO; y en el punto
 Que á sí le vieron junto, se prometen
 De

De quanto allí acometen la victoria,
 Con falsa y vana gloria y arrogancia,
 Con bárbara jactancia allí se via
 A los fines de Ungria el campo puesto
 De aquel que fue molesto en tanto grado (40)
 Al Ungaro cuitado y afligido:
 Las armas y el vestido á su costumbre,
 Era la muchedumbre tan estraña,
 Que apenas la campaña la abrazaba,
 Ni á dar pasto bastaba, ni agua el río.
 Cesar con zelo pio, y con valiente
 Animo aquella gente despreciaba.
 La suya convocaba, y en un punto
 Vieras un campo junto de naciones
 Diversas y razones; mas de un zelo:
 No ocupaba el suelo en tanto grado
 Con número sobrado y infinito
 Como el campo maldito; mas mostraban
 Virtud con que sobraban su contrario, (41)
 Animo voluntario, industria y maña,
 Con generosa saña y viva fuerza
 FERNANDO los esfuerza y los recoge,

Y á sueldo suyo coge muchos dellos,
 De un arte usaba entre ellos admirable:
 Con el disciplinable Aleman fiero
 A su manera y fuero conversaba:
 A todo se aplicaba de manera,
 Que el Flamenco dixera que nacido
 En Flandes habia sido: y el osado
 Español y sobrado, (42) imaginando
 Ser suyo DON FERNANDO y de su suelo,
 Demanda sin rezelo la batalla.
 Quien mas cerca se halla del gran hombre
 Piensa que crece el nombre por su mano.
 El cauto Italiano nota y mira,
 Los ojos nunca tira del guerrero, (43)
 Y aquel valor primero de su gente
 Junto en este y presente considera.
 En él vé la manera misma y maña (44)
 Del que pasó en España sin tardanza,
 Siendo solo esperanza de su tierra,
 Y acabó aquella guerra peligrosa
 Con mano poderosa y con estrago
 De la fiera Cartago y de su muro;

Y del terrible y duro su candillo, (45)
 Cuyo agudo cuchillo á la garganta
 Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida

La envidia carcomida, á sí molesta:

Contra FERNANDO puesta frente á frente

La desvalida gente convocaba.

Y contra aquel la armaba, y con sus artes

Busca por todas parte daño y mengua.

El con su mansa lengua y largas manos

Los tumultos livianos asentando,

Poco á poco iba alzando tanto el vuelo,

Que la envidia en el cielo le miraba;

Y como no bastaba á la conquista,

Vencida ya su vista de tal lumbré,

Forzaba su costumbre, y parecía

Que perdon le pedia en tierra echada.

El, despues de pisada, descansando

Quedaba y aliviado de este enojo;

Y lleno del despojo desta fiera,

Hallaba en la ribera del gran río

De noche, al puro frío del sereno,

A César, que en su seno está penoso
 Del suceso dudoso desta guerra:
 Que aunque de sí destierra la tristeza,
 Del caso la grandeza trae consigo
 El pensamiento amigo del remedio.
 Entrambos buscan medio conveniente
 Para que aquel terrible furor loco
 Les empeciese poco, y recibiese
 Tal estrago, que fuese destronado.
 Después de haber hablado, ya cansados,
 En la hierba acostados se dormían:
 El gran Danubio oían ir sonando, (46)
 Casi como aprobando aquel consejo.
 En esto el claro viejo río se vía
 Que del agua salía muy callado,
 De sauces coronado, y de un vestido
 De las ovas texido mal cubierto,
 Y en aquel sueño incierto les mostraba
 Todo quanto tocaba al gran negocio.
 Parecía que el ocio sin provecho
 Les sacaba del pecho; porque luego
 (Como si en vivo fuego se quemara

Al-

Alguna cosa cara) se levantan
 Del gran sueño, y se espantan, alegrando
 El ánimo, y alzando la esperanza.
 El Rio sin tardanza parecia
 Que el agua disponía al gran viage;
 Allanaba el pasage y la corriente,
 Para que facilmente aquella armada
 Que avia de ser guiada por su mano,
 En el remar liviano y dulce viese
 Quanto el Danubio fuese favorable.
 Con presteza admirable vieras junto
 Un exercito á punto denodado,
 Y despues de embarcado, el remo lento,
 El duro movimiento de los brazos,
 Los pocos embarazos de las ondas
 Llevaban por las hondas aguas presta
 El armada molesta al gran tirano.
 El artificio humano no hiciera
 Pintura que exprimiera vivamente
 El armada, la gente, el curso, el agua:
 Y apenas en la fragua (donde sudan
 Los Ciclopes, y mudan fatigados

Los brazos ya cansados del martillo)
 Pudiera así exprimillo el gran maestro.
 Quien viera el curso diestro por la clara
 Corriente, bien jurara á aquellas horas,
 Que las agudas proas dividían
 El agua, y la hendían con sonido,
 Y el rastro iba seguido. Luego vieras
 Al viento las banderas tremolando,
 Las ondas imitando en el moverse.
 Pudiera también verse casi viva
 La otra gente esquivá y descreída,
 Que de ensoberbecida y arrogante
 Pensaba que delante no hallaran
 Hombres que se pararan á su furia.
 Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
 Remos iban metiendo con tal gana,
 Que iba de espuma cana el agua llena.
 El temor enajena al otro bando:
 El sentido, volando de uno en uno,
 Entrabase importuno por la puerta
 De la opinion incierta: y siendo dentro
 En el intimo centro allá del pecho

Les dexaba deshecho un hielo frio,
 El qual como un gran rio en fluxos gruesos
 Por médulas y huesos discurria.
 Todo el campo se via conturbado
 Y con arrebatado movimiento,
 Solo del salvamento platicaban.
 Luego se levantaban con desórden:
 Confusos y sin órden caminando,
 Atras iban dexando con rezelo
 Tendida por el suelo su riqueza.
 Las riendas, do pereza y el fornicio,
 Con todo bruto vicio obrar solian,
 Sin ellas se partian. Así armadas
 Eran desamparadas de sus dueños.
 A grandes y pequeños juntamente
 Era el temor presente por testigo,
 Y el áspero enemigo á las espaldas
 Que les iba las faldas ya mordiendo.
 Cesar estar teniendo allí se vía
 A FERNANDO, que ardia sin tardanza
 Por colorar su lanza en turca sangre.
 Con animosa hambre y con denuedo

For-

Forceja con quien quedo estar le manda,
 Como lebel de Irlanda generoso
 Que el javalí cerdoso y fiero mira,
 Rebátase, sospira, fuerza y riñe,
 Y apenas le costríe el atadura,
 Que el dueño con cordura mas aprieta:
 Así estaba perfecta y bien labrada
 La imagen figurada de FERNANDO.
 Que quien allí mirandola estuviera,
 Que era de esta manera lo juzgara.
 Resplandeciente y clara de su gloria
 Pintada la vitoria se mostraba:
 A César abrazaba, y no parando,
 Los brazos á FERNANDO echaba al cuello.
 El mostraba de aquello sentimiento
 Por ser el vencimiento tan holgado.
 Estaba figurado un carro extraño
 Con el despojo y daño de la gente
 Bárbara: y juntamente allí pintados
 Cautivos amurrados á las ruedas,
 Con hábitos y sedas variadas:
 Lanzas rotas, celadas y banderas,

Armaduras ligeras de los brazos,
 Escudos en pedazos divididos
 Vieras allí cogidos en trofeo,
 Con que el comun deseo y voluntades
 De tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
 Con velas al Tirreno del armada
 Sublime y ensalzada y gloriosa.
 Con la proa espumosa las galeras
 Como nadantes fieras el mar cortan;
 Hasta que en fin aportan con corona
 De lauro á Barcelona: do cumplidos
 Los votos ofrecidos y deseos,
 Y los grandes trofeos ya repuestos,
 Con movimientos prestos de allí luego,
 En amoroso fuego todo ardiendo,
 El Daque iba corriendo, y no paraba.
 Cataluña pasaba, atras la dexa:
 Ya de Aragon se aleja, y en Castilla
 Sin baxar de la silla los pies pone.
 El corazon dispone al alegría
 Que vecina tenia, y reserena

Su rostro, y enajena de sus ojos
 Muerte, daños, enojos, sangre y guerra,
 Con solo amor se encierra sin respeto,
 Y el amoroso afeto y zelo ardiente
 Figurado y presente está en la cara :
 Y la consorte cara presurosa,
 De un tal placer dudosa, aunque lo via,
 El cuello le cefia un nudo estrecho
 De aquellos brazos hecho delicados:
 De lágrimas preñados relumbraban
 Los ojos que sobaban al sol claro.
 Con su FERNANDO caro, y señor pio
 La tierra, el campo, el rio, el monte, el llano,
 Alegres á una mano estaban todos;
 Mas con diversos modos lo decian:
 Los muros parecian de otra altura:
 El campo en hermosura de otras flores
 Pintaba mil colores disconformes:
 Estaba el mismo Tórnes figurado,
 En torno rodeado de sus niñas,
 Vertiendo claras linfas con instancia
 En mayor abundancia que solia:

Del monte se veía el verde seno
 De ciervos todo lleno, corzos, gamos,
 Que de los tiernos ramos van rumiando:
 El llano está mostrando su verdura,
 Tendiendo su llanura así espaciosa,
 Que á la vida curiosa nada empee,
 Ni dexa en que tropiece el ojo vago.
 Bafiados en un lago, no de olvido,
 Mas de un embebecido gozo, estaban
 Quantos consideraban la presencia
 Deste, cuya excelencia el mundo canta,
 Cuyo valor quebranta al turco fiero,
 Aquesto vió severo por sus ojos;
 Y no fueron antojos ni ficciones:
 Si oyeras sus razones, yo te digo
 Que como buen testigo le creyeras.
 Contaba muy de veras, que mirando
 Atento, y contemplando las pinturas,
 Hallaba en las figuras tal destreza,
 Que con mayor viveza no pudieran
 Estar, si ser les dieran vivo y puro.
 Lo que dellas escuro allí hallaba,

Y el ojo no bastaba á recogerlo,
 El río le daba dello gran noticia.
 Este de la milicia, dixo al río,
 La cumbre y señorío terná solo
 Del uno al otro polo: y porque espantes
 A todos quantos cantes los famosos
 Hechos tan gloriosos, tan ilustres,
 Sabe que en cinco lustres de sus años
 Hará tantos engaños á la muerte,
 Que con ánimo fuerte habrá pasado
 Por quanto aquí pintado dél has visto.
 Ya todo lo has previsto, vamos fuera,
 Dexarte he en la ribera do estar sueles.
 Quiero que me reveles tú primero,
 Le replicó severo, que es aquello;
 Que de mirar en ello se me ofusca
 La vista: así corusca y resplandece,
 Y tan claro parece allí en la urna,
 Como en hora nocturna la cometa.
 Amigo no se meta, dixo el viejo,
 Ninguno, le aconsejo, en ese suelo
 En saber mas que el cielo le otorgare:

Y sino te mostrare lo que pides,
 Tú mismo me lo impides; porque en tanto
 Que el mortal velo y manto el alma cubren,
 Mil cosas se te encubren, que no bastan
 Tus ojos, que contrastan, á mirallas.
 No pude yo pintallas con menores
 Luces y resplandores; porque sabe,
 (Y aquesto en ti bien cabe) que esto todo
 Que en excesivo modo resplandece
 Tanto, que no parece ni se muestra,
 Es lo que aquella mano osada,
 Y virtud sublimada de FERNANDO
 Acabarán entrando mas los dias.
 Lo qual con lo que vias comparado,
 Es como con nublado muy escuro
 El sol ardiente, puro y relumbrante.
 Tu vista no es bastante á tanta lumbré,
 Hasta que la costumbre de miralla
 Tu ver al contemplalla no confunda.
 Como en carcel profunda el encerrado,
 Que súbito sacado, le atormenta
 El sol que se presenta á sus tinieblas.

Así

Así tú que las nieblas y honduras,
 Metido en estrechuras, contemplabas
 Que era quanto mirabas otra gente,
 Viendo tan diferente suerte de hombre,
 No es mucho que te asombre luz tan alta,
 Pero vete, que basta el sol hermoso
 Su carro presuroso ya en las ondas,
 Y antes que me respondas será puesto,
 Diciendo así, con gesto muy humano
 Tómole por la mano. O admirable
 Caso y cierto espantable! que en saliendo
 Se fueron restriñendo de una parte
 Y de otra de tal arte aquellas ondas,
 Que las aguas que hondas ser solian,
 El suelo descubrian y dexaban
 Seca por do pasaban la carrera,
 Hasta que en la ribera se hallaron:
 Y como se pararon en un alto,
 El viejo de allí un salto dió con brio, (47)
 Y levantó del río espuma al cielo,
 Y conmovió del suelo negra arena,
 SEVERO ya de ajena ciencia instruto,
 Fuese

Fuese á coger el fruto sin tardanza
 De futura esperanza; y escribiendo,
 Las cosas fue esprimiendo muy conformes
 A las que habia de Tórnes aprendido:
 Y aunque de mi sentido el bien juzgase
 Que no las alcanzase, no por eso
 Este largo proceso sin pereza
 Dexó por su nobleza de mostrarme.
 Yo no podia hartarme allí leyendo;
 Y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO.

Espantado me tienes
 Con tan extraño cuento,
 Y al son de tu hablar embebecido:
 Acá dentro me siento,
 Oyendo tantos bienes
 Y el valor de este Principe escogido,
 Bullir con el sentido,
 Y arder con el deseo,
 Por contemplar presente
 Aquel que estando ausente,
 Por tu divina relacion ya veo.

¡Quien

¡Quien viese la escritura,

Ya que no puede verse la pintura!

Por firme y verdadero,

Después que te he escuchado,

Tengo que ha de sacar ALBANO cierto:

Que según me has contado

Bastará tu Severo

A dar salud á un vivo, y vida á un muerto:

Que á quien fue descubierto

Un tamaño secreto,

Razón es que se crea

Que cualquiera que sea

Alcanzará con su saber perfecto:

Y á las enfermedades

Aplicará contrarias calidades.

NEMOROSO.

¡Pues en que te resumes, di, SALICIO,

Acerca deste enfermo compañero!

SALICIO.

En que hagamos el debido oficio:

Luego de aquí partamos, y primero

Que haga curso el mal y se enviejzca,

Así

Así le presentemos á Severo.

NEMOROSO.

Yo soy contento, y antes que amanezca

Y que del sol el claro rayo ardiente

Sobre las altas cumbres se parezca,

El compañero mísero y doliente

Llevemos luego donde cierto entiendo

Que será guarecido fácilmente.

SALICIO.

Recoge tu ganado, que cayendo

Ya de los altos montes las mayores (48)

Sombras con ligereza van corriendo.

Mira en torno, y verás por los alcores

Salir el humo de las caserías

De aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,

Y vete tú con ellas poco á poco

Por aquel mismo valle que solias.

Yo solo me averné con nuestro loco;

Que pues que hasta aquí no se ha movido,

La braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO.

Si llegas antes, no te estés dormido:
 Apareja la cena, que sospecho
 Que á un fuego GALAFRON no ha brá en cendido

SALICIO.

Yo lo haré, que al hato iré derecho,
 Si no me lleva á despeñar consigo
 De algun barranco ALBANO á mi despecho.
 A Dios hermano.

NEMOROSO.

A Dios Salicio amigo.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

E G L O G A III.

TIRRENO. ALCINO.

Aquella voluntad honesta y pura,
 Ilustre y hermosísima María, (1)
 Que en mí de celebrar tu hermosura,

Ta

Tu ingenio y tu valor estar solia,
 A despecho y pesar de la ventura
 Que por otro camino me desvia,
 Está y estará en mí tanto clavada,
 Quanto del cuerpo el alma acompañada.
 Y aun no se me figura que me toca
 Aqueste oficio solamente en vida;
 Mas con la lengua muerta y fria en la boca
 Pienso mover la voz á tí debida.
 Libre mi alma de su estrecha roca,
 Por el estigio lago conducida,
 Celebrándote irá, y aquel sonido
 Hará parar las aguas del olvido.
 Mas la fortuna, de mi mal no harta,
 Me aflige, y de un trabajo en otro lleva:
 Ya de la patria, ya del bien me aparta,
 Ya mi paciencia en mil maneras prueba;
 Y lo que siento mas es que la carta (2)
 Donde mi pluma tu alabanza mueva,
 Poniendo en su lugar cuidados vanos,
 Me quita y me arrebatá de las manos.
 Pero por mas que en mí su fuerza pruebe,
 No

No tornaré mi corazón mudable:
 Nunca dirán jamás que me remueve
 Fortuna de un estudio tan loable.
 Apolo y las Hermanas todas nueve
 Me darán ocio y lengua, con que hable
 Lo menos de lo que en tu ser cupiere;
 Que esto será lo mas que yo pudiere.

Entanto no te ofenda ni te harte
 Tratar del campo y soledad que amaste,
 Ni desdieses aquesta inculta parte
 De mi estilo, que en algo ya estimaste.
 Entre las armas del sangriento Marte,
 Do apenas hay quien su furor contraste,
 Hurté de tiempo aquesta breve suma,
 Tomando ora la espada, ora la pluma.

Aplica pues un rato los sentidos
 Al baxo son de mi zampoña ruda,
 Indigna de llegar á tus oídos,
 Pues de ornamento y gracia va desnuda;
 Mas á las veces son mejor oídos
 El puro ingenio y lengua casi muda,
 Testigos limpios de ánimo inocente,

Que

Que la curiosidad del eloquente,
 Por aquesta razon de tí escuchado,
 Aunque me falten otras, ser merezco.
 Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
 Con recibillo tú, yo me enriquezco.
 De quatro Ninfas, que del Tajo amado
 Salieron juntas, á cantar me ofrezco,
 Filódoce, Dinámene, y Climéne,
 Nise, que en hermosura par no tiene.
 Cerca del Tajo en soledad amena
 De verdes sauces hay una espesura,
 Toda de yedra revestida y llena,
 Que por el tronco va hasta la altura,
 Y así la texe arriba y encadena,
 Que el sol no halla paso á la verdura :
 El agua baña el prado con sonido
 Alegando la hierba y el oído.
 Con tanta mansedumbre el cristalino
 Tajo en aquella parte caminaba,
 Que pudieran los ojos el camino
 Determinar apenas que llevaba.
 Peynando sus cabellos de oro fino,

Una Ninfa del agua do moraba
 La cabeza sacó, y el prado ameno
 Vido de flores y de sombra lleno.

Moviola el sitio umbroso, el manso viento,
 El suave olor de aquel florido suelo.
 Las aves en el fresco apartamiento
 Vió descansar del trabajoso vuelo.
 Secaba entonces el terreno aliento
 El sol subido en la mitad del cielo.
 En el silencio solo se escuchaba
 Un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
 Atentamente aquel lugar sombrío,
 Somorgujó de nuevo su cabeza,
 Y al fondo se dexó calar del río.
 A sus hermanas á contar empieza
 Del verde sitio el agradable frío,
 Y que vayan las ruega y amonesta
 Allí con su labor á estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego;
 Que las tres dellas su labor tomaron;
 Y en mirando de fuera, vieron luego

El

El prado, hácia el qual enderezaron.
 El agua clara con lascivo juego
 Nadando dividieron y cortaron,
 Hasta que el blanco pie tocó mojado,
 Saliendo de la arena, el verde prado.
 Poniendo ya en lo enxuto las pisadas,
 Escurrieron del agua sus cabellos:
 Los quales esparciendo, cobijadas
 Las hermosas espaldas fueron dellos.
 Luego sacando telas delicadas,
 Que en delgadeza competian con ellos,
 En lo mas escondido se metieron,
 Y á su labor atentas se pusieron.
 Las telas eran hechas y texidas
 Del oro que el felice Tajo envia,
 Apurado, despues de bien cernidas
 Las menudas arenas do se cria,
 Y de las verdes hojas reducidas
 En estambre sutil, qual convenia
 Para seguir el delicado estilo
 Del oro ya tirado en rico hilo.
 La delicada estambre era distinta

De los colores que antes le habían dado
 Con la fineza de la varia tinta
 Que se halla en las conchas del pescado,
 Tanto artificio muestra en lo que pinta
 Y texe cada Ninfa en su labrado,
 Quanto mostraron en sus tablas ántes
 El celebrado Apéles y Timántes.
 Filódoce, que así de aquellas era
 Llamada la mayor, con diestra mano
 Tenia figurada la ribera
 De Estrimón, de una parte el verde llano,
 Y de otra el monte de aspereza fiera,
 Pisado tarde ó nunca de pie humano,
 Donde el amor movió con tanta gracia
 La dolorosa lengua del de Tracia.
 Estaba figurada la hermosa
 Eurídice en el blanco pie mordida
 De la pequeña sierpe ponzoñosa
 Entre la hierba y flores escondida;
 Descolorida estaba como rosa
 Que ha sido fuera de sazón cogida,
 Y el ánima, los ojos va volviendo,

De la hermosa carne despidiendo,
 Figurado se via estensamente
 El osado marido que baxaba
 Al triste reyno de la escura gente,
 Y la muger perdida reconocaba:
 Y como despues desto el impaciente
 Por mirarla de nuevo, la tornaba
 A perder otra vez, y del tirano
 Se queixa al monte solitario en vano.
 Dinámene no menos artificio
 Mostraba en la labor que avia tejido,
 Pintando á Apolo en el robusto oficio
 De la silvestre caza embebecido.
 Mudar presto le hace el exercicio
 La vengativa mano de Cupido,
 Que hizo á Apolo consumirse en lloro
 Despues que le enclavó con punta de oro,
 Dafne con el cabello suelto al viento,
 Sin perdonar al blanco pie, corria
 Por áspero camino, tan sin tiento,
 Que Apolo en la pintura parecia
 Que porque ella templase el movimiento,
 Con

Con menos ligereza la seguía.
 El va siguiendo, y ella huye como
 Quien siente al pecho el odioso plomo. (3)
 Mas á la fin los brazos le crecían,
 Y en sendos ramos vueltos se mostraban,
 Y los cabellos, que vencer solían
 Al oro fino, en hojas se tornaban:
 En torcidas raíces se extendían
 Los blancos pies, y en tierra se hincaban:
 Lloró el amante, y busca el ser primero,
 Besando y abrazando aquel madero.
 Glórese llena de destreza y maña,
 El oro y las colores matizando
 Iba, de hayas una gran montafia,
 De robles y de peñas variando,
 Un puerco entre ellas de braveza estrafia
 Estaba los colmillos aguzando
 Contra un mozo, no menos animoso,
 Con su venablo en mano, que hermoso.
 Tras esto el puerco allí se vio herido
 De aquel mancebo por su mal valiente,
 Y el mozo en tierra estaba ya tendido,
 Abier-

Abierto el pecho del rabioso diente:
 Con el cabello de oro desparcido
 Barriendo el suelo miserablemente,
 Las rosas blancas por allí sembradas
 Tornaba con su sangre coloradas.
 Adónis este se mostraba que era,
 Según se muestra Vénus dolorida,
 Que viendo la herida abierta y fiera,
 Sobre él estaba casi amortecida.
 Boca con boca coge la postrera
 Parte del ayre que solia dar vida
 Al cuerpo, por quien ella en este suelo
 Aborrecido tuvo al alto cielo.
 La blanca Nise no tomó á destajo
 De los pasados casos la memoria,
 Y en la labor de su sutil trabajo
 No quiso entretexer antigua historia:
 Antes mostrando de su claro Tajo
 En su labor la celebrada gloria,
 Lo figuró en la parte donde había
 La mas felice tierra de la España.
 Pintado el caudaloso rio se via,

Que

Que en áspera estrechez reducido,
 Un monte casi al rededor cedia
 Con ímpetu corriendo y con ruido:
 Querer cercarle todo parecía
 En su volver; mas era afán perdido:
 Dexábase correr en fin derecho,
 Contento de lo mucho que había hecho.
 Estaba puesta en la sublimis cumbre
 Del monte, y desde allí por él sembrada
 Aquella ilustre y clara pesadumbre
 De antiguos edificios adornada.
 De allí con agradable mansedumbre
 El Tajo va siguiendo su jornada,
 Y regando los campos y arboledas
 Con artificio de las altas ruedas.
 En la hermosa tela se veían
 Entretexidas las silvestres diosas
 Salir de la espesura, y que venían
 Todas á las riberas presurosas,
 En el semblante tristes, y trahían
 Castillos blancos de purpureas rosas,
 Las quales esparciendo derramaban

Sobre una Ninfa muerta, que lloraban. (4)
 Todas con el cabello desparcido
 Lloraban una Ninfa delicada,
 Cuya vida mostraba que había sido
 Antes de tiempo y casi en flor cortada.
 Cerca del agua en un lugar florido
 Estaba entre las hierbas degollada, (5)
 Qual queda el blanco cisne quando pierde
 La dulce vida entre la hierba verde.
 Una de aquellas Diosas que en belleza,
 Al parecer, á todas excedia,
 Mostrando en el semblante la tristeza
 Que del funesto y triste caso habia,
 Apartada algun tanto, en la corteza
 De un álamo unas letras escribia,
 Como epitafio de la Ninfa bella,
 Que hablaban así por parte della.
 ELISA soy, en cuyo nombre suena
 Y se lamenta el monte cavernoso,
 Testigo del dolor y grave pena
 En que por mí se aflige NEMOROSO,
 Y llama á ELISA: ELISA á boca llena

Responde el Tajo, y lleva presuroso
 Al mar de Lusitania el nombre mío,
 Donde será escuchado, yo lo fio.
 En fin, en esta tela artificiosa
 Toda la historia estaba figurada,
 Que en aquella ribera deleytosa
 De neasonosó fue tan celebrada;
 Porque de todo aqueste y cada cosa
 Estaba nusa ya tan informada,
 Que llorando el pastor, mil veces ella
 Se enterneció escuchando su querella.
 Y porque aqueste lamentable cuento
 No solo entre las selvas se contase,
 Mas dentro de las ondas sentimiento
 Con la noticia desto se mostrase,
 Quiso que de su tela el argumento
 La bella Ninfa muerta señalase;
 Y así se publicase de uno en uno
 Por el húmido reyno de Netuno.
 Destas historias tales variadas
 Eran las telas de las quatro hermanas,
 Las quales con colores matizadas,

Y claras luces de las sombras vanas,
 Mostraban á los ojos relevadas
 Las cosas y figuras que eran llanas,
 Tanto, que al parecer el cuerpo vano
 Pudiera ser tomado con la mano.
 Los rayos ya del sol se trastornaban,
 Escondiendo su luz al mundo cara
 Tras altos montes, y á la luna daban
 Lugar para mostrar su blanca cara:
 Los peces amenudo ya saltaban,
 Con la cola azotando el agua clara,
 Quando las Ninfas, la labor dexando,
 Acia el agua se fueron paseando,
 En las templadas ondas ya metidos
 Tenian los pies, y reclinaz querian
 Los blancos cuerpos, quando sus oídos
 Fueron de dos zampoñas que taffian
 Suave y dulcemente detenidos,
 Tanto, que sin mudarse las oían,
 Y al son de las zampoñas escuchaban
 Dos pastores á veces que cantaban.
 Mas claro cada vez el son se oía

De

De los pastores, que venían cantando
 Tras el ganado, que también venia
 Por aquel verde soto caminando;
 Y á la majada, ya pasado el día,
 Recogido le llevan, alegrando
 Las verdes selvas con el son suave,
 Haciendo su trabajo ménos grave.
 TIRRENO destes dos el uno era,
 ALCINO el otro, entrambos estimados,
 Y sobre quantos pacen la ribera
 Del Tajo con sus vacas enseñados:
 Mancebos de una edad, de una manera (6)
 A cantar juntamente aparejados
 Y á responder: aquesto van diciendo,
 Cantando el uno, el otro respondiéndolo.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa (7)
 Mas que la fruta del cercado ajeno,
 Mas blanca que la leche, y mas hermosa
 Que el prado por Abril de flores lleno:
 Si tu respondes pura y amorosa
 Al verdadero amor de tu TIRRENO,

A

A mi majada arribarás primero,
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de tí despojado yo me vea,
Qual queda el tronco de su verde rama,
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Qual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Quando Favonio y Zéfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosos esmaltando
De roxo, azul y blanco la ribera:
En tal manera á mi Flérída mia
Viniedo reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Em-

Embravecido en la fragosa sierra (8)
 Que los antiguos robles ciento á ciento,
 Y los pinos altísimos atierra,
 Y de tanto destrozo aun no contento,
 Al espantoso mar mueve la guerra?
 Pequeña es esta furia comparada
 A la de FILIS con ALCINO ayrada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece: (9)
 Produce el campo en abundancia tierno
 Pasto al ganado: el verde monte ofrece
 A las fieras salvages su gobierno:
 A do quiera que miro me parece
 Que derrama la copia todo el eterno;
 Mas todo se convertirá en abrojos
 Si dello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
 El monte, el campo, el soto y el ganado:
 La malicia del ayre corrompido
 Hace morir la hierba mal su grado:
 Las aves ven su descubierto nido,

Que

Que ya de verdes hojas fue cercado;
 Pero si *FILIS* por aquí tornare,
 Hará reverdecer quanto mirare.

TIRRENO,

El álamo de Alcides escogido
 Fue siempre, y el laurel del roxo Apolo;
 De la hermosa Vénus fue temido
 En precio y en estima el mirto solo:
 El verde sauz de *FLERIDA* es querido,
 Y por suyo entre todos escogiólo:
 Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
 El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO,

El fresno por la selva en hermosura
 Sabemos ya que sobre todos vaya,
 ¡ Y en aspereza y monte de espesura
 Se aventaja la verde y alta haya;
 Mas el que la beldad de tu figura,
 Donde quiera mirado, *FILIS*, haya,
 Al fresno y á la haya en su aspereza
 Confesará que vence tu belleza.

Esto cantó *TIRRENO*, y ésto *ALCINO*

Le

Le respondió: y habiendo ya acabado
 El dulce son, siguieron su camino
 Con paso un poco mas apresurado.
 Siendo á las Ninfas ya el rumor vecino,
 Juntas se arrojan por el agua á nado;
 Y de la blanca espuma que movieron,
 Las cristalinas hondas se cubrieron.



ELEGIA

AL DUQUE DE ALBA

EN LA MUERTE DE DON BERNARDINO DE
 TOLEDO SU HERMANO.

Aunque este caso grave haya tocado
 Con tanto sentimiento el alma mia,
 Que de consuelo estoy necesitado,
 Con que de su dolor mi fantasía

Se

Se descargase un poco, y se acabase
 De mi continuo llanto la porfía;
 Quise pero probar si me bastase (1)
 El ingenio á escribirte algun consuelo,
 Estando qual estoy, que aprovechase
 Para que tu reciente desconuelo
 La furia mitigase, si las Musas
 Pueden un corazon alzar del suelo,
 Y poner fin á las querellas que usas,
 Con que de Pindo ya las moradoras
 Se muestran lastimadas y confusas:
 Que segun he sabido, ni á las horas (2)
 Que el sol se muestra, ni en el mar se esconde,
 De tu lloroso estado no mejoras;
 Antes en él permaneciendo, donde
 Quiera que estás tus ojos siempre bañas,
 Y el llanto á tu dolor así responde,
 Que temo ver desechas tus entrañas
 En lágrimas, como al lluvioso viento
 Se derrite la nieve en las montañas.
 Si acaso el trabajado pensamiento
 En el comun reposo se adormece,

Por

Por tornar al dolor con nuevo aliento,
 En aquel breve sueño te aparece
 La imagen amarilla del hermano
 Que de la dulce vida desfallece:
 Y tú, tendiendo la piadosa mano, (3)
 Probando á levantar el cuerpo amado,
 Levantas solamente el ayre vano:
 Y del dolor el sueño desterrado
 Con ansia vas buscando, el que partido
 Era ya con el sueño y alongado,
 Así desfalleciendo en tu sentido,
 Como fuera de tí, por la ribera
 De Trápana con llanto y con gemido
 El caro hermano buscas, que solo era
 La mitad de tu alma, el qual muriendo (4)
 No quedará tu alma toda entera.
 Y no de otra manera repitiendo
 Vas el amado nombre, en desusada
 Figura á todas partes revolviendo,
 Que cerca del Eridano aquexada (5)
 Lloró y llamó Lampecía el nombre en vano,
 Con la fraterna muerte lastimada:

Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
 Faeton, sino aquí vereis mi muerte,
 Regando con mis ojos este llano.
 ¡O quantas veces, con el dolor fuerte
 Avivadas las fuerzas, renovaba
 Las quejas de su cruda y dura suerte!
 Y quantas otras, quando se acababa
 Aquel furor, en la ribera umbrosa,
 Muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!
 Bien te confieso que si alguna cosa
 Entre la humana puede y mortal gente
 Entristecer un alma generosa,
 Con gran razon podré ser la presente;
 Pues te ha privado de un tan dulce amigo
 (No solamente hermano) un accidente:
 El qual no solo siempre fue testigo
 De tus consejos, é íntimos secretos,
 Mas de quanto lo fuiste tu contigo.
 En él se reclinaban tus discretos
 Y honestos pareceres, y hacían
 Conformes al asiento sus efectos.
 En él ya se mostraban y leían

Tus gracias y virtudes una á una,
 Y con hermosa luz resplandecian,
 Como en luciente de cristal columna,
 Que no encubre de quanto se avecina
 A su viveza pura cosa alguna.
 O miserables hados! ó mezquina
 Suerte la del estado humano y dura,
 Do por tantos trabajos se camina!
 Y agora muy mayor la desventura
 De aquesta nuestra edad, cuyo progreso
 Muda de un mal en otro su figura.
 ¿A quien ya de nosotros el exceso
 De guerras, de peligros, y destierro
 No toca, y no ha cansado el gran proceso?
 ¿Quien no vió despareir su sangre al hierro (6)
 Del enemigo? quien no vió su vida
 Perder mil veces, y escapar por yerro?
 ¿De quantos queda y quedará perdida
 La casa, y la muger, y la memoria,
 Y de otros la hacienda despendida?
 Que se saca de aquesto? alguna gloria?
 Algunos premios, ó agradecimientos?

Sabrálo quien leyere nuestra historia.
 Verise allí que como polvo al viento,
 Así se deshará nuestra fatiga
 Ante quien se endereza nuestro intento.
 No contenta con esto la enemiga
 Del humano linage, que envidiosa
 Coge sin tiempo el grano de la espiga,
 Nos ha querido ser tan rigurosa,
 Que ni á tu juventud, Don Bernardino,
 Ni ha sido á nuestra pérdida piadosa.
 Quien pudiera de tal ser adivino?
 A quien no le engañára la esperanza,
 Viéndole caminar por tal camino?
 ¿Quien no se prometiera en abundanza (7)
 Seguridad cetera de tus años,
 Sin temer de natura tal mudanza?
 Nunca los tuyos, mas los propios daños
 Dolernos deben; que la muerte amarga
 Nos muestra claros ya mil desengaños.
 Hanos mostrado ya que en vida larga
 Apenas de tormentos y de enojos
 Llevar podemos la pesada carga.

Hanos mostrado en ti que claros ojos,
 Y juventud, y gracia y hermosura
 Son tambien quando quiere sus despojos,
 Mas no puede hacer que tu figura,
 Despues de ser de vida ya privada,
 No muestre el artificio de natura.
 Bien es verdad que no está acompañada
 De la color de rosa, que solía
 Con la blanca azucena ser mezclada:
 Porque el calor templado, que encendia
 La blanca nieve de tu rostro puro,
 Robado ya la muerte te lo habia.
 En todo lo demas, como en seguro
 Y reposado sueño descansabas,
 Indicio dando del vivir futuro.
 Mas que hará la madre que tu amabas,
 De quien perdidamente eras amado (3)
 A quien la vida con la tuya dabas?
 Aquí se me figura que ha llegado
 De su lamento el son, que con su fuerza
 Rompe el ayre vecino y apartado:
 Tras el qual á venir tambien se esfuerza

El de las quatro hermanas, que teniendo
 Va con el de la madre viva fuerza,
 A todas las contemplo desparciendo
 De su cabello luengo el fino oro,
 Al qual ultrage y daño están haciendo.
 El viejo Tórmes con el blanco coro
 De sus hermosas Ninfas seca el rio,
 Y humedece la tierra con su lloro.
 No recostado en urna al dulce frío
 De su caverna umbrosa, mas tendido
 Por el arena en el ardiente estío,
 Con ronco son de llanto y de gemido,
 Los cabellos y barbas mal paradas
 Se despedaza y el sutil vestido.
 Entorno del sus Ninfas desmayadas
 Llorando en tierra están sin ornamento
 Con las cabezas de oro despeynadas.
 Cese ya del dolor el sentimiento,
 Hermosas moradoras del undoso
 Tórmes; tened mas provechoso intento:
 Consolad á la madre, que el piadoso
 Dolor la tiene puesta en tal estado,
 Que

Que es menester socorro presuroso.
 Presto será que el cuerpo sepultado
 En un perpetuo mármol, de las ondas
 Podrá de vuestro Tórnies ser bañado.
 Y tu, hermoso coro allá en las hondas
 Aguas metido, podrá ser que al llanto
 De mi dolor te muevas y respondas.
 Vos, altos promontorios entretanto
 Con toda la Tinacria entristecida,
 Buscad alivio en desconsuelo tanto.
 Sátiros, Faunos, Ninfas, cuya vida
 Sin caojos se pasa, moradores
 De la parte repuesta y escondida,
 Con luenga experiencia sabidores,
 Buscad para consuelo de Fernando
 Hierbas de propiedad oculta y flores:
 Así en el escondido bosque, quando
 Ardiendo en vivo y agradable fuego
 Las fugitivas Ninfas vais buscando,
 Ellas se inclinan al piadoso ruego,
 Y en recíproco lazo estén ligadas,
 Sin esquivar al amoroso juego.

Tu,

Tu, gran Fernando, que entre tus pasadas,
 Y tus presentes obras resplandeces,
 Y á mayor fama estás por ti obligadas,
 Contempla donde estás; que si falleces
 Al nombre que has ganado entre la gente,
 De tu virtud en algo te enflaqueces.
 Porque al fuerte varon no se consiente
 No resistir los casos de fortuna
 Con firme rostro y corazón valiente,
 Y no tan solamente esta importuna
 Con proceso cruel y riguroso,
 Con revolver del sol, de cielo y luna
 Mover no debe un pecho generoso,
 Ni entristecello con funesto vuelo,
 Turbando con molestia su reposo;
 Mas si toda la máquina del cielo (9)
 Con espantable son y con ruido
 Hecha pedazos se viniera al suelo,
 Debe ser aterrado y oprimido
 Del grave peso y de la gran ruina,
 Primero que espantado y conmovido.
 Por estas asperezas se encamina

De la inmortalidad al alto asiento,
 De nunca arriba quien de aquí declina.
 En fin, señor, tornando al movimiento
 De la humana natura, bien permito
 A nuestra flaca parte un sentimiento;
 Mas el exceso en esto vedo y quito,
 Si alguna cosa puedo, que parece
 Que quiere proceder en infinito.
 A lo menos el tiempo, que descrece
 Y muda de las cosas el estado,
 Debe bastar, si la razon fallece.
 No fue el Troyano Príncipe llorado (10)
 Siempre del viejo padre dolorido,
 Ni siempre de la madre lamentado;
 Antes, despues del cuerpo redimido
 Con lágrimas humildes y con oro,
 Que fue del fiero Aquiles concedido,
 Y reprimiendo el lamentable coró
 Del Frigio llanto, dieron fin al vano
 Y sin provecho sentimiento y lloro.
 El tierno pecho, en esta parte humano,
 De Vénus ¿qué sintió, su Adónis viendo
 De

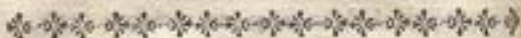
De su sangre regar el verde llano?
 Mas desde que vido bien que corrompiendo
 Con lágrimas sus ojos, no hacía
 Sino en su llanto estarse deshaciendo;
 Y que tornar llorando no podía
 Su caro y dulce amigo de la escura
 Y tenebrosa noche al claro día,
 Los ojos enxugó, y la frente pura
 Mostró con algo mas contentamiento;
 Dexando con el muerto la tristura:
 Y luego con gracioso movimiento
 Se fue su paso por el verde suelo
 Con su guirnalda usada y su ornamento.
 Desordenaba con lascivo vuelo
 El viento sus cabellos, y su vista
 Alegraba la tierra, el mar y el cielo.
 Con discurso y razon que es tan prevista,
 Con fortaleza y ser que en ti contemplo
 A la flaca tristeza se resista.
 Tu ardiente gana de subir al Templo
 Donde la muerte pierde su derecho
 Te baste sin mostrarte yo otro exemplo.
 Allí

Allí verás quan poco mal ha hecho
 La muerte en la memoria y clara fana
 De los famosos hombres que ha deshecho.
 Vuelve los ojos donde al fin te llama
 La suprema esperanza, do perfecta
 Sube y purgada el alma en pura llama.
 ¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
 De Alcides consumió la mortal parte (11)
 Quando voló el espíritu al alta meta?
 Desta manera aquel por quien reparte
 Tu corazón suspiros mil al día,
 Y resuena tu llanto en cada parte,
 Subió por la difícil y alta vía,
 De la carne mortal purgado y puro,
 En la dulce región del alegría;
 Do con discurso libre ya y seguro
 Mira la vanidad de los mortales
 Ciegos, errados en el ayre oscuro;
 Y viendo y contemplando nuestros males,
 Alégrase de haber alzado el vuelo
 A gozar de las horas inmortales.
 Pisa el inmenso y cristalino suelo,

Te-

Teniendo puestos de una y de otra mano
 El claro padre y el sublime ayuelo, (12)
 El uno vé de su proceso humano
 Sus virtudes estar allí presentes,
 Que el áspero camino hacen llano:
 El otro, que acá hizo entre las gentes
 En la vida mortal menor tardanza,
 Sus llagas muestra allá resplandecientes.
 Dellas aqueste premio allá se alcanza;
 Porque del enemigo no conviene
 Procurar en el cielo otra venganza.
 Mira la tierra, el mar que la contiene,
 Todo lo qual por un pequeño punto
 A respeto del cielo juzga y tiene.
 Puesta la vista en aquel gran trasunto
 Y espejo, do se muestra lo pasado
 Con lo futuro y lo presente junto,
 El tiempo que á tu vida limitado
 De allá arriba te está, Fernando mira,
 Y allí vé tu lugar ya deputado,
 O bienaventurado! que sin ira,
 Sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
 Con

Con quien acá se muere y se sospira;
 Y en eterna holganza y en sosiego
 Vives, y vivirás quanto encendiere
 Las almas del divino amor el fuego!
 Y si el cielo piadoso y largo diere
 Lengua vida á la voz deste mi llanto,
 (Lo qual tu sabes que pretende y quiere)
 Yo te prometo, amigo, que entretanto (13)
 Que el sol al mundo alumbre, y que la escura
 Noche cubra la tierra con su manto,
 Y entanto que los peces la hondura
 Húmda habitarán del mar profundo,
 Y las fieras del monte la espesura,
 Se cantará de ti por todo el mundo:
 Que en quanto se discurre, nunca visto
 De tus años jamas otro segundo
 Será desde el Antártico á Calisto (14)



ELEGIA II.

A BOSCAN.

Aquí, BOSCAN, donde del buen Troyano
 Anquises con eterno nombre y vida
 Conserva la ceniza el Mantuano, (1)
 Debaxo de la seña esclarecida
 De César Africano nos hallamos
 La vencedora gente recogida.
 Diversos en estudio; que unos vamos
 Muriendo por coger de la fatiga
 El fruto que con el sudor sembramos:
 Otros, que hacen la virtud amiga,
 Y premio de sus obras, y así quieren
 Que la gente lo piense y que lo diga,
 Destotros en lo público difieren;
 Y en lo secreto sabe Dios en quanto

Se contradicen en lo que refieren.

Yo voy por medio, porque nunca tanto

Quise obligarme á procurar hacienda

Que un poco mas que aquellos me levanto,

Ni voy tampoco por la estrecha senda

De los que cierto sé que á la otra via

Vuelven de noche al caminar la rienda.

¡Mas donde me llevó la pluma mia,

Que á sátira me voy mi paso á paso,

Y aquesta que os escribo es Elegia?

Yo enderezo, señor, en fin mi paso

Por donde vos sabeis, que su proceso

Siempre ha llevado y lleva Garcilazo:

Y así en mitad de aqueste monte espeso

De las diversidades me sostengo

No sin dificultad, mas no por eso

Dejo las Musas, ántes torno, y vengo

Dellas al negociar, y variando

Con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando:

Así del duro afán, y grave pena

Estamos algun hora descansando.

De

De aquí irémos á ver de la Sirena
 La patria, que bien muestra haber ya sido (1)
 De oelo y de amor antiguamente llena,
 Allí mi corazon tuvo su nido
 Un tiempo ya ; mas no sé, triste ! agora
 O si estará ocupado ó desparcido.
 Deste un frio temor así á deshora
 Por mis huesos discurre en tal manera
 Que no puedo vivir con él un hora.
 Si, triste ! de mi bien estado hubiera
 Un breve tiempo ausente, yo no niego
 Que con mayor seguridad viviera.
 La breve ausencia hace el mismo juego
 En la fragua de amor, que en fragua ardiente
 El agua moderada hace al fuego
 La qual verás que no tan solamente
 No le suele matar ; mas aun le esfuerza
 Con ardor mas intenso y eminente
 Porque un contrario con la poca fuerza
 De su contrario por vencer la lucha
 Su brazo aviva, y su valor esfuerza ;
 Pero si el agua en abundancia mucha

Sobre el fuego se esparce y se derrama
 El humo sube al cielo, el son se escucha,
 Y el claro resplandor de viva llama
 En polvo y en ceniza convertido,
 Apenas queda del sino la fama.
 Así el ausencia larga, que ha esparcido
 En abundancia su licor, que amata
 El fuego que el amor tenia encendido,
 De tal suerte lo dexa, que lo trata
 La mano sin peligro en el momento
 Que en apariencia y son se desbarata,
 Yo solo fuera voy de aqueste cuento;
 Porque el amor me aflige y me atormenta,
 Y en el ausencia crece el mal que siento;
 Y pienso yo que la razon consienta,
 Y permita la causa de este efecto,
 Que á mí solo entre todos se presenta;
 Porque como del cielo yo sujeto
 Estaba eternamente y deputado
 Al amoroso fuego en que me meto:
 Así para poder ser amatao,
 El ausencia sin término infinita

De-

Debe ser; y sin tiempo limitado:
 Lo qual no habrá razon que lo permita;
 Porque por mas y mas que ausencia dure,
 Con la vida se acaba que es finita.
 ¿Mas á mí quien habrá que me asegure
 Que mi mala fortuna con mudanza
 Y olvido contra mí no se conjure?
 Este temor persigue la esperanza,
 Y oprime y enflaquece el grán deseo
 Con que mis ojos van de su holganza.
 Con ellos solamente agora veo
 Este dolor que el corazon me parte,
 Y con él y conmigo aqui peléo.
 ¿O crudo, ó riguroso, ó fiero Marte, (3)
 De túnica cubierto de diamante,
 Y endurecido siempre en toda parte!
 ¿Qué tiene que hacer el tierno amante
 Con tu dureza y áspero exercicio,
 Llevado siempre del furor delante?
 Exercitando, por mi mal, tu oficio,
 Soy reducido á términos, que muerte
 Será mi postrimero beneficio.

Y esta no permitió mi dura suerte
 Que me sobreviniese peleando,
 De hierro traspasado agudo y fuerte,
 Porque me consumiese contemplando
 Mi amado y dulce fruto en mano ajena,
 Y el duro poseedor de mí burlando.
 ;Mas donde me transporta y enagena
 De mi propio sentido el triste miedo
 A parte de vergüenza y dolor llena?
 Donde si el mal yo viese, ya no puedo,
 Según con esperalle estoy perdido,
 Acrecentar en la miseria un dedo?
 Así lo pienso agora, y si él venido
 Fuese en su misma forma y su figura,
 Ternía el presente por mejor partido;
 Y agradeciera siempre á la ventura
 Mostrarme de mi mal solo el retrato
 Que pinta mi temor y mi tristura.
 Yo sé que cosa es esperar un rato
 El bien del propio engaño, y solamente
 Tener con él inteligencia y trato.
 Como acontece al mísero doliente,

Que del un cabo cierto amigo y sano
 Le muestra el duro mal de su accidente,
 Y le amonesta que del cuerpo humano
 Comience á levantar á mejor parte
 El alma suelta con volar liviano;
 Mas la tierna muger, de la otra parte,
 No se puede entregar al desengaño,
 Y encúbrele del mal la mayor parte:
 Él abrazado con su dulce engaño,
 Vuelve los ojos á la voz piadosa,
 Y alégrase muriendo con su daño:
 Así los quito yo de toda cosa,
 Y póngolos en solo el pensamiento
 De la esperanza cierta ó lastimosa.
 En este dulce error muero contento;
 Porque ver claro, y conocer mi estado
 No puede ya curar el mal que siento;
 Y acabo como aquel que en un templo
 Bafío metido sin sentido muere,
 Las venas dulcemente desatado.
 Tú que en la patria entre quien bien te quiere (4)
 La deleytosa playa estás mirando,

Y oyendo el son del mar que en ella hiere,
 Y sin impedimento contemplando
 La misma á quien tú vas eterna fama
 En tus vivos escritos procurando;
 Alégrate, que mas hermosa llama,
 Que aquella que el Troyano encendimiento
 Pudo causar, el corazon te inflama.
 No tienes que temer al movimiento
 De la fortuna con soplar contrario;
 Que el puro resplandor serena el viento.
 Yo, como conducido mercenario,
 Voy do fortuna á mi pesar me envía,
 Sino á morir, que aquesto es voluntario.
 Solo sostiene la esperanza mia
 Un tan débil engaño, que de nuevo
 Es menester hacelle cada dia:
 Y si no le fabrico, y le reanexo,
 Dí consigo en el suelo mi esperanza,
 Tanto, que en vano á levantalla pruebo,
 Aqueste premio mi servir alcanza,
 Que en solo la miseria de mi vida
 Negó fortuna su común mudanza.

¿Donde podré huir, que sacudida
 Un rato sea de mí la grave carga
 Que oprime mi cerviz enflaquecida?
 Mas ay! que la distancia no descarga
 El triste corazón, y el mal, do quiera
 Que estoy, para alcanzarme el brazo alarga!
 Si donde el sol ardiente reverbera (5)
 En la arenosa Libia, engendradora
 De toda cosa ponzoñosa y fiera:
 O adonde es él vencido á qualquiera hora
 De la rígida nieve y viento frío,
 Parte do no se vive, ni se mora:
 Si en esta, ó en aquella el desvario,
 O la fortuna me llevase un día,
 Y allí gastase todo el tiempo mío;
 El zeloso temor con mano fría
 De medio del calor y ardiente arena
 El triste corazón me apretaría:
 Y en el rigor del hielo, en la serena
 Noche, soplando el viento agudo y puro,
 Que el veloce correr del agua enfrena,
 De aqueste vivo faego en que me apuro,

Y consumirme poco á poco espero,
 Sé que aun allí no podré estar seguro;
 Y así diverso entre contrarios muero.



EPISTOLA

A BOSCAN.

Senor BOSCAN, quien tanto gusto tiene
 De daros cuenta de los pensamientos,
 Hasta en las cosas que no tienen nombre,
 No le podrá faltar en vos materia,
 Ni será menester buscar estilo
 Presto, distinto, de ornamento puro,
 Tal qual á culta Epístola conviene.
 Entre muy grandes bienes que consigo
 El amistad perfeta nos concede,
 Es aqueste descuido suelto y puro,

Lé.

Lejos de la curiosa pesadumbre:
 Y así, de aquesta libertad gozando
 Digo que vine, quanto á lo primero,
 Tan sano como aquel que en doce días
 Lo que solo veréis ha caminado
 Quando el fin de la carta os lo mostrare.
 Alargo y suelto á su placer la rienda,
 Mucho mas que al caballo, al pensamiento,
 Y llévame á las veces por camino
 Tan dulce y agradable, que me hace
 Olvidar el trabajo del pasado.
 Otras me lleva por tan duros pasos,
 Que con la fuerza del afán presente,
 Tambien de los pasados se me olvida.
 A veces sigo un agradable medio
 Honesto y reposado, en que el discurso
 Del gusto y del ingenio se exercita.
 Iba pensando y discuriendo un dia
 A quantos bienes alargó la mano
 El que de la mitad mostró el camino;
 Y luego vos, del amistad exemplo,
 Os me ofrecéis en estos pensamientos.

Y con vos á lo menos me acontece
 Una gran cosa, al parecer estraña.
 Y porque lo sepais en pocas versos,
 Es, que considerando los provechos,
 Las honras y los gustos que me vienen
 Desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
 Ninguna cosa en mayor precio estimo,
 Ni me hace gustar del dulce estado
 Tanto como el amor de parte mia:
 Este conmigo tiene tanta fuerza,
 Que sabiendo muy bien las otras partes
 De la amistad, y la estrechez nuestra,
 Con solo aqueste el alma se enternece;
 Y yo sé que otramiente me aprovecha,
 Que el deleyte, que suele ser pospuesto
 A las utiles cosas y las graves.
 Llévame á escudriñar la causa desto
 Ver contino tan recio en mí el efeto;
 Y hallo que el provecho, el ornamento,
 El gusto y el placer que se me sigue
 Del vínculo de amor, que nuestro genio
 Enredó sobre nuestros corazones,

Son

Son cosas que de mí no salen fuera,
 Y en mí el provecho solo se convierte.
 Mas el amor (de donde por ventura
 Nacen todas las cosas, si hay alguna
 Que á vuestra utilidad y gusto mire)
 Es gran razón que en muy mayor estima
 Tenido sea de mí, que todo el resto,
 Quanto mas generosa y alta parte
 Es el hacer el bien, que recibille:
 Así que amando me deleyto, y hallo
 Que no es locura este deleyte mio.
 O que corrido estoy, y arrepentido
 De haberos alabado el tratamiento
 Del camino de Francia y las posadas;
 Corrido de que ya por mentiroso
 Con razón me tendréis, arrepentido
 De haber perdido tiempo en alabaros
 Cosa tan digna ya de vituperio:
 Donde no hallaréis sino mentiras,
 Vinos acedos, camareras feas,
 Barletes codiciosos, malas postas,
 Gran paga, poco argen, largo camino:
Lle-

Llegar al fin á Nápoles, no habiendo
 Dexado allá enterrado algun tesoro;
 Salvo sino decís que es enterrado
 Lo que nunca se hallaba, ni se tiene.
 A mi señor Dural estrechamente (1)
 Abrazad de mi parte, si pudierdes.
 Doce del mes de Octubre, de la tierra
 Do nació el claro fuego del Petrarca, (2)
 Y donde están del fuego las cenizas.

CANCION I.

Si á la region desierta, inhabitable
 Por el hervor del sol demasiado,
 Y sequedad de aquella arena ardiente;
 O á la que por el yelo congelado,
 Y rigurosa nieve es intratable,
 Del todo inhabitada de la gente,
 Por algun accidente,
 O caso de fortuna desastrada,

Me

Me fuesedes llevada;
 Y supiese que allá vuestra dureza
 Estaba en su crueza,
 Allá os iria á buscar, como perdido,
 Hasta morir á vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condicion esquiva
 Acabe ya, pues es tan acabada
 La fuerza de en quien ha de executarse.
 Mira bien que el amor se desagrada
 Deso, pues quiere que el amante viva
 Y se convierta á do piense salvarse.
 El tiempo ha de pasarse,
 Y de mis males arrepentimiento,
 Confusion y tormento
 Sé que os ha de quedar, y esto recelo:
 Que aunque de mí me duelo,
 Como en mí vuestros males son de otra arte,
 Duélenme en mas sensible y tierna parte.
 Así paso la vida acrecentando
 Materia de dolor á mis sentidos,
 Como si la que tengo no bastase:
 Los quales para todo están perdidos,

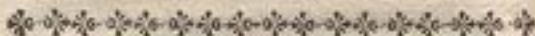
Sino

Sino para mostrarme á mí qual ando.
 Pluguiese á Dios que aquesto aprovechase
 Para que yo pensase
 Un rato en mi remedio; pues os veo
 Siempre con un desco
 De perseguir al triste y al caído:
 Yo estoy aquí tendido,
 Mostrándoos de mi muerte las señales;
 Y vos viviendo solo de mis males.

Si aquella amarillez y los suspiros
 Salidos sin licencia de su dueño;
 Si aquel hondo silencio, no han podido
 Un sentimiento grande ni pequeño
 Mover en vos, que baste á convertiros
 A siquiera saber que soy nacido:
 Baste ya haber sufrido
 Tanto tiempo, á pesar de lo que baste;
 Que á mi mismo contraste,
 Dándome á entender que mi flaqueza
 Me tiene en la estrechez
 En que estoy puesto, y no lo que yo entiendo:
 Así que con flaqueza me defiendo.

Can-

Cancion, no has de tener
 Conmigo mas que ver en malo ó bueno:
 Trátame como ajeno;
 Que no te faltará de quien lo aprendas.
 Si has miedo que me ofendas,
 No quieras hacer mas por mi derecho
 De lo que hice yo, que mal me he hecho. (1)



CANCION II.

La soledad siguiendo,
 Rendido á mi fortuna,
 Me voy por los caminos que se ofrecen,
 Por ellos esparciendo
 Mil quejas de una en una
 Al viento, que las lleva do perecen: (1)
 Puesto que no merecen
 Ser de vos escuchadas,
 Ni solo un hora oidas,

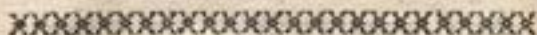
He

He lástima de ver que van perdidas
 Por donde suelen ir las remediadas.
 A mí se han de tornar,
 Adonde para siempre habrán de estar.
 ¿Mas que haré, señora,
 En tanta desventura?
 Adonde iré, si á vos no voy con ella?
 ¿De quien podré yo agora
 Valerme en mi tristura,
 Si en vos no halla abrigo mi querella?
 Vos sola sois aquella
 Con quien mi voluntad
 Recibe tal engaño,
 Que viendolos holgar siempre con mi daño,
 Me queixo á vos, como si en la verdad
 Vuestra condicion fuerte
 Tuviese alguna cuenta con mi muerte.
 Los árboles presento (2)
 Entre las duras peñas
 Por testigos de quanto os he encubierto:
 De lo que entre ellos cuento
 Podrán dar buenas señas,

Si

Si señas pueden dar del desconcierto,
 ¿Mas quien tendrá concierto
 En contar el dolor,
 Que es de orden enemigo?
 No me den pena, no, porque lo digo;
 Que ya no me refrenará el temor.
 ¿Quien pudiese hartarse
 De no esperar remedio, y de quejarse!
 Mas esto me es vedado
 Con unas obras tales
 Con que nunca fue á nadie defendido:
 Que si otros han dexado
 De publicar sus males,
 Llorando el mal estado á que han venido,
 Señora, no habrá sido
 Sino con mejoría
 Y alivio en su tormento:
 Mas ha venido en mí á ser lo que siento
 De tal arte, que ya en mi fantasía
 No cabe; y así quedo
 Sufriendo aquello que decir no puedo.
 Si por ventura estiendo

Alguna vez mis ojos
 Por el proceso luengo de mis daños,
 Con lo que me defiendo
 De tan grandes enojos
 Solamente es allí con mis engaños:
 Mas vuestros desengaños
 Vencen mi desvario,
 Y apocan mis defensas.
 No hallo que os he hecho otras ofensas,
 Sino que siendo vuestro mas que mío,
 Quise perderme así,
 Por vengarme de vos, señora, en mí.
 CANCION, yo he dicho mas que me mandaron,
 Y menos que pensé:
 No me pregunten mas, que lo diré.



CANCION III.

Con un manso ruido
 De agua corriente y clara
 Cerca el Danubio una Isla, que pudiera (1)
 Ser lugar escogido
 Para que descansára
 Quien como yo estó agora no estuviera:
 Do siempre Primavera
 Parece en la verdura
 Sembrada de las flores:
 Hacen los ruiseciores
 Renovar el placer á la tristura
 Con sus blandas querellas,
 Que nunca dia y noche cesan dellas.
 Aquí estuve yo puesto,
 O por mejor decillo,
 Preso, forzado y solo en tierra ajena;

Bien

Bien pueden hacer esto
 En quien puede sufrillo,
 Y en quien el á sí mismo se condena.
 Tengo sola una pena,
 Si muero desterrado
 Y en tanta desventura,
 Que piensen por ventura
 Que juntos tantos males me han llevado;
 Y sé yo bien que muero
 Por solo aquello que morir espero.
 El cuerpo está en poder
 Y en manos de quien puede
 Hacer á su placer lo que quisiere;
 Mas no podrá hacer
 Que mal librado quede,
 Mientras de mí otra prenda no tuviere.
 Quando ya el mal viniere
 Y la postrera suerte
 Aquí me ha de hallar
 En el mismo lugar:
 Que otra cosa mas dura que la muerte
 Me halla y ha hallado;

Y esto sabe muy bien quien lo ha probado.
 No es necesario agora
 Hahlar mas sin provecho,
 Que es mi necesidad muy apretada;
 Pues ha sido en un hora
 Todo aquello deshecho
 En que toda mi vida fue gastada,
 ¿Y al fin de tal jornada
 Presumen de espantarme?
 Sepan que ya no puedo
 Morir sino sin miedo;
 Que aun nunca que temer quiso dexarme;
 La desventura mia,
 Que el bien y el miedo me quitó en un día.
 Danubio, rio divino,
 Que por fieras naciones (2)
 Vas con tus claras ondas discurriendo
 Pues no hay otro camino
 Por donde mis razones
 Vayan fuera de aquí, sino corriendo
 Por tus aguas y siendo
 En ellas anegadas;

Si en esa tierra ajena
 Por la desierta arena
 Fueren de alguno acaso en fin halladas,
 Entiérrelas, si quiera
 Porque su error se acabe en tu ribera.
 Aunque en el agua mueras,
 CANCION, no has de quejarte;
 Que yo he mirado bien lo que te toca.
 Menos vida tuvieras,
 Si hubieras de igualarte
 Con otros que se me han muerto en la boca.
 Quien tiene culpa desto,
 Allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCION IV.

El aspereza de mis males quierò
 Que se muestre también en mis razones,
 Como ya en los efectos se ha mostrado.

Lloraré de mi mal las ocasiones;
 Sabrá el mundo la causa porque muero;
 Y moriré á lo menos confesado. (1)
 Pues soy por los cabellos arrastrado
 De un tan desatinado pensamiento,
 Que por agudas peñas peligrosas,
 Por matas espinosas
 Corre con ligereza mas que el viento,
 Bañando de mi sangre la carrera.
 Y para mas despacio atormentarme,
 Llévame alguna vez por entre flores,
 A do de mis tormentos y dolores
 Descanso, y dellos vengo á no acordarme
 Mas él á mas descanso no me espera;
 Antes como me vé desta manera,
 Con un nuevo furor y desatino
 Torna á seguir el áspero camino.
 No viene por mis pies á tantos dafios;
 Fuerzas de mi destino me traxeron,
 Y á la que me atormenta me entregaron.
 Mi razon y juicio bien creyeron
 Guardarme; como en los pasados años

De otros graves peligros me guardaron:
 Mas quando los pasados compararon
 Con los que venir vieron, no sabian
 Lo que hacer de sí, ni do meterse;
 Que luego empezó á verse
 La fuerza y el rigor con que venian.
 Mas de pura vergüenza constreñida,
 Con tardo paso y corazon medroso
 Al fin ya mi razon salió al camino.
 Quanto era el enemigo mas vecino,
 Tanto mas el recelo temeroso
 Le mostraba el peligro de su vida,
 Pensar en el temor de ser vencida.
 La sangre alguna vez le calentaba,
 Mas el mismo temor se la enfriaba.
 Estaba yo á mirar; y peleando
 En mi defensa mi razon estaba
 Cansada, y en mil partes ya herida:
 Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
 Ni saber como estaba descando
 Que allí quedase mi razon vencida.
 Nunca en todo el proceso de mi vida

Cosa se me cumplió, que desease
 Tan presto como aquesta; que á la hora
 Se rindió la señora,
 Y al siervo consintió que gobernase
 Y usase de la ley del vencimiento.
 Entonces yo sentime saltado
 De una vergüenza libre y generosa:
 Corrimo gravemente que una cosa
 Tan sin razón hubiese así pasado.
 Luego siguió el dolor al corrimiento
 De ver mi reyno en mano de quien cuento
 Que me dá vida y muerte cada dia,
 Y es la mas moderada tyrenía.
 Los ojos cuya lumbré bien padiera
 Tornar clara la noche tenebrosa,
 Y escurecer el sol á mediodia,
 Me convirtieron luego en otra cosa.
 En volviéndose á mi la vez primera
 Con la calor del rayo que salia
 De su vista, que en mi se difundia,
 Y de mis ojos la abundante vena
 De lágrimas, al sol que me inflamaba,
 No

No menos ayudaba
 A hacer mi natura en todo ajena
 De lo que era primero. Corromperse
 Sentí el sosiego y libertad pasada,
 Y el mal de que muriendo estó, engendrarse
 Y en tierra sus raíces abundarse (2)
 Tanto, quanto su cima levantada
 Sobre qualquier altura hace verse,
 El fruto que de aquí suele cogerse,
 Mil es amargo, alguna vez sabroso;
 Mas mortífero siempre y ponzoñoso.
 De mí agora huyendo, voy buscando
 A quien huye de mí como enemiga;
 Que al un error añadido el otro yerro:
 Y en medio del trabajo y la fatiga
 Estoy cantando yo, y está sonando (3)
 De mis atados pies el grave hierro:
 Mas poco dura el canto, si me encierro
 Acá dentro de mí, porque allí veo
 Un campo lleno de desconfianza.
 Muéstrame la esperanza
 De léjos su vestido y su mené;

Mas

Mas ver su rostro nunca me consiente.
 Torno á llorar mis daños, porque entiendo
 Que es un crudo linage de tormento
 Para matar aquel que está sediento
 Mostralle el agua por que está muriendo
 De la qual el cuitado juntamente
 La claridad contempla, el ruido siente:
 Mas quando llega ya para hebella,
 Gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fue texida (4)
 La red que fabricó mi sentimiento,
 Do mi razon revuelta y enredada
 Con gran vergüenza suya y corrimiento
 Sujeta al apetito y sometida
 En público adulterio fue tomada,
 Del cielo y de la tierra contemplada.
 Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
 Pues no tengo con qué considerallo,
 Y en tal punto me hallo,
 Que estoy sin armas en el campo puesto,
 Y el paso ya cerrado y la huida,
 ¿Quien no se espantará de lo que digo?

Que

Que es cierto que he venido á tal extremo
 Que del grave dolor que huyo y temo
 Me hallo algunas veces tan amigo,
 Que en medio del si vuelvo á ver la vida
 De libertad, la juzgo por perdida,
 Y maldigo las horas y momentos
 Gastadas mal en libres pensamientos.
 No reyna siempre aquesta fantasía,
 Que en imaginacion tan variable
 No se reposa un hora el pensamiento.
 Viene con un rigor tan intratable
 A tiempos el dolor, que al alma mia
 Desampara, huyendo el sufrimiento,
 Lo que dura la furia del tormento.
 No hay parte en mí que no se me trastorne,
 Y que en torno de mí no esté llorando;
 De nuevo protestando
 Que de la via espantosa atrás me torne.
 Esto yá por razon no va fundado,
 Ni le dan parte dello á mi juicio,
 Que este discurso es todo ya perdido;
 Mas es en tanto daño del sentido

Este dolor, y en tanto perjuicio,
 Que todo lo sensible atormentado,
 Del bien (si alguno tuvo) ya olvidado
 Está de todo punto; y solo siente
 La furia y el rigor del mal presente.
 En medio de la fuerza del tormento
 Una sombra de bien se me presenta,
 Do el fiero ardor un poco se mitiga.
 Figúraseme cierto á mí que siento
 Alguna parte de lo que yo siento
 Aquella tan amada mi enemiga,
 Es tan incomparable la fatiga,
 Que si con algo yo no me engañase
 Para poder llevalla, moriría;
 Y así me acabaría
 Sin que de mí en el mundo se hablase.
 Así que del estado mas perdido
 Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
 Trueca y revuelve el órden; que algun hora
 Si el mal acaso un poco en mí mejora,
 Aquel descanso luego se convierte
 En un temor, que me ha puesto en olvido
 Aque-

Aquella por quien sola me he perdido.
 Así del bien que un rato satisface
 Nace el dolor que el alma me deshace.
 CANCION, si quien te viere se espantare
 De la inestabilidad y ligereza,
 Y revuelta del vago pensamiento:
 Estable, grave y firme es el tormento.
 Le dí, que es causa; cuya fortaleza
 Es tal, que en qualquier parte que tocáre,
 La hará revolver hasta que parezca
 En aquel fin de lo terrible y fuerte,
 Que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCION A V.

A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baxa Lira
 Tanto pudiese el son, que en un momento
 Aplacase la ira
 Del animoso viento, (1)

Y la furia del mar y el movimiento
 Y en ásperas montañas
 Con el suave canto enterneciese
 Las fieras alimañas,
 Los árboles moviese,
 Y al son confusamente los truxese: (2)
 No pienses que cantado
 Seria de mí, hermosa flor de Guido,
 El fiero Marte ayrado,
 A muerte convertido,
 De polvo y sangre, y de sudor teñido:
 Ni aquellos Capitanes
 En la sublime rueda colocados,
 Por quien los Alemanes
 El fiero cuello atados,
 Y los Franceses van domesticados.
 Mas solamente aquella
 Fuerza de tu beldad seria cantada,
 Y alguna vez con ella
 Tambien seria notada
 El aspereza de que estás armada.
 Y como por tí sola,

Y por tu gran valor y hermosura,

Convertida en viola (3)

Llora su desventura

El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cativo,

De quien tener se debe mas cuidado,

Que está muriendo vivo,

Al remo condenado

En la concha de Vénus amarrado, (4)

Por tí, como solía, (5)

Del áspero caballo no corrige

La furia y gallardía,

Ni con freno le rige,

Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano

No revuelve la espada presurosa,

Y en el dudoso llano

Huye la polvorosa

Palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por tí, su blanda Musa,

En lugar de la cítara sonante

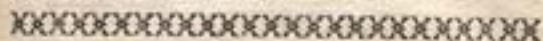
Tristes querellas usa,

Que

Que con llanto abundante
 Hacen bañar el rostro del amante.
 Por tí, el mayor amigo
 Le es importuno, grave y enojoso;
 Yo puedo ser testigo,
 Que ya del peligroso
 Naufragio fuí su puerto y su reposo.
 Y agora en tal manera
 Venice el dolor á la razón perdida,
 Que ponzoñosa fiera
 Nunca fue aborrecida
 Tanto, como yo dél, ni tan temida.
 No fuiste tu engendradora, (6)
 Ni producida de la dura tierra;
 No debe ser notada
 Que ingratamente yerra
 Quien todo el otro error de sí destierra.
 Hágate temerosa
 El caso de Anaxarete, y cobarde (7)
 Que de ser desdefiosa
 Se arrepintió muy tarde,
 Y así su alma con su marmol arde.

Estábase alegrando
 Del mal ageno el pocho empedernido,
 Quando abaxo mirando,
 El cuerpo muerto vido
 Del miserable amante allí tendido.
 Y al cuello el lazo atado
 Con que desenlazó de la cadena
 El corazon cuitado,
 Que con su breve pena
 Compró la eterna punición ajena.
 Sintió allí convertirse
 En piedad amorosa el aspereza.
 O tarde arrepentirse!
 O última terneza!
 Como te sucedió mayor dureza?
 Los ojos se enclavaron
 En el tendido cuerpo que allí vieron,
 Los huesos se tornaron
 Mas duros y crecieron,
 Y en sí toda la carne convirtieron;
 Las entrañas eladas
 Tornaron poco á poco en piedra dura;
 Por

Por las venas cuitadas
 La sangre su figura
 Iba desconociendo, y su natura:
 Hasta que finalmente
 En duro marmol vuelta y transformada,
 Hizo de sí la gente
 No tan maravillada
 Quanto de aquella ingratitud vengada.
 No quieras tu, señora,
 De Némesis ayrada las sactas (8)
 Probar, por Dios, agora;
 Baste que tus perfetas
 Obras y hermosura á los Poetas
 Den inmortal materia,
 Sin que tambien en verso lamentable
 Celebren la miseria
 De algun caso notable,
 Que por tí pase triste y miserable.



SONETO 1.

Quando me paro á contemplar mi estado,
 Y á ver los pasos por do me ha traído,
 Hallo, segun por do andube perdido
 Que á mayor mal pudiera haber llegado.
 Mas quando del camino está olvidado,
 A tanto mal no sé por do he venido:
 Sé que me acabo, y mas he yo sentido
 Ver acabar conmigo mi cuidado.
 Yo acabaré, que me entregué sin arte
 A quien sabrá perderme y acabarme,
 Si ella quisiere, y aun sabrá querello:
 Que pues mi voluntad puede matarme,
 La suya, que no es tanto de mi parte,
 Pudiendo ¿que hará sino hacello?

SONETO II.

En fin á vuestras manos he venido,
 Do sé que he de morir tan apretado,
 Que aun aliviar con queixas mi cuidado
 Como remedio me es ya defendido.
 Mi vida no sé en que se ha sostenido,
 Sino es en haber sido yo guardado
 Para que solo en mí fuese probado
 Quanto corta la espada en un rendido.
 Mis lágrimas han sido derramadas
 Donde la sequedad y la aspereza
 Dieron mal fruto dellas y mi suerte.
 Basten las que por vos tengo lloradas,
 No os vengueis mas de mí con mi flaqueza.
 Allá os vengad, señora, con mi muerte.

SONETO III.

La mar enmedio y tierras he dexado
 De quanto bien, cuitado, yo tenia,

Y yéndome alejando cada día,
 Gentes, costumbres, lenguas he pasado.
 Ya de volver estoy desconfiado:
 Pienso remedios en mi fantasía:
 Y el que mas cierto espero es aquel día
 Que acabaré la vida y el cuidado.
 De qualquier mal pudiera socorrerme
 Con veros yo, señora, ó esperallo,
 Si esperallo pudiera sin perdello.
 Mas de no veros ya para valerme,
 Sino es morir ningún remedio hallo:
 Y si este lo es, tampoco podré habello.

SONETO IV.

Un rato se levanta mi esperanza;
 Mas, cansada de haberse levantado,
 Torna á caer, y dexa, mal mi grado,
 Libre el lugar á la desconfianza.
 ¿Quien sufrirá tan áspera mudanza
 Del bien al mal? O corazón cansado!
 Esfuerza en la miseria de tu estado,
 14* Que

Que tras fortuna suele haber bonanza.
 Yo mismo emprenderé á fuerza de brazos
 Romper un monte, que otro no rompiera,
 De mil inconvenientes muy espeso.
 Muerte, prision, no pueden, ni embarazos,
 Quitarme de ir á veros como quiera
 Desnudo espirtu, ó hombre en carne y hueso.

SONETO V.

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
 Y quanto yo escribir de vos deséo
 Vos sola lo escribiste, yo lo leo,
 Tan solo, que aun de vos me guardo en esto.
 En esto estoy, y estaré siempre puesto;
 Que aunque no cabe en mí quanto en vos veo,
 De tanto bien lo que no entiendo creo,
 Tomando ya la fe por presupuesto.
 Yo no nací sino para quereros:
 Mi mal os ha cortado á su medida:
 Por hábito del alma misma os quiero.
 Quanto tengo confieso yo deberos:

Por

Por vos nací, por vos tengo la vida,
 Por vos he de morir, y por vos muero.

SONETO VI.

Por ásperos caminos he llegado
 A parte que de miedo no me muevo:
 Y si á mudarme, ó dar un paso pruebo,
 Allí por los cabellos soy tornado.
 Mas tal estoy que con la muerte al lado
 Busco de mi vivir consejo nuevo:
 Conozco lo mejor, lo peor apruebo, (1)
 O por costumbre mala, ó por mi hado.
 Por otra parte el breve tiempo mio,
 Y el errado proceso de mis años
 En su primer principio y en su medio,
 Mi inclinacion (con quien ya no porfio)
 La cierta muerte (fin de tantos daños)
 Me hacen descuidar de mi remedio.

SONETO VII.

No pierda mas quien ha tanto perdido;
 Bástete Amor lo que por tí he pasado:
 Válgame agora nunca haber probado
 A defenderme de lo que has querido.
 Tu templo y tus paredes he vestido (1)
 De nis mojadas ropas y adornado;
 Como acontece á quien ha ya escapado
 Libre de la tormenta en que se vido.
 Yo habia jurado nunca mas meterme
 A poder mio y mi consentimiento
 En otro tal peligro, como vano.
 Mas del que viene no podré valerme;
 Y en esto no voy contra el juramento;
 Que ni es como los otros, ni en mi mane.

SONETO VIII.

De aquella vista pura y excelente
 Salen espirtus vivos y encendidos,

Y siendo por mis ojos recibidos,
 No paran hasta donde el mal se siente.
 Encuéntranse en camino fácilmente,
 Por do los mios, del calor movidos,
 Salen fuera de mí como perdidos,
 Llamados de aquel bien que está presente.
 Ausente en mi memoria la imagino:
 Mis espíritus, pensando que la vian,
 Se mueven y se encienden sin medida.
 Mas no hallando fácil el camino,
 Que los suyos entrando detenian,
 Revientan por salir do no hay salida.

SONETO IX.

Señora mía, si de vos yo ausente
 En esta vida turo, y no me muera,
 Paréceme que ofendo á lo que os quiero,
 Y al bien de que gozaba en ser presente.
 Tras este luego siento otro accidente,
 Y es ver que si de vida desespero,
 Yo pierdo quanto bien viendoos espero;

Y así estoy en mis males diferente.
 En esta diferencia mis sentidos
 Combaten con tan áspera porfía,
 Que no sé que hacerme en mal tamaño.
 Nunca entre sí los veo sino refúdos:
 De tal arte pelean noche y día,
 Que solo se conciertan en mi daño.

SONETO X.

O dulces prendas por mi mal halladas,
 Dulces y alegres quando Dios quería!
 Juntas estáis en la memoria mía,
 Y con ella en mi muerte conjuradas
 ¿Quién me dixera quando las pasadas
 Horas en tanto bien por vos me vía,
 Que me habíais de ser en algún día
 Con tan grave dolor representadas?
 Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llevadme junto el mal que me dexastes.
 Sino, sospecharé que me pusistes

En

En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

SONETO XI.

Hermosas Ninfas, que en el río metidas,
Contentas habitais en las moradas,
De relucientes piedras fabricadas,
Y en columnas de vidrio sostenidas.
Agora esteis labrando embebecidas,
O texiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas
Contandoos los amores y las vidas:
Dexad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme:
Y no os detendréis mucho segun ando.
Que no podréis de lástima escucharme;
O convertido en agua aquí llorando,
Podréis allá despacio consolarme.



SONETO XII.

Si para refrenar este deséo
 Loco, imposible, vano, temeroso,
 Y guarecer del mal tan peligroso,
 Que es darme á entender yo lo que no creo,
 No me aprovecha verme qual me veo,
 O muy aventurado ó muy medroso,
 En tanta confusion, que ya no oso
 Fiar el mal de mí que lo poséo,
 ¿Que me ha de aprovechar ver la pintura
 De aquel que con las alas derretidas
 Cayendo fama y nombre al mar ha dado?
 Ni la del que su fuego y su locura
 Lloró entre aquellas plantas conocidas,
 Apenas en el agua resfriado.

SONETO XIII.

A Dafne ya los brazos le crecían,
 Y en luengos ramos vueltos se mostraban:
 En

En verdes hojas vi que se tornaban
 Los cabellos que al oro escurecian,
 De áspera corteza se cubrian
 Los tiernos miembros, que aun bullendo estaban
 Los blancos pies en tierra se hincaban,
 Y en torcidas raíces se volvian.
 Aquel que fue la causa de tal daño,
 A fuerza de llorar crecer hacia
 Este árbol que con lágrimas regaba.
 O miserable estado! ó mal tamaño!
 Que con llorarla crezca cada día
 La causa y la razón porque lloraba!

SONETO XIV.

Como la tierna madre, que el doliente (1)
 Hijo le está con lágrimas pidiendo
 Alguna cosa, de la qual comiendo
 Sabe que ha de doblarse el mal que siente;
 Y aquel piadoso amor no le consiente
 Que considere el daño que haciendo
 Lo que le pide hace, va corriendo,
 Aplá-

Aplaca el llanto, y dobla el accidente:
 Así á mi enfermo y loco pensamiento,
 Que en su daño os me pide, yo querría
 Quitalle este mortal mantenimiento.
 Mas pídemelo, y llora cada día
 Tanto, que quanto quiere le consiento,
 Olvidando su muerte, y aun la mia.

SONETO XV.

Si quejas y lamentos pueden tanto
 Que enfrenaron el curso de los rios,
 Y en los desiertos montes y sombríos
 Los árboles movieron con su canto.
 Si convirtieron á escuchar su llanto
 Los fieros tigres, y peñascos frios:
 Si en fin con menos casos que los míos
 Baxaron á los reynos del espanto:
 ¿Porque no ablandará mi trabajosa
 Vida, en miseria y lágrimas pasada,
 Un corazon conmigo endurecido?
 Con mas piedad debria ser escuchada

La voz del que se llora por perdido,
Que la del que perdió y llora otra cosa.

SONETO XVI.

*A LA SEPULTURA DE DON FERNANDO DE GUZMÁN
SU HERMANO, QUE MURIÓ DE PESTILENCIA Á
LOS VEINTE AÑOS DE SU EDAD, ESTANDO EN
EL EJERCITO DE NUESTRO CÉSAR CONTRA
FRANCESES EN NAPOLES.*

No las Francesas armas odiosas,
En contra puestas del ayrado pecho,
Ni en los guardados muros con pertrecho
Los tiros y saétas ponzoñosas:
No las escaramuzas peligrosas,
Ni aquel fiero ruido contrahecho
De aquel que para Júpiter fue hecho
Por manos de Vulcano artificiosas;
Pudieron (aunque yo mas me ofrecia
A los peligros de la dura guerra)
Quitar un hora sola de mi hado.

Mas inficion del ayre en solo un dia
 Me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
 Parténope, tan lejos de mi tierra.

SONETO XVII.

Pensando que el camino iba derecho,
 Vine á parar en tanta desventura,
 Que imaginar no puedo, aun con locura,
 Algo de que esté un rato satisfecho.
 El ancho campo me parece estrecho,
 La noche clara para mí es oscura,
 La dulce compañía amarga y dura,
 Y duro campo de batalla el lecho.
 Del sueño (si hay alguno) aquella parte
 Sola, que es ser imagen de la muerte,
 Se aviene con el alma fatigada.
 En fin que como quiera estoy de arte
 Que juzgo ya por hora menos fuerte
 (Aunque en ella me ví) la que es pasada.

SONETO XVIII.

Si á vuestra voluntad yo soy de cera,
 Y por sol tengo solo vuestra vista;
 La qual á quien no inflama, ó no conquista
 Con su mirar, es de sentido fuera:
 De do viene una cosa (que si fuera
 Menos veces de mi probada y vista,
 Segun parece que á razon resista,
 A mi sentido mismo no creyera)
 Y es, que yo soy de léjos inflamado
 De vuestra ardiente vista y encendido
 Tanto, que en vida me sostengo apénas.
 Mas si de cerca soy acometido
 De vuestros ojos, luego siento elado
 Guajárseme la sangre por las venas.

SONETO XIX.

Julio, despues que me partí llorando
 De quien jamás mi pensamiento parte,
 Y

Y dexé de mi alma aquella parte
 Que al cuerpo vida y fuerza estaba dando.
 De mi bien á mí mismo voy tomando
 Estrecha cuenta, y siento de tal arte
 Faltarme todo el bien, que temo en parte
 Que ha de faltarme el ayre suspirando.
 Y con este temor mi lengua prueba
 A razonar con vos, ó dulce amigo,
 De la amarga memoria de aquel día;
 En que yo comencé como testigo
 A poder dar del alma vuestra nueva,
 Y á sabella de vos el alma mía.

SONETO XX.

Con tal fuerza y vigor son concertados
 Para mi perdicion los duros vientos,
 Que cortaron mis tiernos pensamientos
 Luego que sobre mí fueron mostrados.
 El mal es que me quedan los cuidados
 En salvo destos acontecimientos,
 Que son duros, y tienen fundamentos

En

En todos mis sentidos bien echados,
 Aunque por otra parte no me duelo,
 Ya que el bien me dexó con su partida
 El grave mal que en mí está de continuo,
 Antes con el abrazo y me consuelo;
 Porque en proceso de tan dura vida
 Ataje la largueza del camino.

SONETO XXI.

Clarísimo Marques, en quien derrama
 El cielo quanto bien conoce el mundo:
 Si al gran valor en que el sujeto fundo,
 Y al claro resplandor de vuestra llama
 Arribáre mi pluma, y do la llama
 La voz de vuestro nombre alto y profundo,
 Seréis vos solo eterno y sin segundo,
 Y por vos inmortal quien tanto os ama,
 Quanto del largo cielo se desca,
 Quanto sobre la tierra se procura,
 Todo se halla en vos de parte á parte;
 Y en fin de solo vos formó natura

Una estraña y no vista al mundo idéa,
Y hizo igual al pensamiento el arte.

SONETO XXII.

Con ansia extrema de mirar qué tiene
Vuestro pecho escondido allá en su centro;
Y ver si á lo de fuera lo de dentro
En apariencia y ser igual conviene,
En él puse la vista; mas detiene
De vuestra hermosura el duro encuentro
Mis ojos, y no pasan tan adentro,
Que miren lo que el alma en sí contiene.
Y así se quedan tristes en la puerta
Hecha por mi dolor con esa mano
Que aún á su mismo pecho no perdona:
Donde ví claro mi esperanza muerta;
Y el golpe que vos hizo amor en vano
NON ESSERVÌ PASSATO OLTRA LA GONNA.

SONETO XXIII.

En tanto que de rosa y azucena
 Se muestra la color en vuestro gesto,
 Y que vuestro mirar ardiente honesto
 Con clara luz la tempestad serena;
 Y en tanto que el cabello, que en la vena
 Del oro se escogió, con vuelo presto
 Por el hermoso cuello blanco enhiesto
 El viento mueve, esparce y desordena:
 Coged de vuestra alegre primavera
 El dulce fruto, antes que el tiempo airado
 Cubra de nieve la hermosa cumbre.
 Marchitará la rosa el viento elado:
 Todo lo mudará la edad ligera,
 Por no hacer mudanza en su costumbre.

SONETO XXIV.

A LA MARQUESA DE PADULA DOÑA MARIA DE
CARDONA (1)

Ilustre honor del nombre de Cardona,
Décima moradora del Parnaso,
A Tansilo, á Mintárno, al culto Taso (2)
Sujeto noble de inmortal corona:
Si en medio del camino no abandona
La fuerza y el espíritu á vuestro Laso,
Por vos me llevará mi osado paso
A la cumbre difícil de Helicón.
Podré llevar entonces sin trabajo,
Con dulce son que el curso al agua enfrena,
Por un camino hasta agora enxuto,
El Patrio celebrado y rico Tajo,
Que del valor de su luciente arena
A vuestro nombre pague el gran tributo.

SONETO XXV.

¡O hado ejecutivo en mis dolores,
 Como sentí tus leyes rigurosas!
 Cortaste el árbol con manos dañosas,
 Y esparciste por tierra fruta y flores.
 En poco espacio yacen los amores,
 Y toda la esperanza de mis cosas
 Tornados en cenizas desdeñosas,
 Y sordas á mis quejas y clamores.
 Las lágrimas, que en esta sepultura
 Se vieron hoy en día y se vertieron,
 Recibe, aunque sin fruto allí te sean,
 Hasta que aquella eterna noche oscura
 Me cierre aquestos ojos que te vieron,
 Dexándome con otros que te vean.

SONETO XXVI.

Echado está por tierra el fundamento
 Que mi vivir cansado sostenia.

O quanto bien se acaba en solo un dia!
 O quantas esperanzas lleva el viento!
 O quan ocioso está mi pensamiento
 Quando se ocupa en bien de cosa mia!
 A mi esperanza, así como á baldía,
 Mil veces la castiga mi tormento.
 Las mas veces me entrego, otras resisto
 Con tal furor, con una fuerza nueva,
 Que un monte puesto encima rompería.
 Aqueste es el deséo que me lleva
 A que desee tornar á ver un dia
 A quien fuera mejor nunca haber visto.

SONETO XXVII.

Amor, Amor, un hábito he vestido
 Del paño de tu tienda bien cortado:
 Al vestir le hallé ancho y holgado:
 Pero despues estrecho y desahrido.
 Despues acá de haberlo consentido,
 Tal arrepentimiento me ha tomado,
 Que pruebo alguna vez de congojado

A romper deste paño este vestido.
 ¿Mas quien podrá deste hábito librarse,
 Teniendo tan contraria su natura,
 Que con él ha venido á conformarse!
 Si alguna parte queda por ventura
 De mi razon, por mi no osa mostrarse;
 Que en tal contradiccion no está segura.

SONETO XXVIII.

Boscan, vengado estais, con mengua mía
 De mi rigor pasado y mi aspereza,
 Con que reprehenderos la terneza
 De vuestro blando corazon solia.
 Agora me castigo cada dia
 De tal selvatiquez y tal torpeza:
 Mas es á tiempo que de mi baxeza
 Correrme y castigarme bien podría.
 Sabed que en mi perfecta edad, y armado,
 Con mis ojos abiertos me he rendido
 Al niño, que sabeis, ciego y desnudo.
 De tan hermoso fuego consumido

Nun-

Nunca fue corazón: Si preguntado
Soy lo demás, en lo demás soy mudo.

SONETO XXIX.

Pasando el mar Leandro el animoso,
En amoroso fuego todo ardiendo,
Esforzó el viento, y fuese embraveciendo
El agua con un ímpetu furioso.
Vencido del trabajo presuroso,
Contrastar á las ondas no pudiendo,
Y mas del bien que allí perdía muriendo,
Que de su propia muerte congojoso,
Como pudo esforzó su voz cansada,
Y á las ondas habló desta manera:
(Mas nunca fue la voz dellas oída)
Ondas, pues no se escusa que yo muera,
Dexadme allá llegar, y á la tornada
Vuestro furor executá en mi vida.

SONETO XXX.

Sospechas, que en mi triste fantasía
 Puestas, hacéis la guerra á mi sentido,
 Volviendo y revolviendo el afligido
 Pecho, con dura mano, noche y día:
 Ya se acabó la resistencia mia,
 Y la fuerza del alma: ya rendido
 Vencer de vos me dexo, arrepentido
 De haberos contrastado en tal porfía.
 Llevadme á aquel lugar tan espantable,
 Que por no ver mi muerte allí esculpida,
 Cerrados hasta aquí tuve los ojos.
 Las armas pongo ya; que concedida
 No es tan larga defensa al miserable:
 Colgad en vuestro carro mis despojos.

SONETO XXXI.

Dentro de mi alma fue de mí engendrado
 Un dulce amor, y de mi sentimiento
 Tan

Tan aprobado fue su nacimiento,
 Como de un solo hijo deseado:
 Mas luego nació dél quien ha estragado
 Del todo el amoroso pensamiento;
 En áspero rigor y en gran tormento
 Los primeros deleytes ha tornado.
 O crudo nieto, que das vida al padre
 Y matas al avuelo! ¿por qué creces
 Tan desconforme á aquel de que has nacido?
 O zeloso temor! á quien pareces?
 ¡Que aun la envidia, tu propia y fiera madre, (1)
 Se espanta en ver el monstruo que ha parido!

SONETO XXXII.

Mi lengua va por do el dolor la guía:
 Ya yo con mi dolor sin guía camino:
 Entrambos hemos de ir con puro tino,
 Cada uno á parar do no queria:
 Yo, porque voy sin otra compañía,
 Sino la que me hace el desatino;
 Ella, porque la lleve aquel que vino

A hacella decir mas que querría.
 Y es para mí la ley tan desigual,
 Que aunque inocencia siempre en mí conoce,
 Siempre yo pago el yerro ageno y mio.
 ¿Qué culpa tengo yo del desvario
 De mi lengua, si estoy en tanto mal
 Que el sufrimiento ya me desconoce?

SONETO XXXIII.

A BOSCAN DESDE LA GOLETA.

Boscan, las armas y el furor de Marte,
 Que con su propia sangre el Africano
 Suelo regando, hacen que el Romano
 Imperio reverdezca en esta parte,
 Han reducido á la memoria el arte,
 Y el antiguo valor Italiano,
 Por cuya fuerza y valerosa mano
 Africa se aterró de parte á parte.
 Aquí donde el Romano entendimiento,
 Donde el fuego y la llama licenciosa
 Solo

Solo el nombre dexaron á Cartago,
 Vuelve y révuelve amor mis pensamientos,
 Hiere y enciende el alma temerosa,
 Y en llanto y en ceniza me deshago.

SONETO XXXIV.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
 Del todo el grave yugo he sacudido,
 Y que del viento el mar embravecido
 Veré desde la tierra sin temello.
 Veré colgada de un sutil cabello
 La vida del amante embebecido
 En su error, y en su engaño adormecido,
 Sordo á las voces que le avisan dello.
 Alegrárame el mal de los mortales,
 Mas no es mi corazón tan inhumano
 En aqueste mi error, como parece:
 Porque yo huelgo, como huelga el sano,
 No de ver á los otros en los males;
 Sino de ver que dellos él carece.

SONETO XXXV.

A MARIO GALEOTA.

Mario, el ingrato amor, como testigo
 De mi fe pura, y de mi gran firmeza,
 Usando en mí su vil naturaleza,
 Que es hacer mas ofensa al mas amigo:
 Teniendo miedo que si escribo y digo
 Su condicion, abato su grandeza;
 No bastando su esfuerzo á su crueza,
 Ha esforzado la mano á mi enemigo.
 Y así en la parte que la diestra mano
 Gobierna, y en aquella que declara
 Los concetos del alma, fui herido.
 Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
 Le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
 Libre, desesperado y ofendido.

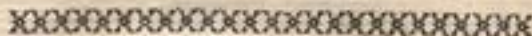
SONETO XXXVI.

A la entrada de un valle en un desierto,
 Do nadie atravesaba, ni se via,
 Vi que con estrañeza un can hacia
 Estremos de dolor con desconcierto:
 Agora suelta el llanto al cielo abierto:
 Ora va rastreando por la via:
 Camina, vuelve, para, y todavía
 Quedaba desmayado como muerto.
 Y fue que se apartó de su presencia
 Su amo, y no le hallaba; y esto siente.
 Mirad hasta do llega el mal de ausencia.
 Moviome á compasion ver su accidente,
 Díxele lastimado: ten paciencia;
 Que yo alcanzo razon, y estoy ausente.

SONETO XXXVII.

Estoy contino en lágrimas bañado,
 Rompiendo siempre el ayre con sospiros;
 Y

Y mas me duele el no osar deciros
 Que he llegado por vos á tal estado,
 Que viéndome do estoy, y lo que he andado
 Por el camino estrecho de seguiros,
 Si me quiero tornar para huiros,
 Desmayo viendo atras lo que he dexado:
 Y si quiero subir á la alta cumbre,
 A cada paso espántanme en la via
 Exemplos tristes de los que han caido.
 Sobre todo me falta ya la lumbré
 De la esperanza, con que andar solia
 Por la escura region de vuestro olvido.



CANCION.

HABIENDOSE CASADO SU DAMA.

Culpa debe ser quereros,
 Segun lo que en mí hacéis;
 Mas allá lo pagaréis,
 Do no sabrán conoceros,
 Por mal que me conocéis.
 Por quereros, ser perdido
 Pensaba, que no culpado:
 Mas que todo lo haya sido,
 Así me lo habéis mostrado,
 Que lo tengo bien sabido.
 ¡Quien pudiese no quereros
 Tanto como vos sabeis!
 Por holgarne que paguéis
 Lo que no han de conoceros,
 Con lo que no conocéis.

OTRA

O T R A.

Yo dexaré desde aquí
 De ofenderos mas hablando;
 Porque mi morir callando
 Os ha de hablar por mí.
 Gran ofensa os tengo hecha
 Hasta aquí en haber hablado,
 Pues en cosa os he enojado,
 Que tampoco me aprovecha.
 Derramaré desde aquí
 Mis lágrimas no hablando;
 Porque quien muere callando
 Tiene quien hable por sí.

A UNA PARTIDA.

Acaso supo, á mi ver,
 Y por acierto quereros,
 Quien tal yerro fue á hacer,
 Como partirse de veros.

Donde os dexase de ver.
 Imposible es que este tal,
 Pensando que os conocia,
 Supiese lo que hacía,
 Quando su bien y su mal
 Junto os entregó en un día.
 Acertó acaso á hacer
 Lo que si por conoceros
 Hiciera, no podía ser
 Partirse, y con solo veros
 Dexaros siempre de ver.

*A UNA SEÑORA, QUE ANDÁNDOSE EL, Y OTRO
 PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPEZADA, Y
 UN HUSO COMENZADO Á HILAR EN EL: Y
 DIXO QUE AQUELLO HABIA TRABAJADO TO-
 DO EL DÍA.*

De la red, y del hilado
 Hemos de tomar, señora,
 Que echais de vos en un hora
 Todo el trabajo pasado.

Y si el vuestro se ha de dar
 A los que se pasearen,
 Lo que por vos trabajaren
 Donde lo pensais echar?

TRADUCCION DE QUATRO VERSOS

DE OVIDIO.

Pues este nombre perdí,
 Dido, muger de Sichéo,
 En mi muerte esto deséo
 Que se escriba sobre mí:
 El peor de los Troyanos
 Dió la causa y el espada;
 Dido á tal punto llegada
 No puso mas de las manos.



C O P L A

SOBRE ESTE VILLANCICO.

Que testimonios son estos

Que le queréis levantar?

Que no fue sino bailar.

Esta tienen por gran culpa?

No lo fue á mi parecer,

Porque tienen por disculpa

Que lo hizo la muger.

Esta le hizo caer,

Mucho mas que no el saltar

Que hizo con el bailar.

GARCIE LASI

DE LA VEGA

AD FERDINANDUM

DE ACUÑA

EPIGRAMMA.

Dum Reges, Fernande, canis, dum Cæsaris altam
 Progeniem nostri, claraque facta Ducum,
 Dum Hispanâ memoras fractâs sub cuspidè gentes,
 Obstupuere homines, obstupuere Dii;
 Extollensque caput sacri de vertice Pindi
 Calliope blandis vocibus hæc retulit:
 Macte puer, geminâ præcinctus tempora lauro
 Qui nova nunc Martis gloria solus eras;
 Hæc tibi dat Bacchusque pater, dat Phœbus Apollo;
 Nympharumque leves, castalidumque chori,
 Ut, quos divino celebrasti carmine Reges,
 Teque simul curvâ qui canis alma lyrâ,
 Sepe legant, laudent, celebrent post fata nepotes:
 Nullaque perpetuos nox fuget atra dies.
 NO-

NOTAS.

EGLOGA I. Esta Egloga es sin comparacion la mas bella de las obras de G. L., y una de las mejores que se han escrito. La dirigió su Autor á Don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, Virrey de Nápoles. Es comun opinion que G. L. es el Pastor que se queja de sus zelos baxo el nombre de Salicio: y algunos han sido de parecer que Nemoroso es Boscan, fundados en que Nemus es bosque; pero Herrera con mejor fundamento cree que Nemoroso es D. Antonio de Fonseca, marido de Elisa, que es Doña Isabel Freire, que murió de sobreparto. Toda esta Egloga está llena de imitaciones de los mejores pasages de los mas famosos Poetas Latinos é Italianos. Nos contentaremos con insinuar algunas no mas.

(1) Estas tres primeras estanzas son imitadas del principio de la Egloga octava de Vir-

Virgilio: *Pastorum musam, Damonis, &c.* El curioso podrá cotejarlas para ver que Poeta de los dos debe llevar la preferencia.

(2) En esta estanza amplifica el pensamiento de Virg. Egl. II.

Et Sol crescentes decedens duplicat umbras:
Me tamen urit amor.

(3) Sæpe sinistra cava prædixit ab ilice
cornix,

Virg. Egl. I.

(4) Mopso Nisa datur: Quid non speremus
amantes?

Jungentur jam gryphus equis, ævoque
sequenti

Cum canibus timidi venient ad pocula
damæ.

Virg. Egl. VIII.

(5) Lac mihi non æstate novum, non frigore
defit.

Virg. Egl. II.

(6) Nec sum adeo informis: nuper me in
litore vidi,

Cum

Cum placidum ventis staret mare, non
 ego Daphnim,
 Judice te, metuum, si nunquam fallit
 imago.

Virg. Egl. II. Virgilio lo imitô de Teócrito.

(7) Mille mœe Siculis errant in montibus
 agnæ.

Virg. Egl. II.

(8) Hæc Damon. Vos, quæ responderit
 Alphisibæus,

Dicite, Pierides: Non omnia possumus
 omnes.

Virg. Egl. VIII.

(9) Postquam te fata tulerunt,
 Ipsa Pales agros, atque ipse reliquit
 Apollo.

Grandia sæpe quibus mandavimus hor-
 dea sulcis;

Infelix lolium, & steriles dominantur
 avenæ.

Pro molli viola, pro purpureo Narcisso,
 Carduus, & spinis surgit palustris acotis.

Pa-

Estos versos de la Egloga V. de Virgilio son imitados de Teóerito.

- (10) Qualis populea moerens Philomela sub
 umbra,
 Amissos queritur foetus, quos durus
 arator
 Observans nido implumes detraxit: at illa
 Flet noctem, ramoque sedens miserabile
 carmen
 Integrat, & moestis late loca questibus
 implet.

Virg. al fin del lib. IV. de las Geórgicas.

- (11) LUCINA. Diana á quien tenían los
 Gentiles por abogada en los partos.

- (12) Fingieron los Poetas, que la Luna
 enamorada del Pastor Endimion hazaba á vi-
 sitarle muchas veces en la cueva del monte
 Ladmo, donde dormía.

- (13) Frase Italiana.

EGLOGA II. Esta Egloga es muy desigual:
 y aunque en ella se hallan muchos peda-
 zos excelentes, en el todo no puede compa-
 rar-

rarse con la primera.

(1) Dice Tamayo de Vargas que en Bártres, antigua posesion de la casa del Autor, se conserva esta fuente con el nombre de Fuente de Garcilaso.

(2) Imita en estas tres estanzas la famosa Oda de Horacio: *Beatus ille qui procul negotiis*, &c. No se pone aqui, porque la saben aun los muchachos medianamente instruidos, y porque tenemos en Castellano mas de veinte traducciones.

(3) Dice Virgilio, tomándolo de Homero, que el sueño tiene dos puertas: por la de marfil salen los sueños falsos, y por la de cuerno los verdaderos.

Sunt geminae somni portæ, quarum altera fertur

Cornea, quâ veris facilis datur exitus umbris;
Altera, candenti perfecta nitens Elephanto;
Sed falsa ad cœlum mittunt insomnia manes.

Eneid. lib. VI.

- (4) Quanquam animus meminisse horret
luctuque refugit.

Virg. Eneid. lib. II.

- (5) Dum memor ipse mei, dum spiritus
hos reget artus. *Virg. Eneid. lib. IV.*

- (6) Esta relacion algo difusa de la caza
es imitacion, ó traduccion de Sanazaro en la
Prosa VIII.

- (7) Teniendo los Galos sitiado el Capito-
lio, lo asaltaron una noche que las centinelas
estaban dormidas; pero los Ánsares con sus
graxnidos despertaron á Mánlio, que con sus
Romanos rechazó el asalto.

- (8) Un criado de Dédalo inventó la Sierra
Su amo de envidia le arrojó de una torre
abaxo: los Dioses le convirtieron en Perdiz;
y por eso estas aves hacen sus nidos en el
suelo, de miedo de las caidas.

Cuéntalo Ovidio en sus Transformaciones
lib. VIII.

Antiquique memor metuit sublimia ca-
sus, &c.

(9) Facile omnes cum valemus recta consilia ægrotis damus. Terencio in Andria.

(10) Non ulli pastor illis egere diebus
Frigida, Daphni, hoves ad flumina: nulla
neque annem
Libavit quadrupes, nec graminis attigit
herbam.

Virg. Eglog. V.

(11) Pastores venere homin per pascua
cuncti, &c.

Este pasage es de Teócrito en la Bucólica 1. Del lo imitó Virgilio en la Egloga X; de allí Sanazaro, y de este Garcilaso.

(12) Esto es imitado de Virgilio en la misma Egloga X.

Tristis at ille: tamen cantabitis, Arcades,
inquit,

Monti bus hæc vestris: soli cantare periti
Arcades. O mihi tum quàm molliter ossa
quiescant,

Vestra meos olim si fistula dicat amores!
Sanazaro imitó tambien estos versos; pero
sin

sin envidia se puede asegurar que G. L. lleva ventaja al Poeta Italiano.

(13) Tomado de Sanazaro, como la mayor parte de lo dicho hasta aquí. Aunque el pensamiento de quejarse de su desgracia á los Lobos y á las fieras, es original de Teócrito Idilio 1. El pasage traducido en latin dice así.

Vos ó Lupi, vos ó Cervarii lupi, & in lustris degentes ursi,

Valeto. Ego Daphnis bubulcus vobiscum non amplius in silvis,

Non inter arbusta, nec nemora ero. Vale Arethusa, & vos

Fluvii, qui juxta pulchram Thymbridis undam Fluitis, &c.

(14) *Desbañar*: Esta voz es tan extraña en Castellano, que con dificultad se puede saber lo que quiere decir. El Maestro Sanchez no la explica; y Herrera nos muele con una pesada digresion sobre el uso de las voces nuevas, sin decirnos lo que significa esta: sin duda porque no lo supo; pues quien
amon-

amontonó tantas impertinencias no hubiera omitido una cosa tan esencial. El Diccionario de la Lengua ni hace mención de ella. Tamayo de Vargas es el único que se aventura á interpretarla. Segun él, *desbañar* quiere decir affligir, congojar, deducido de las lenguas Griega y Latina, en que *bañar* se toma muchas veces por *aliviar*, *refocilar*, *quitar cuidados*.

(15) *Me adiestra*: por me guía, ó me conduce.

(16) *Procedér*.

(17) *Descreído* por incrédulo.

(18) *Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*.

Virg. Eneid. lib. VII.

(19) Orfeo.

(20) Las tres furias ó Euménides, Alecto, Tisífone y Meguera.

(21) Este pasage es imitado de Ovidio lib. III. de las Transformaciones refiriendo la Fábula de Narciso.

Quo-

Quoque magis doleam, non nos mare
separat ingens:

Nec via, nec montes, nec clausis mae-
nia portis.

Exigua prohibemur aqua, cupit ipse te-
neri;

Nam quoties liquidis porreximus oscula
lymphis

Et toties ad me resupino nititur ore,

Posse pates tangi, minimum est quod
amantibus obstat.

Quisquis es, huc exi, quid me puer unice
fallis?

Quove petitus abis!

Spem mihi nescio quam vultu promittis
amico,

Quumque ego porrexi tibi brachia por-
rigis ultro;

Quum risi arrides, lachrymas quoque saepe
notavi

Me lachrymante tuas.

(22) La fuerza del consonante le hizo de-
cir-

cit entramos por entrambos.

(23) Aquí empiezan las alabanzas de la Casa de Alba.

(24) En la segunda guerra Púnica.

(25) Así se llamó el Maestro del Gran Duque Fernando de Toledo.

(26) La descripción de la fuerza de este encantamiento es tomada de Ovidio lib. VII. de las Transformaciones donde dice Medea:

Quorum ope, cum volui, ripis mirantibus amnes

In fontes rediere suos; concussaue sisto;
Stantia concutio cantu freta; nubila pello
Nubilaque induco; ventos abigoque, vocoque, &c.

(27) Pensamiento tomado de *Tíbulo lib. I. Elegia VIII.*

Cantus & é curru Lunam deducere tentat,
Et faceret, si non aera repulsa sonent.

(28) El Rey D. Juan II. puso preso á D. Fernando Alvarez de Toledo, Conde de Alba; y su hijo D. Garcia, que despues fué primer

mer Duque de Alba, le hizo mucha guerra desde Piedrahita, y demas fortalezas de su padre, procurando su libertad; pero no la pudo conseguir hasta muerto el Rey D. Juan, que su hijo D. Enrique le soltó voluntariamente.

(29) D. Fadrique de Toledo, segundo Duque de Alba, hijo de D. Garcia, y de una hija del Almirante, hermana de la madre del Rey Católico.

(30) Este D. Fadrique fue en su mocedad General de los Christianos en la frontera de Granada.

(31) En la guerra de Navarra.

(32) D. Garcia fué el hijo mayor del precedente, y padre del gran Duque D. Fernando.

(33) Militando D. Garcia de Toledo con el Conde Pedro Navarro en la costa de Africa, pasó á la conquista de la Isla de los Gelves. Luego que desembarcó quiso internarse en el pais desierto y arenoso. Era el

tiem-

tiempo extremadamente caloroso, y su gente, fatigada del ardor del sol y del cansancio, fué á beber á unos pozos, donde los moros estaban en emboscada. Dieron sobre los nuestros, que de pura sed y fatiga apenas se pusieron en defensa. D. Garcia los animó con la voz y con el exemplo; y con una pica en la mano peleó como valeroso soldado, hasta que muertos ó dispersos todos sus Españoles, oprimido de la muchedumbre, lleno de heridas cayó muerto en la arena á los 23 años de su edad, el de 1510.

(34) *Atque oculos pictura pascit inani. Virg.*

(35) *Atender* se usaba en lo antiguo por *esperar*.

(36) D. Fernando rió una noche en el puente de S. Pablo de Burgos con otro Caballero, que se habia picado por una zumbra que le dixo delante de una señora á quien ambos servian. Despues de la pendencia se hicieron amigos, prometiendose guardar secreto el lance; pero aquella noche se descubrió

bió en Palacio, porque al partir trocaron las capas, y la del contrario de D. Fernando tenia la Cruz de Santiago.

(37) *El diestro pie calzado* significa buen agüero en las bodas.

Huc veni niveo gerens pede socum.

Catulo en su Epithalamio: de donde toma el Autor los otros ritos nupciales que refiere.

(38) Julio César fué el primer Romano que pasó el Rhin para hacer la guerra á los Alemanes.

(39) La Ciudad de Colonia, donde se cree que padecieron Martirio Santa Ursula y las once mil Vírgenes por órden de Giulia Capitan de Atila.

(40) El Turco.

(41) *Sobrar* exceder, sobrepajar.

(42) *Sobrado* el que excede á otro.

(43) *Tirar* quitar, apartar.

(44) Cornelio Scipion el primer Africano.

(45) Anibal.

(46) Toda esta ficción está sacada graciosamente de Virgilio en el lib. VIII.

Aeneas, tristi turbatus pectora bello,

Procubuit, seramque dedit per membra quietem.

Huic Deus ipse loci, fluvio Tyberinus amoenus,

Populeas inter senior se attollere frondes

Visus. Eum tenuis glauco velabat amictu

Carbasus, & crines umbrosa tegebat arundo.

Tybris ea fluvium, quàm longa est, nocte tumentem.

Leniit; & tacitâ refluens ita substitit undâ.

Mitis ut in morem stagni placidaeque paludis

Sterneret æquor aquis, remo ut luctamen abesset.

(47) *Hæc Proteus: & se jactu dedit æquor in altum:*

Quisque dedit, spumantem undam sub vertice torvit.

Virgil.

Virgil. Georg. lib. IV.

(48) Et jam summa procul villarum culmina fumant,

Majoresque cadant altis de montibus umbræ.

Virgil. Eglog. I.

EGLOGA III. (1) Doña Maria de la Cueva, Condesa de Ureña, y madre de Don Pedro Giron primer Duque de Osuna.

(2) *Carta* por el papel, en significacion Latina ó Italiana.

(3) Los Poetas dicen que Cupido hiere con dos géneros de saetas; unas de oro que hacen el amor firme y correspondido; y otras de plomo que lo apartan, y engendran los desdenes.

(4) Doña Isabel Freire, de nacion Portuguesa, de quien ya ha hablado antes G. L. en la Egloga I.

(5) Unos exemplares, dicen *degollada*, y otros *igualada*. Mas natural sería *desangrada*, porque esta Señora murió de sobrepardo.

- (6) Ambo florentes ætatibus, Arcades ambo;
Et cantare pares, & respondere parati.

Virgil Eglog. VII.

- (7) Estas dos estanzas son imitadas de la misma Egloga.

Nerine Galatea, thymo mihi dulcior
Hyblæ,

Candidior cygnis, hederâ formosior albâ,
Cum primum pasti repetent præsepia
tauri,

Si qua tui Corydonis habet te cura,
venito.

Imò ego Sardois videar tibi amarior herbis,
Horridior rusco, projecta villor algâ,

Si mihi non hæc lux toto jam longior
anno est.

- (8) Triste lupus stabulis, maturis frugibus
imbrea,

Arboribus venti, nobis Amaryllidis iræ.

Virgil Eglog. III.

- (9) Continúa en imitar á Virgilio en la Egloga VII.

Om-

Omnia nunc rident: at si formosus Alexis
 Montibus his abeat, videas & flumina
 sicca. . .

Phyllidis adventu nostræ nemus omne
 virebit. . .

Populus Alcide gratissima, vitis Iaccho:
 Formose myrtus Veneri, sua laurea
 Phœbo.

Phyllis amat corylos: illas dum Phyllis
 amabit,

Nec myrtus vincet corylos, nec laurea
 Phœbi.

Fraxinus in sylvis pulcherrima, pinus in
 hortis,

Populus in fluviis, abies in montibus altis:
 Scœpius at si me, Lycida formose, revisas,
 Fraxinus in sylvis cedat tibi, pinus in
 hortis.

ELEGIA I. Esta Elegia es imitada, y en
 la mayor parte traducida de la de Gerónimo
 Fracastor á Juan Bautista de la Torre, Veronés,
 en la muerte de Marco Antonio su hermano.

(1) Frase Italiana.

(2) Te, dulcis conjux, te solo in littore
secum,

Te, veniente die, te, decedente, ca-
nebat.

Virgil, Georg. IV.

(3) Incertum vigilans, à somno languida,
movi

Thesea prensuras semisopita manus.

Nullus erat: referoque manus, iterum-
que retento,

Perque torum moveo brachia: nullus erat.

Ovid. en la Ariadna.

Ter conatus ibi collo dare brachia cir-
cum:

Ter frustra comprehensa manus effugit
imago,

Virgil, Eneid. lib. II.

(4) Ah! te meæ si partem animæ rapit
Maturior vis, quid moror altera,
Nec charas aequè, nec superstes
Integer?

Horat.

Horacio lib. II. Oda XVIII.

(5) Lampecia, hermana de Faeton, llorándole muerto á la ribera del rio Erídano (quieren que sea el Po) se convirtió, con las demas hermanas, en álamo negro. *Ovid. lib. II. Metam.*

(6) Quis non Latino sanguine pinguior
Campus sepulchris impia prælia
Testatur, auditumque Medis
Hesperie sonitum ruinæ?

Hor. lib. II. Oda I.

(7) *Abastanza*. Voz antigua, hoy desusada enteramente en nuestra lengua. Los Italianos la han conservado.

(8) *Perdidamente*. Usa de esta voz G. L. en la significacion latina *perditè*.

(9) Si fractus illabatur orbis,
Impavidum serient ruinæ.

Hor. lib. III. Oda III.

(10) At non ter revo functus amabilem
Ploravit omnes Antiochum senex
Annos: nec impubem parentes

Troi-

Troilon, aut Phrygiæ sorores

Flevere semper.

Hor. lib. II. Oda IX.

(11) Hércules se quemó en el monte Oeta, sintiéndose morir con la ponzoña de la camisa que le envió Deyanira. Esta ficción quieren que sea la purificación de los excelentes hombres que suben á ser Semi-Dioses, dexando acá el cuerpo, como vestidura grosera del alma.

(12) *El claro padre*: Don Garcia de Toledo, que murió en los Gelves de poca edad. *El sublime avuelo*: Don Fadrique Duque de Alba.

(13) Dum juga montis aper, fluvios dum piscis amabit,

Dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,

Semper honos nomenque tuum, laudesque manebunt.

Virgil. Eglog. V.

(14) *Tra quanto é in mezzo Antártico é Callisto.*

Verso del Ariosto, Canto III. Calisto fue hija

hija del Rey Licaon. Por odio de Juno fue convertida en osa, y Júpiter la trasplantó al Cielo.

ELEGIA II. Escribió esta Elegia G. L. á su amigo Juan Boscan desde Trápana Ciudad de Sicilia, habiendo aportado allí con el Emperador Carlos V. á quien llama *Africano*, porque volvía victorioso de la empresa de Túnez, año de 1535.

(1) Este confusísimo Terceto quiere decir, que el Mantuano Virgilio en sus eternos versos nos conserva la memoria de que Anquises está enterrado en Trápana. Los versos de que se trata són del libro III. de la Eneida, donde habla así Eneas.

Hinc Depran̄i me portus, & illætabilis ora
Accipit. Hic pelagi tot tempestatibus ac-
tus,

Heu! genitorem, omnis curæ, casusque
levamen,

Amitto Anchisen...

(2) Nápoles, llamada antes *Parthénope* por
ha-

haberse hallado allí el sepulcro de una de las Sirenas que tenía este nombre. Varios Poetas antiguos cantaron el ocio de Nápoles.

Et otiosa credidit Neapolis.

Horat. Od. V. epod.

(3) Quis Martem tunicâ tectum adamantinâ
Digne scripserit?

Horat. lib. I. Od. VI.

(4) Barcelona, donde estaba casado Boscan con Doña Ana Girón de Rebolledo, la misma á quien celebró en algunos de sus versos.

(5) Estos versos son imitación de los de Horacio en el lib. I. Oda XXII.

Pone me pigris ubi nulla campis

Arbor æstivâ recreatur aurâ:

Quod latus mundi nebulae, malusque

Jupiter urget:

Pone sub curru nimium propinqui

Solis, in terrâ domibus negatâ,

Dulcè ridentem Lalagen amabo,

Dulcè loquentem.

EPISTOLA. (1) Mozen Dural era un Caballero

liero principal, Maestro racional, ó Contador de Barcelona.

(2) Valclusa donde nació Laura, la Dama que cantó tanto el Petrarca.

CANCION I. (1) Heu! patior telis vulnere facta meis.

Ovidio.

CANCION II. (1) Los vientos, según la fábula, eran los mensajeros que llevaban los ruegos y votos, y aun todas las palabras á las orejas de los Dioses.

Partem aliquam venti Divûm referatis
ad aures.

Virgil.

(2) Vos eritis testes, si quos habet arbor
amores

Fagus, & Arcadio pinus amata Deo.

Propertio, Elegia XVIII.

CANCION III. (1) Garcilaso estuvo preso por orden de Carlos V. en una de las Islas del Danubio, por haber querido casar á su sobrino, hijo de D. Pedro Laso, con Doña
Isa.

Isabel de la Cueva, Dama de la Emperatriz. Esta boda no se efectuó, y la Señora fue despues Condesa de Santistévan.

(2) Torvus ubi, & ripá semper metuendus
utrâque,

In freta per sævos Ister descendit alumnos.

Valer. Flac. lib. VIII.

CANCION IV. (1) *Confesado*: haliendo publicado su mal. Este verso humilla mucho la grandeza de esta estanza.

(2) Et quantum vertice ad auras
Æthereas, tantum radice in tartara
tendit.

Virgil.

(3) Spes etiam validâ solatur compede vinc-
tum:

Crura sonant ferro, sed canit inter opus.

Tibulo, Eleg. VI.

(4) Moraliza la fábula de Venus, que fin-
gen los Poetas que la prendió Vulcano con
una sutilísima red, tomándola en adulterio
con el Dios Marte.

CAN.

CANCION V. Algunos quieren que G. L. haya compuesto esta Cancion por Fabio Galeota, Caballero Napolitano, que cortejaba á Doña Violante Sanseverino, que vivia en el barrio llamado *il Seggio di Gnido*, ó *Nido*. Otros creen que fue compuesta por Mario Galeota, cortejante de Doña Catalina Sanseverino. Como quiera que esto sea, con lo dicho hay bastante para saber la razon porque G. L. compuso esta hermosísima Cancion llena de graciosas alusiones.

(2) *Animosi flatibus Euri.*

Virgil.

(1) Efectos de la música de Orfeo.

(3) *Nec tinctus violâ pallor amantium.*

Horat. lib. III. Oda X.

(4) Alude al apellido *Galeota*. Venus apareció en el mar sobre una concha.

(5) *Lidia, dic per omnes.*

Te Deos oro, Sybarim cur properes
amando

Perdere? Cur apricum

Ode-

Oderit campum, patiens pulveris atque
solis?

Cur neque militaris

Inter æquales equitat; Gallica nec lupatis

Temperat ora frenis?

Cur timet flavum Tiberim tangere? Cur
olivum

Sanguine viperino

Cautius vitat: neque jam livida gestat
armis

Brachia. . . . ? &c.

Horac. lib. I. Oda VIII.

(6) Non te Penelopen difficilem precis
Tyrrhænis genuit parens.

Horacio lib. III. Oda X.

(7) Ovidio lib. XIV. de las Transforma-
ciones.

(8) *Némésis* Diosa de la venganza.

SONETO I. La primera parte de este Soneto
es imitacion del Petrarca part. 2. Soneto XXX.

Quand'io mi volgo in dietro á mirar
gl'anni, &c.

SO-

SONETO III. En el principio de este Soneto imita el Autor á Sanazaro, y al Petrarca. Los seis últimos versos forman una antítesis ridícula, y con trabajo se descubre lo que quieren decir: esto es, que morirá si ve, ó no ve á su Dama.

SONETO V. Los versos 5. y 9. de este Soneto son durísimos. Garcilaso en este, y en casi todos sus sonetos habla del amor con tantas figuras, y con ideas tan poco naturales, tan extraordinarias y confusas, que apenas se acierta con lo que quiere decir. De los Italianos, á quien imitó, contraxo este mal gusto de espiritualizar, por decirlo así, las cosas mas naturales y sencillas; envolviendo unos pensamientos claros en sí con mil rodeos y contraposiciones, que cansan en vez de agradar. Sus Eglogas son cosa muy distinta.

SONETO VI. (1) *Verso tomado de Ovidio lib. VII. Metam. donde dice Medea:*

... Video meliora, proboque,
Deteriora sequor.

SONETO VII. (1) *Horacio Oda V. lib. I.*

Me tabula sacer
 Votivâ paries indicat uvida
 Suspendisse potenti,
 Vestimenta maris Deo.

SONETO X. Este Soneto es sin comparacion el mas dulce y suave de los de G. L. Los dos primeros versos son imitados de Virgilio en el lib. IV. de la Eneida.

Dulces exuvie, dum fata dsusque sine-
 bant.

SONETO XII. En los Terceetos alude á las fábulas de Icaro y de Faeton. Las hermanas de éste lloraron amargamente su pérdida, y fueron convertidas en álamos negros. Estas son las plantas de que habla el penúltimo verso.

SONETO XIV. (1) La comparacion es tomada de Ausias March en el cap. I. de la Cántica de Amor.

SONETO XV. En los ocho primeros versos hace alusion á la fábula de Orfeo.

SO-

SONETO XIX. Herrera cree que este Soneto fue escrito á Julio César Caraciolo Poeta Italiano.

Es muy dificultoso acertar lo que quiere decir el último Terceto. El Brocense se hizo cargo de la dificultad, y la explica diciendo, que Garcilaso llegó donde estaba la Dama de Julio, y que este se quedó donde estaba la de Garcilaso. Con todo, de puro exquisito, es ridículo este modo de explicarse.

SONETO XXI. Este Soneto fue escrito á D. Pedro de Toledo, Marques de Villafranca, y Virrey de Nápoles; aunque algunos piensan que á D. Alonso de Avalo, Marques del Vasto, grande amigo de Garcilaso.

SONETO XXII. Algon caso particular que sucedió á Garcilaso entrando á visitar á su Dama, y hallándola desataviada, debe de ser el asunto de este Soneto. Las circunstancias con que lo visten Herrera y Sanchez son conjeturas que no satisfacen. El último verso es del Petrarca.

SONETO XXIII. Este asunto es de los mas traqueados por los Poetas de todas las lenguas y edades. Es verosimil que Garcilaso se propuso imitar el Soneto del Petrarca muy parecido á este:

*Mentre che l'autro crin to'ndeggia
intorno.*

En ninguna parte está mejor explicado este pensamiento que en el *Epigrama de la Rosa* atribuido á Virgilio.

*Collige, virgo, rosas, dum flos novus
& nova pubes,*

Et memor esto revum sic properare tuum.

SONETO XXIV. (1) Casó esta Señora en primeras nupcias con D. Artál de Cardona, Conde de Colisano; y después con D. Francisco de Este, hermano del Duque de Ferrara. No era muy hermosa; pero sí muy graciosa y entendida.

(2) Tres poetas Italianos de aquel tiempo.

SONETO XXII. Es traduccion literal de Ausias March.

SONETO XXIX. Es imitacion de *Marcial*.

Cum peteret dulces audax Leander amo-

res,

Et fessus tumidis jam premeretur aquis,

Sic miser instantes affatus, dicitur, undas:

Parcite dum propero, mergite: dum re-

deo.

SONETO XXX. *Las armas pongo*: Herre-

ra cree que G. L. es el primero que usó es-
ta frase en nuestra lengua.

SONETO XXXI. Odit & ipse pater Pluton,
odere sorores

Tartareæ monstrum.

Virg. Eneid. lib. VII.

SONETO XXXIV. Este Soneto está sacado
de unos elegantísimos versos de Lucrecio al
principio del lib. II.

Suave mari magno turbantibus æquora
ventis

E terrâ magnum alterius spectare laborem;

Non quia vexari quemquam est jucunda
voluptas,

Sed

Sed, quibus ipse malis caréas, quia cer-
nere suave est. . . .

SONETO XXXV. Este Soneto envió G. L. desde Túnez á Nápoles á su amigo Mario Galeota, dándole noticia de haber salido herido en el brazo y en la lengua de una escaramuza que tuvo el Ejército imperial con el de Barbaroja.



